LA HISTORIOGRAFÍA CHILENA DURANTE EL SIGLO XX

CIEN AÑOS DE PROPUESTAS Y COMBATES

JULIO PINTO VALLEJOS



LA HISTORIOGRAFÍA CHILENA DURANTE EL SIGLO XX
CIEN AÑOS DE PROPUESTAS Y COMBATES

RPI: A-266211
ISBN: 978-956-9645-06-8

Editorial América en Movimiento
Colección Historias en Disputa

Diseño, composición y diagramación: Kim López Pizarro

Impreso en los talleres de gráfica LOM:
Miguel de Atero 2888, Quinta normal

Segunda edición: Junio, 2016
Valparaíso, Chile

LA HISTORIOGRAFÍA CHILENA DURANTE EL SIGLO XX

Cien años de propuestas y combates

Julio Pinto Vallejos



CONTENIDOS

PRÓLOGO

El libro que usted tiene en sus manos, es una contribución de uno de los historiadores más relevantes actualmente en Chile. Las investigaciones de Julio Pinto Vallejos sobre la politización del mundo popular en la pampa salitrera, sus trabajos sobre el Partido Obrero Socialista chileno y, en el último tiempo, su reciente biografía en torno a Luis Emilio Recabarren, son parte de una larga empresa de indagación que ha combinado la rigurosidad académica con el aporte al desarrollo de una historiografía crítica en nuestro país. En esa senda, junto a Gabriel Salazar y un equipo de investigadores, a fines del siglo xx publicaron quizás la obra más ambiciosa en este sentido: la *"Historia Contemporánea de Chile"*. Los cinco volúmenes, basados en los más recientes avances disciplinares hasta ese momento, delineaban los principales actores y procesos del devenir histórico de nuestro país. Esta, como analiza el mismo Julio Pinto, se enmarcó en la "batalla por la memoria" que se desplegó en la última década del siglo y que —podríamos agregar— tuvo uno de sus puntos más álgidos en torno a la conmemoración de los 30 años del golpe de Estado de 1973. Por tanto, Pinto ha sido una de las figuras más prominentes de una franja de historiadores críticos que logró desplegar un análisis distanciado de las lecturas más tradicionales y dominantes en la sociedad chilena sobre su desarrollo histórico.

Con el objeto de clarificar que la disciplina histórica y la memoria colectiva se construyen en un marco de "Historias en disputa", es que para inaugurar la colección

que lleva este nombre, editamos en Chile el libro *"La Historiografía chilena durante el Siglo* XX. *Cien años de propuestas y combates"*. Publicada originalmente en México hace ya una década, en el marco de un seminario realizado en la Universidad Autónoma de México, partía el texto con esta renombrada premisa: "la historiografía de Chile, como la de cualquier país, es hija directa de su historia". Como proseguía el autor: "un siglo XX caracterizado a escala nacional por las grandes convulsiones, las audaces proyecciones y las dolorosas rupturas, se refleja en una producción historiográfica igualmente tensionada, introspectiva y desafiante, inclinada a las constantes relecturas del pasado y a la exigente crítica del presente". Esta apuesta no menor y que muy pocos historiadores hasta ese momento –e incluso hasta la actualidad– han realizado, es lo que intentaba el seminario y luego el presente libro. Tener en nuestro país este intento por sistematizar y situar en sus respectivos contextos algunas –no todas, por cierto– de las principales perspectivas históricas de nuestro país en el siglo recién pasado, se vuelve fundamental.

Dada la misma óptica de esta contribución crítica sobre la historiografía chilena, pensamos que no es solo fundamental para los historiadores, sino que para la ciudadanía de nuestro país. Como evidencia en términos generales este trabajo, durante el siglo XX el desarrollo de las diversas ópticas historiográficas estuvieron ligadas a procesos, actores y proyectos políticos que buscaban guiar los destinos del país en determinadas direcciones. En base a ello, consideramos que la construcción de una perspectiva que piense en la transformación de nuestro país, se enfrentará al desafío de desplegar una mirada sobre su pasado, el presente y las posibilidades de pensar un mañana. Por lo mismo, comprender que la memoria y la historia se sitúan en sus respectivos contextos, no solo se vuelve una cuestión académica de primer orden, sino que un desafío para la construcción de una ciudadanía activa. Cabe remarcar que el afán crítico y riguroso –tal como ha

desarrollado el propio Pinto en su obra– no han perderse, pues son pilares claves para ver en el análisis social no un insumo que legitima un determinado proyecto, sino el que pretende explicar y dar luces sobre los procesos históricos del país, desde los cuales se construyen los horizontes de expectativa un presente y futuro distinto. En parte, mantener este espíritu se vuelve clave para que los distintos actores de cambio que apunten a una sociedad distinta, puedan relfexionar sobre las pugnas que enfrentan en su constitución diaria.

En todo proceso de indagación, se requiere centrar focos de análisis y por tanto desestimar otros, por ello, esta obra al tener un carácter "general", es más bien un trabajo aproximativo, que en vez de zanjar el devenir sobre la historio grafía chilena, invita a analizarlo y discutirlo. En este sentido, el texto que presentamos fue escrito el año 2003, para ser publicado un par de años después en México. En ese marco, la reflexión del autor fue estrictamente sobre los debates historiográficos que recorrieron el siglo XX tomando fugazmente los textos escritos hasta el 2002, pues para el historiador en esos momentos se vivió un "punto de inflexión" en la disciplina. ¿Habrá sido efectivamente ese año un hito para el quehacer historiográfico como sugiere Pinto? Ello queda para la discusión que recopile y sistematice lo que vino después, cuestión que pretende promover este libro. Conservando su objetivo inicial junto a su específico lugar y momento de producción, se ha decidido dejar el texto como el original, de hace ya trece años. De lo contrario, se terminaría desarticulando la temporalidad propuesta en la reflexión.

Investigaciones más profundas podrán incluir una diversidad de historiadores e historiadoras que han contribuido en ámbitos específicos o en visiones generales sobre el desarrollo histórico del país entrado el siglo XXI, pero pensamos que no variarán sustancialmente la idea central planteada en este texto –mostrándo con ello la fortaleza del planteamiento–, según el cual la historiografía

ha estado fuertemente vinculada a los derroteros del país. De allí que esta sistematización invita a la reflexión sobre el rol de la historiografía como disciplina en el marco del conjunto de la producción y desarrollo de la realidad social. Particularmente para quienes redactamos esta presentación, consideramos que para futuras generaciones de historiadores e historiadoras quedará el desafío por vincular la emergencia y desarrollo de la historiografía reciente con las necesidades sociales y políticas que se han desplegado en los últimos años en el país. Para partir, pensamos que el desarrollo reciente de la historiografía, particularmente de los nuevos análisis sobre el devenir histórico-político de nuestro país, ha respondido a un nuevo ciclo de "batallas por la memoria", un intento por explicar ciertas problematizaciones y vacíos del presente. Por lo mismo, este libro nos aporta a nivel general lo que ocurrió con la historiografía en el siglo XX, siendo antecedentes importantes para identificar lo que acontece con nuestra disciplina en su propio decantamiento. Sin embargo, esto será parte importante del quehacer de los actuales y futuros historiadores. En base a todo lo anterior, y en conjunto con la Editorial América en Movimiento, ponemos a disposición esta obra al público chileno. Ahora bien, en lo que y como contribuya concretamente este trabajo, dependerá de la conflictividad por la memoria que desplieguen los diversos sujetos en el Chile actual y futuro.

José Ignacio Ponce
Anibal Pérez Contreras[1]

1. Integrantes del *Taller de Historia Política*. Ambos Magister en Historia y estudiantes del programa de Doctorado en Historia, FAHU, Universidad de Santiago de Chile.

La historiografía de Chile, como la de cualquier país, es hija directa de su historia. Así, un siglo xx caracterizado a escala nacional por las grandes convulsiones, las audaces proyecciones y las dolorosas rupturas, se refleja en una producción historiográfica igualmente tensionada, introspectiva y desafiante, inclinada a las constantes relecturas del pasado y a la exigente crítica del presente. El eco de los debates y las renovaciones disciplinarias llegadas desde fuera, tanto desde otras ciencias sociales como desde otras tierras, se ha mezclado a lo largo del siglo con los intensos y a veces dramáticos debates internos referidos al tipo de sociedad que se tiene, y se querría tener. Más visiblemente tal vez que en otros países del continente, el oficio de la historia ha sido en Chile más campo de batalla que torre de marfil, más enfrentamiento político que mero ejercicio académico. Y aunque en las últimas décadas algunos de sus cultores han lamentado una cierta pérdida de presencia en los espacios públicos, fruto de un supuesto "academicismo" profesionalizante (o de restricciones fácticas ocasionalmente muy difíciles de eludir), la verdad es que un examen desapasionado del quehacer historiográfico reciente sugiere que no se ha perdido la capacidad de remecer las conciencias y de encender la polémica. Tal como viene sucediendo desde incluso antes que despuntara el siglo xx.

Así, la historiografía liberal escrita durante la segunda mitad del xix por los padres fundadores de la disciplina en nuestro país (Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui, Benjamín Vicuña Mackenna), aunque aparezca ante la

mirada actual como una presencia incontestablemente hegemónica, fue en su momento una opción política sobre el tipo de Estado y de nación que se estaba en proceso de construir, y por tanto no exenta de propuestas divergentes o francamente antagónicas. De igual forma, la historiografía nacionalista-conservadora que da forma a la primera gran corriente disciplinaria del siglo xx, surge de una visión que se proclama abiertamente contraria a la liberal, tanto en el plano académico como en su juicio sobre el tipo de sociedad que el XIX había dejado como legado. Los historiadores y los analistas adscritos a esta nueva lectura de nuestro pasado recibían así el nuevo siglo polemizando, y a través de tales polémicas dibujaban un nuevo sentido común histórico que se haría fuerte a lo largo de las décadas siguientes.

Remecidas y desmoronadas gran parte de las certidumbres decimonónicas a partir de la crisis iniciada en la década de 1920, la post-Segunda Guerra Mundial asistió a una renovación historiográfica que una vez más se sostenía sobre la crítica a sus predecesores, y al orden social en que se había desenvuelto su quehacer. Apareció así, por una parte, una primera corriente de historiadores declaradamente marxistas, que ponían sus saberes al servicio de una visión revolucionariamente alternativa de la historia y de la sociedad. Al mismo tiempo, y en forma paralela, una segunda corriente de historiadores seducidos por el ejemplo de la escuela francesa de los *Annales* enfrentaba su objeto de estudio desde un ángulo tal vez menos rupturista en lo inmediatamente político, pero igualmente determinado a construir una historia en que tuviesen cabida las grandes mayorías sociales y los procesos relevantes para el conjunto de la comunidad nacional. Por uno u otro conducto, una sociedad embarcada en una decidida lucha por la democracia y la justicia social servía de incubadora para una historiografía que recogía esas inquietudes y reconocía el protagonismo de los sujetos imbuidos de tales proyectos.

La próxima ruptura vino, para la historiografía como para el país, con el golpe de estado de septiembre de 1973.

puestas abiertamente en entredicho algunas de las lecturas pre-existentes, destruidos muchos de los parámetros históricos y sociales que las habían hecho posibles, reprimidos y dispersados sus cultores, la disciplina se enfrentó a un período de profundo auto-examen y evaluación de los caminos recorridos, o los que la nueva coyuntura hacía necesario recorrer. Por su parte, el régimen militar no fue reacio a legitimar su proyecto, a la postre refundacional, echando mano al legado historiográfico e histórico. Se entabló así otro combate en que una nueva historia oficial, con fuerte anclaje en las interpretaciones formuladas por el nacionalismo conservador de comienzos de siglo, debió lidiar con una visión radicalmente alternativa alimentada por la propia experiencia de la dictadura y por los aportes de una generación de historiadores templados y actualizados profesionalmente por el exilio. De ese choque nació lo que podría denominarse una nueva historiografía conservadora de signo derechista, ejemplificada y hasta cierto punto liderada por el brevemente ministro pinochetista Gonzalo Vial, y una "nueva historia social" de orientación izquierdista, dispuesta a corregir los errores historiográficos y políticos de la generación anterior. Su paralelo y simultáneo despliegue acompañó el largo período de transición entre la dictadura y la nueva democracia.

Finalmente, ya durante la última década del siglo que se examina, la historiografía chilena experimenta la singular paradoja de convertirse en portavoz de una sociedad traumatizada por su historia más reciente, y por tanto no muy deseosa de recordar o revivir sus heridas más profundas. De esta forma, la recuperación de los espacios de creación y expresión restringidos o derechamente clausurados por la dictadura no se tradujo en una relegitimación inmediata de su rol social, y ello pese a la profesionalización que en el intertanto había experimentado la disciplina, de la mano de un sistema cada vez más consolidado de programas de investigación y postgrado. La década de los noventa, por tanto, transcurrió en medio de una suerte de

crisis existencial disciplinaria, interpelada adicionalmente por los profundos cuestionamientos epistemológicos emanados del debate internacional. Aun así, la prisión de Augusto Pinochet en Inglaterra y la llegada del nuevo siglo han puesto una vez más al análisis histórico en el centro del debate nacional, recuperando para sus cultores un papel que, como se ha insinuado en los párrafos que preceden, tiene una trayectoria más que secular. La sociedad chilena enfrenta así su segundo centenario como nación independiente interrogándose una vez más, como lo ha hecho a lo largo de su historia, por el sentido de su quehacer colectivo.

En las páginas que siguen se hará un recorrido más pausado por las etapas y vicisitudes rápidamente esbozadas hasta aquí. No se trata, por cierto, de una reconstitución histórica exhaustiva y detallada de la historiografía chilena del siglo XX, sino más bien de un intento de identificar las principales propuestas y líneas de tensión que este quehacer ha exhibido en estos cien años. Para cada una de las cuatro etapas en que se ha centrado el análisis se hará una presentación general, seguida del examen más detenido de algún autor o autores considerados particularmente representativos de su respectiva corriente. En todo momento, y en sintonía con lo que se ha dicho más arriba sobre el paralelismo entre historiografía e historia, se irá correlacionando el análisis con los procesos más significativos que enfrentó la sociedad chilena durante cada una de esas etapas. Se podrá configurar así una suerte de "ventana historiográfica" desde la cual observar lo que ha sido para Chile la experiencia del siglo XX, y su comparabilidad o excepcionalidad respecto de la vivida por otros países latinoamericanos.

I. FIN DE *SIÈCLE* Y NACIONALISMO CONSERVADOR

1900 - 1940

"Me parece", señalaba el parlamentario Enrique Mac Iver en un muy citado discurso pronunciado en el Ateneo de Santiago el 1° de agosto de 1900, "que no somos felices". "Se nota un malestar", continuaba el influyente político del Partido Radical, "que no es de cierta clase de personas ni de ciertas regiones del país, sino de todo el país y de la generalidad de los que lo habitan. La holgura antigua se ha trocado en estrechez, la energía para la lucha de la vida en laxitud, la confianza en temor, las expectativas en decepciones. El presente no es satisfactorio y el porvenir aparece entre sombras que producen la intranquilidad".[2] Se inauguraba así el nuevo siglo bajo una sombra de pesimismo que la realidad objetiva del país parecía a primera vista no avalar.

Porque al menos en el plano de las apariencias, la situación que exhibía Chile hacia 1900 resultaba bastante auspiciosa. La victoria obtenida menos de dos décadas antes en la guerra contra Perú y Bolivia lo había proyectado internacionalmente como una suerte de potencia militar, al menos a nivel sudamericano, y, más importante aun, le había otorgado un monopolio sobre la riqueza salitrera en base al que se construiría una de sus experiencias más prolongadas de prosperidad nacional y fiscal. Al mismo tiempo, y salvo por una breve aunque cruenta conflagración civil hacia el término de la presidencia de

2. Reproducido en Grez, Sergio (ed.). *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1995.

José Manuel Balmaceda (1891), estos años habían consolidado la estabilidad política que ya había enorgullecido a los sectores dirigentes antes de la Guerra del Pacífico, y que parecía ratificar unas pretensiones "civilizatorias" y "progresistas" compartidas con sus pares a lo largo y ancho del continente. La sociedad chilena se asomaba así al siglo xx en condiciones de éxito económico y madurez institucional que parecían avalar el desempeño de sus elites, y que al verse acompañadas de claros signos modernizadores (como el ascenso de lo urbano frente a lo rural, o la complejización de la estructura social), así como de una unidad nacional demostrada al calor de la guerra, auguraban un futuro todavía más satisfactorio. El primer centenario de la independencia podía en consecuencia celebrarse en un clima de franca y merecida auto-complacencia.

Pero como lo demuestran las palabras ya citadas de Enrique Mac Iver, uno de los voceros más lúcidos y respetados de esa elite, el ánimo que imperaba en esas altas esferas no era precisamente celebratorio. Porque aunque no escaseaban los que se entregaban desaprensivamente a los goces de la vida ostentosa, la pequeña intriga política o la sociabilidad estilo *belle époque*, las grietas que amenazaban el orden oligárquico se hacían cada vez más patentes: la bonanza material descansaba sobre una precaria base monoexportadora sometida a violentas fluctuaciones comerciales y a un preocupante control extranjero; la paz política apenas alcanzaba a disimular el avance de la corrupción, la futilidad programática y la inoperancia administrativa; la supuesta unidad nacional se veía desmentida por la creciente intensidad de las luchas sociales, así como por la violencia con que el Estado oligárquico reprimía las demandas populares. El malestar, en suma, se propagaba por todos los planos de la existencia social: "¿Incurriré en error si digo que contemplo detenido nuestro progreso, perturbados los espíritus, abatidos los caracteres y extraviados los rumbos sociales y políticos?", continuaba su diagnóstico Mac Iver; "no noto yo que el país marcha al cumplimiento de sus altos destinos

cuando le miro en enfermiza estagnación". La superficialmente exitosa república se encontraba sumida, por citar el nombre con que se dio a conocer la conferencia que se viene citando, en una profunda crisis moral.

La visión de Mac Iver suscitó ecos similares a lo largo y ancho del cuerpo social. Así, mientras un escritor perteneciente a las filas oligárquicas como Luis Orrego Luco denunciaba a su propia clase retratando ácidamente en sus novelas sus vicios y claudicaciones, representantes de las emergentes clases medias como el médico Nicolás Palacios o el profesor Alejandro Venegas elaboraban escritos aun más condenatorios de lo que calificaban como el fracaso histórico de una elite en cuyas manos habían sido depositados los destinos, para ellos sagrados, de la nación. Por su parte, y desde un cada vez más desencantado y desafiante mundo obrero, el dirigente social Luis Emilio Recabarren, reconocido por toda la izquierda chilena contemporánea como su fundador, encaraba los festejos del centenario afirmando que "de todos los progresos de que el país se ha beneficiado, al proletariado no le ha correspondido sino contribuir a él, pero para que lo gocen sus adversarios". En esas circunstancias, concluía, nada tenían las grandes mayorías populares que celebrar de un siglo de vida independiente y republicana.[3]

Fue en ese clima de malestar generalizado y compartido, y haciéndose explícitamente partícipe de tales sentimientos, que se configuró la primera vertiente historiográfica reconocible del siglo XX. La historiografía chilena había surgido en la segunda mitad del XIX bajo la hegemonía de un grupo de pensadores y políticos liberales imbuidos del

3. Una muestra ampliamente representativa de estos escritos críticos, en la que se encuentra el texto citado de Luis Emilio Recabarren, es la compilada y comentada por el historiador Gazmuri, Cristián, bajo el título de *El Chile del Centenario, los ensayistas de la crisis*. Santiago, Universidad Católica de Chile, 2001. También figuran allí textos de los nombrados Nicolás Palacios y Alejandro Venegas.

proyecto de construcción nacional que había ido cobrando forma desde las primeras décadas posteriores a la independencia, y cuyos logros ahora motivaban las añoranzas de muchos críticos de fin de siglo. En torno al triunvirato fundacional conformado por Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui y Benjamín Vicuña Mackenna, esta generación, que algunos denominan "clásica", estructuró una visión de la historia nacional que reconocía en la obra de las elites decimonónicas, a las cuales ellos ciertamente pertenecían, un capítulo más que honroso en la gesta universal de la razón y el progreso. Como en otras historiografías latinoamericanas de la época, la estigmatización del pasado colonial y la exaltación de las luchas independentistas, así como la adhesión incondicional a los modelos nor-atlánticos en que abundaba esta forma de escribir la historia, tenían un sentido profundamente legitimatorio del orden económico, político y social consolidado hacia fines de ese siglo.[4] No llama entonces la atención que al deslizarse dicho orden hacia la "crisis moral" denunciada por Mac Iver y los otros autores mencionados, su sustento historiográfico también sufriera un evidente menoscabo. Y aunque el legado "clásico" no dejó de tener sus continuadores hasta bien entrado el siglo XX, su hegemonía ideológica comenzó a ser abiertamente contestada por una nueva generación, que la posteridad ha identificado como "nacionalista-conservadora", cuyo influjo estaba llamado a ser determinante durante el siglo que se iniciaba.

Surgida desde el interior de la cuestionada oligarquía *fin-de-siècle*, esta propuesta historiográfica compartía el sentido nacionalista y elitista ostentado por sus predecesores liberales, pero tomaba distancia de algunos principios que, como el individualismo, el utilitarismo o el laicismo,

4. Una buena síntesis de esta escuela historiográfica, en que justamente figura el denominativo de "clásica", es la que ofrece Villalobos, Sergio, en la Introducción a su *Historia del pueblo chileno*, tomo I, primera edición, Santiago, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 1980, pp. 16-24.

juzgaba en no poca medida responsables de la decadencia en que se hallaba sumido el empuje y la convivencia nacional. Uno de sus primeros y más destacados cultores fue el abogado y político Alberto Edwards Vives, nacido en 1873 en el seno de una de las familias más paradigmáticas de la oligarquía chilena de ese siglo y del siguiente. Un primer esbozo de sus ideas respecto de la historia nacional, que podría tomarse como un manifiesto fundacional de la escuela nacionalista-conservadora, apareció en una obra de 1903 titulada *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos.*[5] Sin embargo, fue en su ensayo *La fronda aristocrática*, escrito en 1927 como artículos de prensa y publicado un año después como libro, donde éstas cobraron su expresión más desarrollada y conocida. Se vivían por aquellos años los últimos estertores de la crisis del orden oligárquico tradicional, marcados por el colapso de la economía primario-exportadora, el recrudecimiento de las luchas sociales y una sucesión de golpes militares que, a partir de 1924, habían puesto fin a la tan orgullosamente exhibida estabilidad institucional. Precisamente en 1927 se consolidaba el liderazgo político de Carlos Ibáñez del Campo, caudillo militar que, a través de un régimen con fuertes características dictatoriales (apoyado por Edwards hasta su caída en 1931), intentaría superar la crisis hegemónica en curso mediante una fórmula estatista, corporativista e industrializante que él mismo denominó "Chile Nuevo". Fue desde ese punto de observación, entonces, que Edwards proyectó hacia el pasado su desconsolada visión de aristócrata abrumado por un sentimiento de fracaso, y dejó entrever su pesimismo respecto de lo que el futuro deparaba a su país.

El pensamiento histórico de Edwards,[6] alimentado por su sentir aristocrático tanto como por su vivencia del ocaso

5. Reproducida íntegramente en Gazmuri, *Op. Cit.*, pp. 45-98.

6. El pensamiento de Edwards ha sido analizado en forma específica por Álamos, María Ignacia y otros en *Perspectiva de Alberto Edwards V.*, Santiago, Editorial Aconcagua,

del orden chileno tradicional, encontró una oportuna aunque tardía matriz intelectual en *La Decadencia de Occidente* de Oswald Spengler, obra que reflejaba un malestar análogo de las elites europeas golpeadas por el hundimiento de su propia *belle époque*. Premunido de conceptos spenglerianos como los de "alma cultural", "Estado en forma" y un ubicuo organicismo histórico y social, el ensayista chileno procuró organizar inteligiblemente lo que había sido la trayectoria de su propia nación, sentando con ello los fundamentos de lo que sería el paradigma nacionalista-conservador. Así por ejemplo, y en consonancia con la lógica spengleriana, las sociedades históricas, que esta mirada tiende a confundir con las naciones, sólo pueden ser comprendidas si se las ve como un "ser viviente, orgánico, provisto de alma colectiva", y no, como pensaban los predecesores liberales, como una mera sumatoria de individuos guiados por la razón, el interés o el ansia de libertad. "Los sucesos históricos", señalaba Edwards en *La fronda aristocrática*, "tienen significado espiritual: se derivan, como sucede también con las más insignificantes acciones de los individuos, de algo inmaterial y pensante, de un alma que vive y se transforma". En ese registro, la tarea del historiador no era otra que la de identificar esa "alma nacional", y establecer en qué medida los avatares aparentemente arbitrarios o incomprensibles de la historia se ajustan o transgreden el sentido más profundo de dicha esencia.

A partir de semejantes parámetros, no resulta extraño que Edwards, como la escuela nacionalista-conservadora en su conjunto, hayan adoptado casi a nivel de premisa la idea de "Chile" como un ente único y espiritual, premunido de características irrepetibles y superiores a la individuali-

1976; por Cristi, Renato, en su libro conjunto con Ruiz, Carlos, *El pensamiento conservador en Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1992; y también en Gazmuri, *Op. Cit.*, pp. 98-101. La escuela nacionalista-conservadora en su conjunto ha sido tratada por Villalobos, *Op. Cit.*, pp. 28-42.

dad de sus miembros, y portador de una suerte de "destino" histórico en cuya realización se juega su verdadero sentido de trascendencia. En algunos pasajes, esta concepción hundía sus raíces en el cenagoso pero por ese entonces muy socorrido terreno de lo biológico, como cuando se atribuía a la excepcionalidad chilena, o al menos a la de su clase dirigente, un fundamento eminentemente racial: "En Chile, el problema político no se ha planteado nunca sobre la base de un antagonismo entre conquistadores y conquistados, como dicen ocurre en México. Desde 1700, los blancos dominaron aquí sin contrapeso". O en otra parte: "El liberalismo aristocrático del viejo Chile fue, pues, hasta cierto punto por lo menos, una venerable tradición histórica medieval, una herencia de raza". O por último:

> El origen étnico y la formación de nuestra antigua clase dirigente explican de sobra sus características, que sólo en estos últimos tiempos han venido a debilitarse ante el cosmopolitismo invasor del nuevo siglo. Sus aptitudes económicas, sus virtudes domésticas y prácticas, su religiosidad independiente y puritana, su especial idiosincracia en que se mezcla el buen sentido burgués con la soberbia aristocrática, la vigorosa cohesión de sus familias, las cualidades y defectos como elemento de organización política, hicieron de ella un grupo social lleno de originalidad y vigor, único en la confusa historia del primer siglo de la América española independiente y que logró marcar con el sello de su genio al mismo pueblo viril que por tantos años dominara.[7]

En otros momentos, sin embargo, la conformación del "alma nacional" se argumentaba a partir de bases más bien históricas, cristalizadas durante la prolongada etapa colonial. La excepcionalidad de Chile dentro del concierto latinoamericano, que para Edwards no era otra cosa que

7. Edwards, Alberto, *La fronda aristocrática*, octava edición, Santiago, Editorial del Pacífico, 1976, pp. 19-20. Todas las citas de este texto provienen de la referida edición.

su tendencia a la mantención de un orden jerárquico e institucional (y que ha sido uno de los legados ideológicos más persistentes de su obra), respondía en esencia a un "fundamento espiritual" consolidado durante la Colonia, fruto a la vez de la legitimidad dinástica y del conservadurismo de lo que él denomina una "aristocracia mixta, burguesa por su formación, debida al triunfo del dinero, por su espíritu de mercantilismo y empresa, sensata, parsimoniosa, de hábitos regulares y ordenados, pero por cuyas venas corría también la sangre de algunas de las viejas familias feudales". Estos dos agentes, Estado y aristocracia, que como se verá más adelante son los únicos a quienes Edwards reconoce verdadera historicidad, habrían configurado así un orden estable y aceptado por el resto de la sociedad que él ilustra con el término spengleriano de "Estado en forma", o sea "la existencia en la sociedad de sentimientos hereditarios, de fuerzas espirituales superiores que constituyen al Estado en un ser viviente, orgánico, provisto de alma colectiva". Mientras dichas "fuerzas espirituales superiores" subsistiesen, el "ser viviente" que era la sociedad chilena tendría perspectivas razonables de gozar de buena salud.

En otras partes de América Latina, esta admirable estabilidad había sido violentamente sacudida por lo que Edwards en algún momento calificó como "la catástrofe de la independencia", antesala de un "caos anárquico" que a nivel continental había terminado por volverse endémico, destruyendo o debilitando en el alma social el sentimiento hereditario propio de un "Estado en forma". En Chile, en cambio, si bien el colapso del orden colonial también amenazó con dar paso a una degradación análoga, ese infausto desenlace pudo conjurarse con relativa celeridad. Esto obedeció en parte al conservadurismo innato de la aristocracia, o más bien al miedo que le provocaba la anarquía, pero por sobre todo a la genialidad de un personaje a quien Edwards, y con él gran parte de los historiadores que siguieron su huella, atribuye un papel providencial: el

ministro Diego Portales. Aunque reacio, en virtud de su pensamiento organicista, a aceptar la trascendencia histórica de los "hombres superiores", en este caso Edwards abandona su matriz intelectual para dar cuenta de lo que él considera el verdadero origen de la excepcionalidad chilena post-colonial:

> La transformación operada en Chile y sólo en el espacio de pocos meses, bajo la poderosa mano de ese hombre de genio, fue tan radical y profunda, que uno llega a imaginar, cuando estudia los sucesos e ideas de ese tiempo, que después de 1830 está leyendo la historia de otro país, completamente distinto del anterior, no sólo en la forma material de las instituciones y de los acontecimientos, sino también en el alma misma de la sociedad. Y el asombro se torna en estupor cuando se descubre que ese espíritu de Portales, convertido como por milagro en el espíritu de la nación entera, parece haber sido originalmente una concepción política y social suya y exclusivamente suya, por nadie compartida antes de la fecha memorable en que vino repentinamente a ser el patrimonio común de todo el mundo, y el fundamento de la grandeza ulterior de la patria.[8]

En realidad, el genio histórico de Portales no radicaba en la gestación de un nuevo orden político e institucional, sino en la restauración bajo ropaje republicano del orden colonial, es decir, del antiguo "Estado en forma": "la gran restauración de Portales fue la del Gobierno impersonal y legítimo, superior al hecho y a la fuerza. De este modo aquí, después de un interregno anárquico demasiado breve para destruir las viejas nociones políticas de la cultura que heredamos de España, la legitimidad jurídica sucedió como fundamento espiritual del orden a la legitimidad monárquica, de la cual se derivaba". De este momento fundacional, mezcla de tradicionalismo y providencialismo mesiánico, se derivaban para Edwards todos los éxitos materiales, sociales e institucionales del Chile decimonónico,

8. *Ibíd*, pp. 50-51.

y que en su opinión tanto contrastaban con lo ocurrido en el resto del continente. En tal virtud, sus predecesores liberales habían errado profundamente al exaltar a la independencia y a la lucha por las libertades individuales como el verdadero fundamento de la grandeza nacional. No era la ruptura sino la restauración del orden colonial, no una ilusoria e imposible democracia sino un régimen autoritario y representativo de las "fuerzas espirituales" de la tradición, lo que había permitido a Chile crecer en armonía y paz: "la libertad, por sí misma, es incapaz de organizar nada, es lo contrario de la organización. Las cadenas que sujetan a los pueblos en sociedad no son siempre las del terror o la fuerza; pero sin cadenas no hay sociedad". Y más enfáticamente aun: "la sociedad, para subsistir, necesita de cadenas, espirituales o materiales. La libertad y lo orgánico son términos incompatibles".

Para un autor tan profundamente empapado del sentimiento aristocrático, llama la atención el trato más bien ambivalente que Edwards brindó a ése, su propio grupo social. Por una parte, no le cabía duda que sólo la aristocracia tenía no sólo los méritos, sino también el deber, de tomar en sus manos los destinos colectivos. Como sostenía en una carta al hijo de su admirado presidente Manuel Montt, "lo que los demócratas de pacotilla llaman *la oligarquía* ha sido, es, y todavía será por mucho tiempo, la primera palanca de nuestro progreso, porque está compuesta de los elementos más civilizadores de la sociedad".[9] El resto del país, en cambio, era sólo "materia inerte, ganado humano. Habían de transcurrir cien años antes de que la plebe adquiriese alguna noción de los derechos políticos que le reconocía el régimen legal". Haciéndose eco de una expresión de su también admirado Ministro Portales, afirmaba que la misma facilidad con que se había llevado a cabo en Chile la restauración colonial obedecía al "peso de la noche" de la pasividad popular: "El espíritu colonial

9. Reproducido en Villalobos, *Op. Cit.*, p. 29.

de obediencia pasiva y disciplina jerárquica pudieron sobrevivir aquí a la catástrofe de la independencia y servir de fundamento a la construcción del gran ministro de 1830, precisamente porque habíamos *avanzado* menos en el camino de la descomposición de nuestra alma histórica".[10] Pese a estas facilidades, sin embargo, el espíritu "frondista" de la elite (que por otra parte da su nombre a la obra que venimos comentando), propio del "sentimiento orgulloso y jerárquico de una sociedad, influyente y altiva, a medias aristocrática, a medias burguesa", constituía también uno de los principales escollos para la restauración del orden. Durante la Colonia este principio de disolución había sido mantenido a raya por la monarquía, y luego de la restauración portaliana por un Estado fuerte e impersonal que, pese a representar los intereses más profundos de esa aristocracia, sólo era tolerado por ésta como un freno ante los peligros de la anarquía. En el largo plazo, sin embargo, el impulso frondista estaba destinado a resurgir:

> Las aristocracias todavía fuertes son raras veces sinceramente absolutistas: aceptan sólo por necesidad e impulsadas por el miedo la dominación de un poder superior a ellas mismas. El liberalismo parlamentario es la forma que se adapta mejor a la idiosincracia oligárquica, sobre todo desde que el aumento de la riqueza o de la cultura las independiza moralmente y estimula su orgullo.[11]

De este modo, el "Estado en forma" portaliano había sido sólo un interludio en la progresión inevitable hacia una nueva anarquización de la sociedad como la que, a juicio de Edwards, imperaba en los tiempos que le había

10. Las cursivas son de Edwards, *La fronda aristocrática*, *Op. Cit.*, p. 69. Una estimulante reflexión sobre este tema en Jocelyn-Holt, Alfredo, "El peso de la noche, la otra cara del orden portaliano", en *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*. Buenos Aires, Ariel, 1997.

11. Edwards, Alberto, *Op. Cit.*, p. 118.

tocado vivir. Esto se debía en parte a la ceguera frondista de la propia aristocracia, que había terminado por debilitar los resortes fundamentales de un orden que a ella, pero también al país, le había rendido sus mejores frutos. Pero obedecía también a un movimiento histórico que superaba la previsión de cualquier actor social, y que Edwards, nuevamente en consonancia con Spengler, denomina "el espíritu de los tiempos modernos": "la negación gradual y progresiva de las creencias, filosofías e instituciones del pasado, y que, a lo menos bajo ese aspecto, significa la lucha contra todas las fuerzas espirituales de la tradición: la Iglesia, la monarquía, la organización jerárquica de la sociedad, el antiguo concepto de familia y propiedad, etc.". A cambio de ello, no existía ninguna claridad, al menos para Edwards, respecto de las características del nuevo orden hacia el cual la humanidad se encaminaba: "El mundo ha llegado a uno de esos momentos solemnes en que la fe de los más atrevidos nautas vacila, y en que cada cual se pregunta si el derrotero que nos lleva con fatalidad inflexible conduce a otra parte que al caos y a la muerte". Lo que sí le parecía claro, al menos para el caso de Chile, era que el milagro decimonónico había dado paso a una decadencia oligárquica como la que se reseñó al comienzo de esta sección, en la que el debilitamiento de la autoridad y del sentido de misión histórica permitía la irrupción de un "proletariado intelectual que comenzaba a pulular por las ciudades, muriéndose de hambre y almacenando silenciosamente sus rencores", así como un proletariado de verdad, "desprovisto de los sentimientos hereditarios y tradicionales de la cultura y que no obedece ya, como los burgueses mismos, sino a instintos materialistas de goce y dominación. El odio y la envidia toman el sitio de las antiguas creencias y de los respetos históricos." Porque a final de cuentas,

> Cuando las sociedades dejan de ser un organismo espiritual, cuando han perdido el alma, cuando los viejos sentimientos colectivos, las disciplinas tradicionales, los respetos históricos dejan de existir, ya no quedan en ellas sino

los apetitos y los odios, las ansias individuales de lucro y poder, la baja envidia, la desenfrenada ambición. Cada hombre lucha por sí mismo y no por los demás, y la defensa social se hace imposible en cualquier forma de Gobierno que exija abnegaciones o el rendimiento de corazón ante algo que no sea la ventaja inmediata de cada uno. Por allí mueren las oligarquías y por allí también las democracias.[12]

En esta atmósfera de decadentismo en que se había inscrito la totalidad de la carrera política e intelectual de Edwards, y que al momento de escribir *La fronda aristocrática* parecía alcanzar su paroxismo final, sólo un nuevo Diego Portales podía interrumpir el ciclo e imponer un nuevo "Estado en forma". Ese líder providencial le pareció ser, a título individual, el General Carlos Ibáñez, y detrás de él la institución castrense merced a cuyo apoyo había llegado al poder.[13] El pasado que se añoraba, o al menos alguna semblanza de él, sólo podía restaurarse en brazos de un poder autoritario y jerárquico.

Los elementos que se han extraído de *La fronda aristocrática*, y que de alguna manera resumen la interpretación histórica de Alberto Edwards, marcaron el sello, tanto a nivel conceptual como metodológico, de lo que sería la escuela nacionalista-conservadora del siglo XX. En lo primero, merece destacarse la visión tan idealizada del pasado como profundamente pesimista del presente;

12. *Ibíd*, pp. 257-258.

13. Para algunos autores, la adhesión de Edwards a Ibáñez habría terminado en un declarado distanciamiento provocado por la desilusión. Renato Cristi, sin embargo, argumenta convincentemente que dicho apoyo se mantuvo hasta la caída de Ibáñez en 1931, y que su crítica retrospectiva a dicho gobierno, publicada al momento de su muerte en abril de 1932, como "Memorandum. Recuerdos personales sobre los sucesos que ocasionaron el derrumbe de la administración Ibáñez", no habría sido sino un "documento apologético" destinado a deslindar responsabilidades; Cristi y Ruiz, *Op. Cit.*, pp. 35-36.

el apego a la jerarquía y al orden; la exaltación del Estado como conductor imparcial y supremo de la nación; y la confianza en la intervención providencial de personajes de excepción, portadores del verdadero espíritu nacional. Todo ello, así como la idea del particularismo de la experiencia chilena y la noción del cuerpo social como un "ser viviente", estaba destinado a ejercer, y ejerce todavía hoy, una profunda influencia en la conciencia histórica de nuestro país. En lo metodológico, por su parte, vale la pena recordar que el conjunto de la obra de Edwards se orientó más a la re-interpretación del conocimiento ya existente que a la generación de conocimiento empírico nuevo, tarea esta última en la que tanto se habían destacado sus predecesores liberales. Se consagraba así una afición por el ensayismo que también ha perdurado con fuerza entre nuestros historiadores.

En su esencia, la obra de los continuadores de Edwards se ha mantenido bastante fiel a estas orientaciones fundacionales. El más conocido de ellos, Francisco Antonio Encina, reproduce, aunque con un sesgo más marcadamente racista, la apología al Estado portaliano, a los personajes providenciales y al orden tradicional. De hecho, su primera obra propiamente historiográfica, publicada en 1934, se consagra a la glorificación del personaje Diego Portales y a su impacto sobre la historia nacional,[14] lo que posteriormente elaboraría de manera más acabada en su monumental *Historia de Chile,* publicada en veinte tomos entre 1940 y 1952, y que todavía hoy figura como una de las obras más conocidas y leídas dentro del género. Se aprecia también en lo metodológico una mayor predilección por la relectura para sus propios fines, en este caso de la obra historiográfica del siglo XIX, que por la investigación propiamente tal, lo que en todo caso Encina justificó en base a lo que para él era la superioridad epistemológica de la

14. Encina, Francisco Antonio, *Portales. Introducción a la historia de la época de Diego Portales (1830-1891)*, dos volúmenes, Santiago, Nacimiento, 1934.

intuición sobre el raciocinio: "la representación intuitiva que surge espontáneamente del estudio de los materiales se aproxima a la realidad siempre mucho más que las conclusiones del raciocinio crítico".[15]

Otro autor identificado con la escuela nacionalista conservadora es Jaime Eyzaguirre, en todo caso mucho más cercano al integrismo católico y a un hispanismo que lo llevó a ensalzar el período colonial (adjetivo que él por cierto rechazaba, en favor de la denominación más positiva de "Chile hispánico"), por contraste con una era moderna/republicana que se le aparecía aun más decadente que a Edwards o Encina. Aunque Eyzaguirre sí hizo algunos aportes de corte más monográfico, como una biografía de Bernardo O'Higgins o un estudio minucioso de la presidencia de Federico Errázuriz Echaurren (1896-1901), sus obras más conocidas son nuevamente de carácter interpretativo-ensayístico: la *Fisonomía histórica de Chile* (1948) y la *Hispanoamérica del dolor* (1968), ambas profundamente marcadas por una visión negativa del tiempo que le había tocado vivir. Fue también el fundador del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, institución a través de la cual su legado intelectual se ha reproducido y alimentado hasta nuestros propios días.[16]

15. Reproducido en Villalobos, *Op. Cit.*, p. 36. Para el pensamiento de Encina ver también Ruiz, Carlos, "Conservantismo y nacionalismo en el pensamiento de Francisco Antonio Encina", en Cristi, Renato y Ruiz, Carlos, *Op. Cit.*; Feliú Cruz, Guillermo, *Francisco Antonio Encina, historiador*, Santiago, Nascimiento, 1967; y, en un registro francamente descalificatorio, Donoso, Ricardo, *Francisco A. Encina, simulador*, dos tomos, Santiago, 1969.

16. Sobre el pensamiento y la obra de Eyzaguirre, ver Ruiz, Carlos, "Corporativismo e hispanismo en la obra de Jaime Eyzaguirre", en Cristi y Ruiz, *Op. Cit.*; Gazmuri, Cristián, Aylwin, Mariana y González, Juan Carlos, *Perspectiva de Jaime Eyzaguirre*, Santiago, 1977; y Villalobos, Sergio *Op. Cit.*, pp. 28-31, 40-42.

Como se ha reiterado más de alguna vez en los párrafos que preceden, el legado de los autores analizados ha excedido largamente el ámbito del oficio historiográfico. Dentro de los límites de este último, valga insistir en la predilección por el género ensayístico y en el arraigo de algunas ideas-fuerza como la excepcionalidad chilena o el orden portaliano. A través de la re-edición de sus obras, pero también de su reverberación en la enseñanza pública y en los medios de comunicación, estas últimas han echado profundas raíces en lo que podría denominarse un "sentido común" histórico que atraviesa amplias capas de nuestra sociedad. Por otra parte, y apuntalando esta capacidad de penetración, las tesis nacionalistas-conservadoras han actuado como una matriz ideológica de la derecha chilena contemporánea, tanto en sus expresiones más estrictamente nacionalistas como en el integrismo conservador asociado a figuras políticas como Jaime Guzmán, de gran influencia ideológica en la dictadura de Augusto Pinochet. De hecho, y como se verá más adelante, esta experiencia política se inspiró explícita y fervorosamente en el pensamiento de historiadores como Edwards, Encina o Eyzaguirre, actualizado para los efectos de una sociedad que enfrentaba las postrimerías del siglo XX por continuadores de la talla de Mario Góngora o Gonzalo Vial. En ese sentido, no sería exagerado sostener que la escuela nacionalista-conservadora no hizo sólo historiografía, sino también historia.

II. LA HISTORIOGRAFÍA COMO INSTRUMENTO DE CAMBIO

1950 - 1973

El orden oligárquico cuya agonía ha consignado el apartado anterior quedó definitivamente sepultado bajo la Gran Depresión en la que se precipitó el mundo capitalista a contar de 1929. Como en otros países latinoamericanos, los esfuerzos por capear ese temporal derivaron a la postre en un nuevo diseño social que permitió estabilizar la situación durante unas cuatro décadas, y que en esa misma virtud los analistas chilenos han denominado "Estado de compromiso".[17] Hubo, en efecto, algunos consensos básicos en torno a los cuales los actores sociales depusieron temporalmente el signo confrontacional que había caracterizado el periodo inmediatamente anterior. Entre ellos pueden enumerarse el proyecto de industrialización por sustitución de importaciones, la aceptación de un nuevo régimen político cimentado en la Constitución de 1925 y en un reconfigurado sistema de partidos, y una suerte de pacto social encaminado a una mayor integración de sectores hasta entonces marginados de la discusión pública y de

17. En rigor, esta denominación ha sido acuñada por el sociólogo brasileño Francisco Weffort en referencia al tipo de régimen que operó en su país entre 1930 y 1964, y que se inscribe en el fenómeno más general, por lo demás muy discutido, del "populismo". Su adopción para el caso chileno se identifica con autores como Lechner, Norbert, *La democracia en Chile*, Santiago, 1970; Garretón, Manuel Antonio, *El proceso político chileno*, Santiago, FLACSO, 1983; y Moulian, Tomás, *La forja de ilusiones: El sistema de partidos 1932-1973*, Santiago, ARCIS-FLACSO, 1993.

lo que T.H. Marshall ha denominado la "ciudadanía social"; todo ello bajo los auspicios de un Estado que la gran mayoría de los agentes involucrados quería ver ejerciendo un papel unificador y conductor.

Bajo el alero de este ordenamiento, la sociedad chilena experimentó procesos que terminaron por transformar significativamente su fisonomía política y material, y por tanto su forma de entenderse a sí misma y a su pasado: la instalación de una sociedad "de masas", con altos índices de urbanización y fuertes identidades colectivas, generalmente de orientación clasista; la lucha por una mayor democratización política y social; la creciente influencia de la educación formal y de los medios de comunicación masivos. En toda esta construcción, la deliberación generalizada y el protagonismo de todos los actores sociales adquirieron una legitimidad que el régimen oligárquico tradicional no había reconocido. En tal sentido, la noción de Chile como un proyecto en que todos podían y debían participar cobró una materialidad mucho más visible que antes.

Pero tal vez por eso mismo, y aunque la unidad nacional y la cohesión social fueron efectivamente objetivos altamente valorados (como lo fue también la superación del subdesarrollo), el consenso entre actores tan diversos fue incubando un creciente cúmulo de tensiones. Algunas se derivaban del contexto internacional del momento, marcado por la Guerra Fría y las polaridades irreductibles a las que ella dio lugar, y que en el caso de Chile se expresaron en fenómenos como la proscripción legal del Partido Comunista entre 1948 y 1958, o el impacto, análogo al de otros países del continente, que tuvo la Revolución Cubana. Otras tuvieron su origen en insuficiencias internas, las que se fueron haciendo más y más evidentes a medida que el modelo sustitutivo de importaciones entraba en un estancamiento muy difícil de remontar, y que se tradujo en demandas crecientemente insatisfechas y propuestas de solución cada vez más excluyentes. Fue éste el cuadro que finalmente tomó cuerpo a partir de 1958 en el esquema llamado de

los "tres tercios", mediante el cual las principales corrientes de opinión política y social articularon sus particulares visiones –que a la postre se revelaron irreconciliables– de país. El desenlace de esta historia comenzó a escribirse en septiembre de 1970 con la elección a la Presidencia de Salvador Allende y su programa de "socialismo a la chilena", y concluyó casi exactamente tres años después con el golpe militar de septiembre de 1973. El Estado de compromiso moría desgarrado por sus propias contradicciones.[18]

Dentro de este contexto de cambio social, democratización y polarización política se articuló lo que este recuento considera la segunda gran corriente historiográfica del siglo XX chileno, y que de alguna manera vino a desafiar la hegemonía nacionalista-conservadora analizada más arriba (cuya potencia, en todo caso, siguió siendo muy palpable). En estricto rigor, el desafío se canalizó a través de dos grandes vertientes: una más abiertamente política, y que se agrupó en torno a los llamados historiadores marxistas "clásicos"; y otra más asépticamente "académica" –aunque con connotaciones políticas a la postre igualmente evidentes–, cuyo principal referente era la escuela francesa de los *Annales*. En los párrafos que siguen se procurará caracterizar someramente cada una de ellas, insistiendo sí en la necesidad de reparar en que ambas representaban una postura contestataria respecto a las visiones historiográficas más establecidas, y que por lo tanto su verdadero efecto de transformación sólo pudo calibrarse hacia el final del período bajo revisión. En realidad, sólo la visión retrospectiva nos permite discernir su éxito en cuanto a levantar una lectura contrahegemónica de la experiencia histórica nacional, y que ni los rigores de la dictadura militar serían capaces de erradicar.

18. Este proceso ha sido lúcidamente analizado en su dimensión política por Yocelevzky R., Ricardo, *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura 1970-1990*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2002; capítulos 1 y 2.

En lo que toca a la historiografía marxista "clásica", el hito fundacional generalmente se sitúa en el *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile* de Julio César Jobet, publicado por primera vez en 1951. Articulando en forma sistemática una sensibilidad que se venía incubando desde los años veinte, y que ya se había expresado en algunos escritos precursores,[19] la obra de Jobet se valió del mismo género ensayístico cultivado con tanto éxito por la historiografía conservadora para impugnar tanto las premisas como las conclusiones sobre las que esta última sustentaba toda su reflexión. Comenzaba afirmando lapidariamente que la historia nacional aún estaba por escribirse, superando gravísimas distorsiones y omisiones en lo que hasta ese momento pasaba por historiografía: "No es un juicio aventurado afirmar que la historia de Chile está por hacerse. Hasta el presente no ha sido más que el relato de los grandes magnates del país y la crónica de la clase pudiente, cuyos privilegios ocupan el sitio preponderante, como si no existiera nada fuera de ellas". Y extendiéndose un poco más:

> Si es verdad que en nuestro país se ha cultivado en forma preferente el género histórico, con una constancia y delectación especiales, lo ha sido siempre con un criterio narrativo y erudito de tal manera que por una curiosa paradoja, el verdadero desarrollo histórico de Chile, por lo menos desde la Independencia, es conocido de modo deformado; ignorado en hechos capitales; adherido a personalidades exaltadas desproporcionadamente a su

19. Así los denomina Jorge Rojas Flores en un lúcido y exhaustivo estudio sobre la historiografía obrera chilena, en el que también da cuenta de la escuela marxista clásica, titulado "Los trabajadores en la historiografía chilena: balance y proyecciones", en *Revista de Economía y Trabajo*, Nº 10, Santiago, PET, 2000. Entre tales precursores destaca a Domingo Amunátegui Solar con su obra *Historia social de Chile*, Santiago, Nascimento, 1932; y las memorias de prueba de Ángel Calderón Barra y Tulio Lagos Valenzuela, de 1937 y 1941.

importancia intrínseca o a su rol jugado realmente, a causa del espíritu de familia o de clase que ha guiado el criterio de la mayor parte de nuestros historiadores, mientras que otros personajes de mérito efectivo y de gravitación poderosa han sido injustamente rebajados o mistificados en su acción e ideas.[20]

Para reparar el vacío, debía primeramente incluirse en el relato histórico a su verdadero protagonista, hasta entonces ausente: el pueblo. "Es necesario", dictaminaba Jobet, "llevar a cabo la historia del pueblo chileno, cuyas condiciones de vida se han desconocido, para destacar el papel decisivo y fundamental que ha jugado en la evolución de la nacionalidad"; porque "es la masa laboriosa, el pueblo, la decisiva en el desarrollo de la sociedad y son los millones de trabajadores que alimentan y visten al mundo entero los verdaderos héroes de la vida, ya que su tarea inmensa decide la suerte de las colectividades, de las naciones, de la Historia". En Chile, sin embargo, "las clases oprimidas, el pueblo, no han tenido sus propios historiadores y la historia de Chile ha sido asimilada, por lo común, a la de su clase pudiente, o clase superior como se autodenomina, y al análisis de sus leyes, siempre divorciadas de la existencia práctica del pueblo".

Esta visión reduccionista de la historia se expresaba también en la exclusión de todo aquello que escapaba a los estrechos círculos del accionar político, bélico o jurídico de las elites: "casi todos nuestros historiadores han entendido por Historia solamente la historia política, o 'historia de los acontecimientos'", otorgando una importancia desmedida a "la cronología y los nombres, a las guerras y a los caudillos". Desde el punto de vista de Jobet, esta

20. Jobet, Julio César, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, segunda edición, Santiago, Universitaria, 1955, p. 6. Todas las citas de esta obra proceden de esta segunda edición.

focalización eludía el estudio de los planos donde verdaderamente se gestaba y se resolvía el quehacer histórico, que eran los de la economía y las relaciones sociales:

> La base del desarrollo de la sociedad humana reside en la economía, o sea, la lucha que el hombre sostiene con la naturaleza por la existencia, de tal modo que la Historia se halla movida por intereses materiales, es decir, por la necesidad que el hombre tiene de alimentación, vestido, vivienda, calefacción y herramientas. Y el motor de la Historia es la lucha de las clases sociales, según el sitio que ocupan en la producción económica. De las clases oprimidas, explotadas, contra las clases que las oprimen y explotan. La esencia de la Historia consiste en el desarrollo y modificación graduales de la sociedad humana, con el objeto de satisfacer en una forma más adecuada las necesidades materiales y porque sean satisfechas de la manera más justa posible, de tal suerte que los bienes terrenales se distribuyan entre todos, según sus necesidades.[21]

Así, el proceso de re-escritura histórica a que invitaba Jobet suponía alterar radicalmente los énfasis tradicionales, situándolos donde a su juicio verdaderamente debían estar: en el pueblo, y en lo económico y social. A ello destinaba su ensayo, y por las características mismas de su objeto sólo podía valerse del instrumental teórico más indicado para tal efecto, el materialismo histórico: "Esta fecunda teoría, y científico método de investigación, que es el materialismo histórico aplicado al estudio del desarrollo nacional, nos permite una comprensión y explicación claras de su desenvolvimiento, sucesos, hombres y fenómenos típicos".

La tarea así definida, sin embargo, no se justificaba sólo por un prurito de corrección o adecuación intelectual, encaminado a disipar los errores consagrados por la historiografía tradicional. También se trataba de poner este nuevo conocimiento al servicio de las grandes necesidades

21. *Ibíd*, p. 17.

y desafíos de su propio tiempo, convirtiéndolo en un instrumento para la acción:

> A los nuevos historiadores corresponde la enorme tarea de analizar y comprender el pasado nacional en su verdadera raíz, con el objeto de poder presentar más exacta y realmente el momento actual tan denso de problemas graves y necesidades agudas, cuya resolución adecuada, exige la interpretación franca y valerosa de la realidad, sin prejuicios y sin mezquinas limitaciones, como único camino para conseguir la verdadera transformación estructural y progresiva que Chile requiere si no pretende quedar a la zaga de la historia.[22]

Se trataba, en suma, de construir una historiografía no sólo más científicamente correcta, sino capaz de aportar fructíferamente a la necesaria "transformación de Chile en sus bases económicas y sociales, hasta conseguir el funcionamiento de una verdadera democracia, en donde imperen la justicia económica, la igualdad social y la libertad que permitan un desarrollo histórico armonioso y fecundo".

A partir de estas coordenadas, a la vez epistemológicas y políticas, el ensayo de Jobet se internaba en un recorrido panorámico de la historia chilena desde el momento de la independencia, con resultados previsiblemente muy distintos a los de las escuelas anteriores. La ruptura interpretativa no se daba, sin embargo, en todos los aspectos considerados. Guardando un claro paralelismo con Edwards, por cierto más analítico que valórico, Jobet catalogaba el régimen portaliano como una restauración colonial, que para él implicaba un retroceso hacia formas feudales de organización económica y social:

> La dictadura portaliana significó la instauración de las formas coloniales bajo la aparente estructura republicana. Se produce lo que el pensador argentino José Ingenieros denominaría "la restauración". En efecto, los

22. *Ibíd*, p. 18.

> caudillos e ideas del movimiento emancipador son aplastados y se impone un retorno a la realidad pre-revolucionaria, dominando de nuevo los intereses afectados por la revolución. La estática colonial trata de imperar ahogando el único bien efectivo que nos diera la emancipación: la conciencia política y cultural, el noble anhelo de superar la inercia y el atraso de los días coloniales.[23]

Bajo un prisma inequívocamente ilustrado, Jobet culpaba a esta "restauración colonial" de gran parte de los males que han afectado a la sociedad chilena, proyectando sus efectos hasta su propio presente. La expresión más estructural de este fenómeno se identificaba con la solidez y longevidad del latifundio, y de la clase social que ha cimentado en él su más que centenaria hegemonía. En relación a lo primero, el *Ensayo crítico* no trepidaba en catalogar al latifundio como "la gran rémora del desenvolvimiento natural y fecundo de la sociedad chilena. Ha impedido un desarrollo vasto de la agricultura; no ha permitido el crecimiento de la producción agropecuaria y ha causado la horrible miseria de las clases campesinas, a la vez que ha sido el más serio obstáculo para el funcionamiento de un régimen político democrático". Y en cuanto a sus dueños, a quienes más de alguna vez calificó como "señores feudales", sostenía que "basado en el poder económico y político de la gran propiedad es que los terratenientes han orientado la vida económica, política y cultural del país, desde la Independencia hasta nuestros días, a través del gobierno, los bancos, la desvalorización sistemática de la moneda en su provecho. Su dominio ha negado obstinadamente a la masa laboriosa de la nación el acceso justo, a que tiene derecho, del bienestar material y de la cultura". Sentando un diagnóstico compartido por otros historiadores de su misma persuasión, y también por muchos críticos sociales de su momento, Jobet instalaba así al régimen latifundiario como una de las estructuras más persistentes

23. *Ibíd*, p. 34.

–y perniciosas– de nuestra historia, y como la clave explicativa de muchos procesos y falencias. Sólo una reforma agraria, como la que se empezó a implementar quince años después de la publicación del *Ensayo*, podría corregir esta gruesa distorsión de lo que a su juicio constituía un desarrollo histórico "normal".

La noción de que los procesos históricos debían ceñirse a una periodización uniforme, modelada en las experiencias nor-atlánticas, era un supuesto con bastante arraigo en el pensamiento marxista, y por tanto no extraña que haya sido absorbido por los historiadores chilenos afectos a ese paradigma. En ese contexto, la aparente persistencia de la feudalidad tendía a verse como un fracaso histórico, asimilado a una "revolución burguesa que no fue". En el caso chileno, según Jobet, sí hubo hacia mediados del siglo XIX un principio de constitución de una burguesía "vigorosa y pujante, distinta de la aristocracia terrateniente", capacitada para conducir el tránsito desde una economía feudal hacia otra capitalista. A la postre, sin embargo, esta fructífera y necesaria confrontación se diluyó debido al afianzamiento del modelo primario-exportador y lo que podría denominarse la "co-optación" de la emergente burguesía, frustrándose así el cumplimiento de su rol histórico. El deprimente desenlace se consolidó tras la victoria chilena en la Guerra del Pacífico, cuando el país entero se tornó tributario de la vulnerable, y en definitiva transitoria, bonanza salitrera. Confiadas en un auge exportador sobre el cual no ejercían mayor control, las clases dirigentes se fundieron en una alianza que terminó por conformar una estructura híbrida, a medio camino entre el feudalismo y el capitalismo:

> La aristocracia terrateniente y la burguesía liberal ya no se combaten. Se funden por el entrelazamiento de sus intereses económicos. Coexisten el feudalismo agrario y el naciente capitalismo industrial. La guerra social termina siempre con el aplastamiento de una de las clases en lucha o en la consunción de ambas. En el caso de la

oligarquía feudal y la burguesía demo-liberal chilenas, se produce su alianza.[24]

En la cristalización de este anómalo proceso, un papel determinante fue el desempeñado por las fuerzas del "imperialismo". Impulsados por la necesidad de maximizar sus tasas de ganancia, los agentes del capital internacional se desplazaron hacia las zonas periféricas para constituir en ellas lazos de dependencia que terminaron por distorsionar su propio desarrollo histórico, configurando, junto al latifundio, un segundo freno de carácter estructural:

> El imperialismo, que es un fenómeno de carácter económico (explotación y despojo de las riquezas y rentas nacionales), tiene también consecuencias políticas (menoscabo de la soberanía e independencia políticas) y morales (corrupción de la clase gobernante que lo sirve, entregándole el patrimonio nacional e intensificando la expoliación de las clases laboriosas). Su explotación consiste en llevarse las utilidades chilenas, las rentas de Chile, el trabajo de los chilenos, al extranjero, impidiendo que el país se capitalice y pueda contar con los fondos suficientes para crear industrias y perfeccionar las escasas que existen; desarrollar y estimular la agricultura; dar un fuerte impulso a la economía en su conjunto.[25]

Anticipándose al auge que cobraría algunos años después la teoría de la dependencia, pero inspirándose nítidamente en la teoría del imperialismo formulada por Lenin, Julio César Jobet ya enunciaba en 1951 lo que sería otro motivo recurrente de la historiografía marxista en Chile: el papel a la vez protagónico y nefasto de la asimetría económica y la inversión extranjera. Otro integrante de esta corriente historiográfica, Hernán Ramírez Necochea (sobre cuya obra se hablará más en otro lugar), dedicaría años después una obra completa a esta temática,

24. *Ibíd*, p. 121.

25. *Ibíd*, pp. 218-219.

corroborando la complicidad de los intereses imperialistas en los fracasos pasados y las penurias presentes.[26] Curiosamente, un diagnóstico hasta cierto punto análogo había sido elaborado varias décadas antes por Francisco Antonio Encina, quien veía la dependencia económica como un síntoma más de la decadencia en que se había sumido el país al agotarse el empuje portaliano.[27] Así, en una inusual coincidencia, Jobet cita al historiador conservador para reforzar su convicción de que sólo la derrota del imperialismo permitiría "un desarrollo industrial verdadero y armónico", retomando lo que a su juicio constituía la senda histórica correcta.

La noción de un desarrollo truncado por la intromisión extranjera y la irresponsabilidad de las clases dirigentes nacionales daría pie a una de las hipótesis más persistentes de la historiografía de izquierda, estrechamente vinculada a la "revolución burguesa que no fue". A semejanza del mito portaliano elaborado por la escuela nacionalista-conservadora, los historiadores marxistas ayudaron a conformar una visión del gobierno del presidente liberal José Manuel Balmaceda (1886-1891) como el único intento serio de enfrentarse al imperialismo y encauzar al país por una senda de crecimiento autónomo y verdaderamente progresista, lo que por cierto amenazaba seriamente los intereses reaccionarios de la "clase terrateniente y plutocrática". Afirma al respecto Jobet:

> Podemos ver cómo Balmaceda propiciaba ya la intervención del Estado en la economía para lograr la industrialización y la producción diversificada con el propósito de transformar la estructura económica nacional, aumentar la producción y mejorar las condiciones de vida de la población. De ninguna manera pensaba que pudiera el país

26. Se trata del libro *Historia del imperialismo en Chile*, publicado en 1960 por la Empresa Editora Austral.

27. Este análisis se expone en *Nuestra inferioridad económica* (Santiago, 1911), el primer texto publicado por Encina.

> subordinarse al predominio de la industria extractiva, basada en el salitre, sino que deseaba que ésta fuera el punto de partida del desenvolvimiento industrial propio de Chile. Y su gobierno tuvo por objeto llevar a efecto estas ideas orientadoras de su programa de estadista. Llevó a cabo una obra admirable de progreso material y educacional y planteó la resolución de los grandes problemas estructurales de la nación: nacionalización de su minería, socialización del crédito y reorganización de la agricultura.[28]

Aunque la historiografía posterior ha debatido intensamente en torno a la efectividad empírica de esta caracterización,[29] lo que importa destacar aquí es que para Jobet la presidencia de Balmaceda no sólo constituía un índice de lo que debería haber sucedido si la historia hubiese seguido un curso lógico y los actores hubiesen cumplido con su deber, sino que también anticipaba las tareas todavía pendientes. Congruentemente, la guerra civil que puso término a esa experiencia pasaba a ser vista como una reacción interesada de los beneficiarios del orden que urgía transformar, y que permanecían como los principales obstáculos para el desarrollo nacional: "La 'revolución' de 1891 no se debió a un simple conflicto constitucional de carácter político, como la han presentado casi todos los historiadores, sino que su causa esencial radica en los grandes proyectos económicos y sociales de Balmaceda, que afectaban hondamente a la clase terrateniente y plutocrática y a los consorcios imperialistas". Al derribar al progresista presidente, con un costo de miles de vidas

28. Jobet, *Op. Cit.*, pp. 77-78.

29. Se puede ver al respecto el artículo de Blakemore, Harold, "The Chilean Revolution of 1891 and its Historiography", *Hispanic American Historical Review*, vol. 14, 1965; García de la Huerta, Marcos, *Chile 1891: La gran crisis y su historiografía*, Santiago, Edeh, 1981; y Ortega, Luis, (ed.), *La Guerra Civil de 1891. Cien años hoy*, Santiago, Universidad de Santiago, 1991.

humanas, estas fuerzas habrían "impedido que Chile entrara por una senda de verdadero progreso y avance económico, social y cultural". O como lo dice el ya nombrado Ramírez Necochea, que fue entre sus congéneres quien más elaboró esta interpretación del gobierno balmacedista, la guerra civil de 1891 no fue ni más ni menos que una contrarrevolución, y su desenlace impidió que Chile "se ubicara en un plano más alto de evolución, forjando su subdesarrollo y consagrando plenamente su dependencia respecto al imperialismo". Si hubiese vencido Balmaceda, por el contrario, "el Chile de hoy sería muy distinto de lo que es".[30]

La derrota balmacedista, por tanto, fue interpretada por Jobet y Ramírez como la consagración definitiva de la frustración histórica de Chile,[31] y como el preámbulo a un siglo XX que el primero de los nombrados pinta en colores tan sombríos y decadentes como las mejores páginas de un Edwards o un Encina:

> El atraso económico-social ha determinado una gran decadencia moral. A causa de la permanente miseria, la moralidad nacional ha descendido profundamente. La aus-

30. La tesis de Ramírez Necochea fue formulada por primera vez en 1951, el mismo año de la publicación del *Ensayo crítico* de Jobet, en su obra *La guerra civil de 1891. Antecedentes económicos*. Posteriormente fue corregida y aumentada, apareciendo con el título definitivo de *Balmaceda y la Contrarrevolución de 1891*, Santiago, Universitaria, 1972.

31. Esta noción de "frustración histórica" cobró gran celebridad gracias al ensayo del economista Aníbal Pinto, *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, primera edición, Santiago, Universitaria, 1959. En esta obra de evidente estirpe "cepalina", y cuyo carácter era básicamente interpretativo e histórico, Pinto puso sobre el tapete la asimetría que a su juicio evidenciaba el desarrollo histórico chileno: muy fuerte en lo político-institucional, pero muy mediocre en lo económico. Sus numerosas re-ediciones dan testimonio del impacto que provocó en la opinión nacional.

> teridad, el sentido de responsabilidad y la sobriedad que existieron, evidentemente, en el siglo XIX y constituyeron los puntos de apoyo del desenvolvimiento del país, se han desmoronado para dar paso a un desenfrenado ambiente de corrupción, mediocridad, compadrazgo, oportunismo y decadencia. La clase dominante, en el pasado poseyó, en relativo grado, tales valores, a pesar de su egoísmo. Los ha perdido totalmente. En este balance tétrico de nuestro país, tal vez el hecho más alarmante es la constante decadencia de la moralidad nacional.[32]

Considerando que al escribirse estas palabras había transcurrido medio siglo desde el discurso de Mac Iver, y un cuarto desde la aparición de *La fronda aristocrática*, no deja de resultar sorprendente la persistencia y coincidencia en el pesimismo entre pensadores de perspectivas tan diversas. Sin embargo, para Jobet, como para sus colegas marxistas en general, esta "honda tragedia del país, cada día más esquilmado y empobrecido a causa del predominio de privilegios seculares en alianza con elementos internacionales que nos tratan en calidad de colonia" ocultaba igualmente una semilla de esperanza. Porque en el momento mismo en que se consagraba el fracaso histórico surgía el actor destinado a protagonizar su superación: la clase obrera, que desde su propia explotación debía forjar "la conciencia de sus intereses específicos, de su rol social, de su papel histórico como clase nueva y vigorosa". Hasta el imperialismo, gran "obstáculo para el incremento económico del país y para el bienestar de sus grandes masas productoras", tenía como "concurrencia positiva la formación de un proletariado vigoroso, originado al industrializar las faenas de extracción de las materias primas, fuerza social en la que reside uno de los más sólidos apoyos para emancipar económicamente a nuestra sociedad y obtener nuestra liberación nacional". Así, y en estricta concordancia con lo que establecía el materialismo histó-

32. Jobet, *Op. Cit.*, p. 229.

rico, de las propias contradicciones sociales debía emanar el agente encargado de su resolución, cuya presencia en el acontecer del siglo XX sería una realidad indesmentible y esperanzadora. Y a esa tarea, en su doble condición de historiador y de militante, Jobet llamaba a sumarse a sus colegas y a todos quienes pensaran como él.

El llamado fue recogido y ampliado por toda una generación de historiadores que, aun discrepando a menudo fuertemente entre sí, comparten lo suficiente como para ser agrupados en un conjunto doctrinario coherente e inteligible. Es verdad que, tras la aparición del *Ensayo crítico*, la mayoría no desarrolló esta opción a través de un registro tan panorámico y explícitamente interpretativo, sino más bien en estudios más acotados y empíricos.[33] Formados profesionalmente en la disciplina histórica, no les costó percibir que los vacíos que con tanta fuerza denunciaban no podían llenarse sino a través de un trabajo de recopilación y ordenamiento para el que contaban con muy poco camino adelantado. De esa forma, el aporte historiográfico de la escuela marxista clásica se fue plasmando a lo largo de las décadas de 1950 y 1960 en una serie de monografías que respondían a los énfasis y lineamientos esbozados en la obra de Jobet. Sin entrar en un análisis tan pormenorizado como el que se ha hecho con el *Ensayo crítico*, es posible hacer un rápido recuento de sus principales líneas de reflexión.

La más concurrida, y la que ha dejado huellas más duraderas —y como era de esperar— fue la consagrada a reconstruir y divulgar la historia obrera, identificada explícitamente como la clave para comprender el devenir chileno y mundial en general. El propio Jobet incursionó

33. Aquí habría que exceptuar parcialmente al texto de Marcelo Segall *Desarrollo del capitalismo en Chile. Cinco ensayos dialécticos*, publicado dos años después del *Ensayo crítico*. Aunque contenía abundantes elementos empíricos, este estudio tendía a no identificar la fuente de dicha información. En general, y haciendo honor a su título, primó en él un registro más interpretativo que monográfico.

en este terreno a través de su *Recabarren. Los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chilenos*, publicado en 1955, en el que apoyándose en la figura de uno de los más reconocidos fundadores de nuestro movimiento obrero, reflexiona sobre el desarrollo en Chile de una conciencia social y políticamente revolucionaria. Otro de los autores nombrados, Hernán Ramírez Necochea, publicaba un año después la *Historia del movimiento obrero. Antecedentes, siglo xix*, un desembozado intento por establecer la primacía histórica del proletariado en el acontecer nacional ("el proletariado es en Chile –lo mismo que en todo el mundo– la clase a la que pertenece el porvenir"). Aparte de su propia obra, Ramírez dirigió durante estos años varias tesis de grado que contribuyeron a engrosar el torrente de la historiografía obrera en gestación, mereciendo entre ellas una especial mención la de Fernando Ortiz Letelier (*El movimiento obrero en Chile (1891-1919). Antecedentes)*, publicada en forma póstuma tras su desaparición en 1976 por obra de la dictadura pinochetista.[34] Pero de todos los integrantes de la escuela marxista clásica, quien más aportó al desarrollo de la historiografía obrera, especialmente en su dimensión más empírica, fue Jorge Barría Serón.[35]

34. El libro de Ortiz se publicó en Madrid en 1985 por Ediciones Michay, a modo de homenaje a la trágica muerte de su autor.

35. El primer eslabón en la producción de Barría fue su memoria para optar al título de Profesor de Historia y Geografía, defendida en 1953 ante la Universidad de Chile, con el nombre de "Los movimientos sociales de principios del siglo xx (1900-1910)". Esta fue seguida en 1960 por una segunda memoria de prueba, esta vez para obtener el título de Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales, denominada "Los movimientos sociales en Chile desde 1910 hasta 1926 (aspecto político y social)". Luego vendrían su *Trayectoria y estructura del movimiento sindical chileno 1946-1962*, Santiago, INSORA, 1963; *Breve historia del sindicalismo chileno*, Santiago, INSORA, 1967; *El movi-*

Tanto a través de sus monografías como de sus trabajos de síntesis, Barría otorgó especial relevancia al desarrollo del sindicalismo y de las expresiones más "orgánicas" de acción proletaria, fortaleciendo la noción, presente en todos los cultores de este tipo de enfoque, de una evolución lineal y más o menos teleológica desde formas "inferiores" a "superiores" de conciencia, cuya culminación final debía residir en la organización revolucionaria y la toma del poder (razón por la cual, dicho sea de paso, sus obras no daban mucha cabida a actores populares no obreros).

En esta lógica, no es de extrañar que la búsqueda de los historiadores marxistas se deslizara casi inevitablemente desde la historia obrera propiamente tal hacia la historia de los partidos políticos vinculados a dicha clase, expresión supuestamente culminante de su maduración como actor histórico y social. Una visión de la historia que aglutinaba la pretensión analítica con el llamado a la acción conducía directamente al compromiso militante, traducido en el caso de los cultores más conocidos de esta escuela en sendas obras de historia partidaria (de sus propios partidos): la *Historia del Partido Socialista de Chile*, de Julio César Jobet (Santiago, Prensa Latinoamericana, 1971), y el *Origen y formación del Partido Comunista de Chile*, de Hernán Ramírez Necochea (Santiago, Austral, 1965). Haciendo explícita su convicción sobre el papel histórico de los partidos marxistas, Jobet afirmaba al comienzo de su *Historia del Partido Socialista de Chile* que "únicamente la acción organizada de las masas por medio de un partido disciplinado, con cuadros combativos, conscientes de su misión histórica y social, podría cumplir el anhelo de crear una sociedad socialista, impidiendo cualquier descomposición democrático burguesa o el aprovechamiento

miento obrero en Chile. Síntesis histórico-social, Santiago, Colección Trígono, 1971; y su *Historia de la CUT*, Santiago, Ediciones Prensa Latinoamericana, 1971. Para un lúcido análisis de esta obra ver Jorge Rojas, *Op. Cit.*, pp. 52-55.

personalista de las masas". Aun más enfático era Ramírez Necochea al justificar la importancia histórica de su partido: "durante el siglo XIX y en los primeros decenios del siglo XX, la sociedad chilena tuvo muy importantes mutaciones económico-sociales, políticas y culturales. Todas ellas llevaron el signo del capitalismo. Por lo mismo, estuvieron básicamente ligadas a los procesos de formación y de desarrollo de la clase obrera. La presencia del proletariado y de sus antagonismos con la burguesía, dieron origen al movimiento sindical y político obrero, de cuyas raíces surgiría el Partido Comunista; éste, por tanto, es un fruto natural de la evolución seguida por el país durante los últimos ciento cincuenta años"; y concluía, en un tono casi mesiánico: "El Partido Comunista es el más nacional de todos los partidos de Chile. Su obra está fecundada por la vida, el esfuerzo, el heroísmo y el sacrificio de miles de heroicos combatientes de nuestro pueblo que impulsados por incontenibles anhelos de redención, han sido militantes, simpatizantes o amigos del Partido durante más de medio siglo. Su espíritu sintetiza los más puros ideales de los mejores hombres de nuestra tierra: sus trabajadores".[36]

Pero una concepción dialéctica de la historia obviamente no podía agotarse en el estudio de una sola de las clases en lucha. De este modo, y como ya lo había hecho el *Ensayo crítico* de Jobet, la obra de los historiadores marxistas también abarcó temas de alcance más global, que a su juicio contribuían a dar cuenta de las peculiaridades de la lucha de clases en Chile. Particularmente prolífica en este sentido fue la búsqueda de Hernán Ramírez Necochea, quien incursionó en temas como las causas económicas de la independencia chilena, el impacto del imperialismo en este país, y la ya mencionada interpretación sobre el carácter

36. Ramírez Necochea, Hernán, *Origen y formación del Partido Comunista de Chile*, segunda edición, Moscú, Editorial Progreso, 1984; pp. 378, 385.

progresista de la presidencia de José Manuel Balmaceda.[37] Por su parte, Jobet también abordó la historia de la educación chilena, la de los precursores del pensamiento social, el carácter del sistema colonial, y el significado de la independencia.[38] Este afán de globalidad alcanzó tal vez su mayor expresión en la obra de otro autor que, aun discrepando ocasionalmente con vehemencia de los puntos de vista de sus compañeros de ruta, emprendió el esfuerzo más ambicioso de síntesis histórica engendrado por la historiografía marxista clásica: la *Interpretación marxista de la historia de Chile* de Luis Vitale, el primero de cuyos varios volúmenes vio la luz en 1967, alcanzando a publicarse tres antes del golpe militar de 1973. Culminaba así una de las propuestas más radicales de relectura y resignificación que conoció la historiografía chilena durante el siglo XX, y que por su naturaleza misma hizo aun más estrecho el nexo entre teoría e intervención que ya había sido bastante evidente en la obra de las otras escuelas aquí consideradas. Inevitablemente, ese anhelo de praxis y de cambio debía verse trágicamente tronchado por la derrota de 1973. Dispersados por la represión, el exilio y la muerte, los historiadores marxistas "clásicos" debieron enfrentar el más cruel de los desafíos no sólo a su visión de la historia, sino a la viabilidad misma de los proyectos por los cuales se habían jugado a fondo en lo profesional y en lo personal.

La inquietud por lo económico y lo social que subyacía a la obra de los historiadores marxistas, y que en rigor

37. Las obras aludidas son *Antecedentes económicos de la Independencia de Chile*, Santiago, Universitaria, 1959; *Historia del imperialismo en Chile*, Santiago, Austral, 1960; y la ya citada *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*, tercera edición, corregida y aumentada, Universitaria, 1972.

38. Julio César Jobet, *Doctrina y praxis de los educadores representativos chilenos*, Santiago, Andrés Bello, 1970; *Los precursores del pensamiento social en Chile*, 2 vols., Santiago, Universitaria, 1955; y *Temas históricos chilenos*, Santiago, Quimantú, 1973.

atravesó al conjunto de la sociedad chilena durante los decenios intermedios del siglo xx, encontró un segundo canal de expresión historiográfica, más restringidamente académico y menos abiertamente militante, en un grupo que recibió la evidente influencia de la escuela francesa de los *Annales*, y que en Chile se conoce con la tal vez equívoca denominación de escuela "estructuralista" (por la importancia que concede al estudio de las "estructuras" que supuestamente articulan el acontecer histórico). Surgida mayoritariamente bajo el alero de la Universidad de Chile (como también había sucedido en el caso de los marxistas), esta corriente comenzó igualmente a exhibir sus frutos desde mediados de los años cincuenta, y cuenta entre sus exponentes más destacados a Mario Góngora, Álvaro Jara, Rolando Mellafe, Armando de Ramón y Sergio Villalobos, seguidos posteriormente por numerosos discípulos.

A diferencia de las analizadas en las páginas anteriores, esta corriente careció en su momento de un escrito "programático" que, a semejanza de *La fronda aristocrática* o el *Ensayo crítico sobre el desarrollo económico social de Chile*, sirva para sintetizar e ilustrar sus principales postulados y campos de interés. Lo más cercano a ello tal vez sea un escrito bastante posterior de Sergio Villalobos, aparecido como introducción a un esfuerzo de síntesis que, guardando las diferencias, podría calificarse como análogo al que se había propuesto Luis Vitale para el caso de la historiografía marxista: su *Historia del pueblo chileno*, comenzada a publicar en 1980. En un apartado titulado "La historia que proponemos", Villalobos hacía una especie de manifiesto de lo que los autores aquí definidos como "estructuralistas" venían haciendo desde un par de décadas antes: reemplazar el estudio de los grandes personajes y de las elites por una historia más "democrática", tanto en el sentido de abarcar al conjunto de la sociedad, como en el de agregar al terreno ya conocido de lo político, lo militar o lo intelectual, una preocupación por lo demográfico, lo geográfico,

lo económico y lo social –es decir, aquellos planos en que se desenvuelve la vida del común las personas.

Se formulaba así una dura crítica a la historiografía que pasaba en Chile por hegemónica, tanto por su conservadurismo metodológico, definido por un sesgo "narrativo y positivista, comprensible en el siglo pasado (XIX), pero hoy injustificable", como por su estrechez temática, confinada al acontecer político o jurídico, a la exaltación de los grandes personajes, y a una visión arcaica de la causalidad según la cual "la voluntad de los hombres es capaz de cambiar el sentido de la historia". En este último aspecto, Villalobos se detenía especialmente en la valoración dada por los historiadores conservadores-nacionalistas a la figura de Diego Portales (tema al que dedicaría posteriormente una obra fuertemente polémica: *Portales, una falsificación histórica*, publicada en 1989), a cuyas ideas y voluntad se atribuía un papel determinante en la "estabilidad institucional y la prosperidad iniciada en la década de 1830". A su juicio, esta manera de entender las cosas era tanto "incompleta como defectuosa", pues aislaba al individuo de los factores históricos profundos que hacían posible su accionar:

> Si el análisis partiese de la sociedad de la época, de sus profundas desigualdades, de la presencia de una aristocracia latifundista y comercial, enriquecida, sólidamente constituida, poseedora de la alta cultura, conservadora y apegada a sus privilegios y dueña de los resortes del poder social, podría comprenderse mejor el apoyo obtenido por Portales y que su gestión representó a una poderosa fuerza social. Si se estudiasen las condiciones económicas de la época, el restablecimiento agrícola por la reapertura del mercado peruano, el desenvolvimiento del comercio y el desarrollo de la minería del cobre y de la plata..., se comprendería que la prosperidad económica fue parte importante del éxito de Portales... En esta forma, el cuadro quedaría más completo: la presencia de Portales resultaría explicable y se comprendería su liderazgo como intérprete del alto sector social, de sus intereses e ideales. El personaje dejaría de ser el pivote de la época, para que-

dar reducido a su verdadera dimensión en medio de las fuerzas profundas del acontecer.

La importancia concedida a los actores colectivos por sobre los individuales, así como la referencia a las "fuerzas profundas del acontecer", que escapan a la mirada superficial y simplista supuestamente propia de la historia positivista, constituyen motivos recurrentes en el tipo de historia que Villalobos invitaba a escribir. "No podemos detenernos", afirmaba, "a observar sólo los hechos superficiales que una vez fueron actualidad, que atrajeron la atención y que tienen fechas precisas, como pueden ser los actos políticos y oficiales, un cambio de ministerio, la promulgación de una ley, las batallas o la firma de un tratado internacional". Lo que correspondía hacer, continuaba, era "una historia de los grandes procesos, es decir, de las corrientes profundas, anónimas y carentes de espectacularidad, que en su lento desplazamiento, en largos plazos, son las verdaderas portadoras del cambio histórico". Eso era lo que exigía "la creciente preocupación por los problemas económicos y sociales que enfrenta el hombre de hoy", y para lo cual servía de ejemplo lo obrado por la historiografía europea reciente, "especialmente la escuela estructuralista francesa bajo la dirección intelectual de Febvre, Bloch y Braudel. Sus obras han servido de modelos orientadores y junto con otras contribuciones han ampliado la visión histórica y han abierto la posibilidad de métodos novedosos para aproximarse al pasado". De hecho, Villalobos visualizaba su objeto de estudio acudiendo a una metáfora reconociblemente braudeliana:

> Imaginemos la historia como un gran océano, donde con simplicidad puede observarse el color del agua y la agitación de las olas, pero donde el analista inteligente está obligado a ver mucho más: las mareas que arrastran enormes masas de agua, las corrientes superficiales y profundas, el relieve submarino, sus fosas y cordilleras, los diferentes grados de salinidad y temperatura, las variaciones

del plancton y de la fauna marina, etc. Sólo mediante el estudio de esos aspectos el oceanógrafo llega a conocer la verdadera realidad del mar y a captar su importancia.

Para alcanzar la cientificidad del oceanógrafo, definido explícitamente como "analista inteligente", el nuevo historiador debía revolucionar su acervo metodológico, sobrepasando la concepción limitada y documentalista de la fuente, recurriendo al aporte y a los avances de las otras ciencias sociales, rompiendo con el sentido lineal y estrictamente cronológico de la periodización, y reemplazando un estilo simplemente narrativo y descriptivo por otro más analítico y problematizador. A tal efecto, el objeto de estudio debía redefinirse para incluir "los grandes procesos" y las "áreas más profundas del acontecer", entre las que Villalobos destacaba explícitamente cuatro, que por lo demás estructurarían la obra que estaba en proceso de prologar: "la historia económica, la historia social, la historia de la cultura y la historia política". Estas dos últimas, por cierto, debían tratarse no en clave anecdótica o centrada en el acontecimiento, sino "con la mayor amplitud". En el caso de la cultura, por ejemplo, antes restringida a las "obras cumbres" del pensamiento, debía ahora "entenderse que están incluidas las concepciones filosóficas, las mentalidades y la ética, las religiones, las ideas de los pensadores y las ideas corrientes, las subculturas y el folklore, la instrucción pública, la creación artística, la reflexión sobre el país, la conciencia de crisis, etc.". Por otra parte, el relevamiento de lo económico y lo social no debía confundirse con la visión reduccionista o jerárquica propia del materialismo histórico, donde los aspectos políticos o culturales estarían sometidos a una "estricta determinación a partir de los primeros". Más bien, se trataba de reconocer que la realidad histórica se compone de "una estrecha interrelación de todos los fenómenos" que el analista estaba obligado a apreciar en su conjunto, apuntando a lo que Braudel denominó la "historia total". No era otra por lo

demás la pretensión de Villalobos cuando concluía caracterizando su empresa como “el estudio de la nación entera como protagonista de su historia”. O más explícitamente:

> Como historia del pueblo chileno entendemos el pasado de toda su gente, cualquiera fuese su condición social y la esfera de sus acciones. Incluye los hechos masivos y anónimos con su propia dinámica, el pensamiento de los intelectuales, la acción de los estadistas, la economía y sus poderosas variaciones, el tono ligero del arte, la lucha contra la naturaleza, la pugna internacional, las costumbres, los afanes de los pioneros, las ideas corrientes, la vida de todas las regiones, el aporte de la técnica, la pulsación de la historia mundial y mil aspectos más de una historia que es la historia de todo. Creemos que solamente de esa manera es posible comprender la trayectoria de un país.

Hasta cierto punto, la ambiciosa tarea había sido ya anunciada en una obra de divulgación editada por primera vez en 1974 bajo la coordinación del propio Villalobos, y cuya circulación e influencia entre el estudiantado secundario y universitario alcanzó durante las décadas de 1970 y 1980 un notable relieve. En el prólogo a esta *Historia de Chile* en cuatro volúmenes, cuyos otros autores eran Osvaldo Silva Galdames, Fernando Silva Vargas y Patricio Estellé, se definían varios motivos que reaparecerían en la Introducción a la *Historia del pueblo chileno* como componentes de una nueva forma de visualizar el oficio:

> Una Historia comprensible, que hable a la inteligencia y no a la memoria acumuladora de datos anecdóticos, es requisito indispensable en un planteamiento moderno. No podemos seguir tolerando simples relatos de hechos curiosos, que han convertido a la Historia en un bazar pintoresco, lleno de colorido, sino que debemos procurar estudiar y comprender los grandes procesos del pasado, que han constituido las líneas directrices de nuestro desenvolvimiento histórico. Solamente de esta manera podremos comprender lo que ha sido la trayectoria del pueblo chileno y, por lo tanto, interpretar el momento

> presente y pensar el tiempo futuro. Creemos que el viejo estilo de una Historia simplemente política está superado y que, en cambio, una visión del pasado a través de cuatro de sus elementos, historia económica, social, cultural y política debe constituir una visión moderna de carácter interpretativo, en que los hechos se inscriben formando parte de profundos cauces, en lugar de constituir información aislada e inconexa.

Este esfuerzo de actualización y re-interpretación contaba para esa fecha con el aporte monográfico de "un importante grupo de investigadores que", como reconocía Villalobos en su Introducción de 1980 (escrita en realidad en 1979), "se formó y giró en torno a la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, el antiguo Instituto Pedagógico", y que ya había incursionado en temas tales como "la propiedad agrícola, los grupos sociales y económicos, las formas de trabajo indígena, la esclavitud negra, el peonaje, el inquilinaje, el comercio, el movimiento obrero, etc.". Figuraba allí, por cierto, su propia producción historiográfica, que hasta ese momento había abarcado estudios sobre el comercio colonial tardío o la organización económica, también durante la época colonial, de la región tarapaqueña;[39] pero también la obra de otros autores identificados con la escuela "estructuralista" y que en buena medida compartían los principios sintetizados retrospectivamente en la *Historia del pueblo chileno*.

Uno de los más destacados entre ellos fue Álvaro Jara, cuya *Guerra y sociedad en Chile*, terminada en 1957 pero recién publicada en el país en 1971 (hubo una primera edición francesa en 1961), se convirtió en una especie de paradigma de esta forma de escribir historia. Inspirado en la "Escuela Histórica Francesa", y particularmente en la figura de Marc Bloch, cuyos libros, según confesaría él mismo

39. Villalobos, Sergio, *El comercio y la crisis colonial*, Santiago, Universitaria, 1968; *La economía de un desierto*, Santiago, Universidad Católica, 1979.

tiempo después, "habían sido mi Biblia por muchos años", Jara se propuso en este trabajo inaugural "encontrar las verdaderas líneas estructurales de su sociedad", remitiéndose para tal efecto a aquel momento fundacional que fue el de la Conquista española. Desplegando una minuciosidad monográfica y una profusión documental que serían característicos tanto de su propia obra como de la escuela "estructuralista" en general, levantaba allí la tesis de que la sociedad chilena, y por extensión toda la sociedad latinoamericana, había sido estructurada desde sus inicios por la violencia conquistadora, generando así una fractura histórica que se percibía en todas las dimensiones del quehacer social, y que de alguna manera se proyectaba hasta el presente que a su generación le había tocado vivir. Esta manera de ver las cosas siguió orientando su investigación posterior, que se concentró en las formas e instituciones del trabajo colonial –siempre marcadas por el pecado original de la violencia y la dependencia personal–, pero que también comenzó a incorporar material recabado de los archivos de países vecinos, como Argentina y Perú. Favorecido con una beca que le permitió pasar algún tiempo en Francia, Jara tuvo la oportunidad de consolidar su admiración por la Escuela Francesa bajo la tutela directa de Fernand Braudel, "a quien adopté de inmediato como mi nuevo Maestro, así, la palabra con mayúscula".[40] Ratificó allí que

> La Historia estaba cambiando con su propio tiempo, junto con las otras ciencias sociales y también las ciencias llamadas exactas. También aprendí que la Historia podía tomar el tiempo en distintas dimensiones, que no sólo había el tiempo corto de lo factual, sino también una *larga duración*, fenómenos de larga duración, pero más difíciles de ver. Ellos pertenecen a capas de historia lenta, que tienen con

40. Jara, Álvaro, "A modo de epílogo: el combate por la Historia. Experiencias en la vida de un historiador", artículo publicado originalmente por la Arizona State Univesity en 1977, y re-editado como anexo a la cuarta edición de *Guerra y sociedad en Chile*, Santiago, Universitaria, 1987.

frecuencia una gran capacidad de permanencia, que pueden ser seculares. A veces pueden ser la estructura interna de la sociedad, y el estudio de su permanencia o de sus modificaciones da a la Historia una dimensión diferente.

Esta nueva forma de concebir la problemática y la temporalidad histórica también se le hizo presente en un seminario sobre historia de los precios que cursó bajo la conducción de Jean Meuvret, y que de alguna manera determinó el ambicioso programa de investigación al que consagró el resto de su vida profesional: reconstruir los índices de producción de cada uno de los sectores de la economía colonial, para el conjunto de Hispanoamérica. Cuantificando así "en la larga duración las líneas generales del desarrollo, región por región", podría llegar a construirse lo que él denominaba una "historia sectorial o de base", que a través de un conocimiento empíricamente sustentado sobre los "ingresos, niveles de vida, consumo, subconsumo, desviaciones del consumo" debía aportar "llaves explicativas del proceso del subdesarrollo de nuestros países". De ese modo, el estudio monográfico y rigurosamente documentado de procesos de larga duración, habitualmente invisibles para la mirada del observador no especialista, se ponía al servicio no de una erudición que se agotara en sí misma, sino de una verdadera comprensión de los problemas que aquejaban secularmente a las sociedades latinoamericanas.[41]

41. Puede extraerse una visión panorámica de la obra de Álvaro Jara en la cuarta edición de *Guerra y sociedad en Chile* mencionada en la nota anterior, que junto con la obra misma re-edita varios estudios monográficos posteriores y sus reflexiones autobiográficas tituladas "A modo de epílogo: el combate por la Historia". También puede recurrirse para igual efecto al artículo de Carmen Norambuena, "Álvaro Jara: presencia y aportes metodológicos en la historiografía americana", en *Dimensión Histórica de Chile* Nº 4/5, Santiago, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, 1987-88.

El énfasis en las estructuras profundas, en los procesos de larga duración (y por tanto en el carácter estratégico del período colonial), y en un marco geográfico más latinoamericano que estrictamente nacional, también definió la obra de otro de los exponentes emblemáticos de esta vertiente historiográfica, Rolando Mellafe. Tras un trabajo inicial sobre la *Introducción de la esclavitud negra en Chile*, ampliado posteriormente para abarcar al conjunto de la esclavitud hispanoamericana, la trayectoria de este autor fue tocando varias de las temáticas y enfoques privilegiados por la mirada "estructuralista": las instituciones y relaciones sociales características del agro, en particular el latifundio; la importancia del espacio en la "producción cultural básica", con especial hincapié en los espacios "de frontera" que caracterizarían a América Latina; el acontecer demográfico; la cultura material; las estructuras y dinámicas familiares; la historia de las mentalidades. En este último ámbito, definido por él como diferente a la historia cultural en tanto apuntaba a lo colectivo y secular, "aquello importante que aconteció millones de veces todos los días: nacer, morir, enfermar, comer, sentir angustia, amor, alegría, etc.", Mellafe ejerció un papel pionero en Chile, como también lo hizo hasta cierto punto en la introducción y desarrollo de la demografía histórica, donde su obra *Demografía histórica de América Latina. Fuentes y métodos*, escrita en colaboración con Carmen Arretx y Jorge L. Somoza, tuvo un impacto continental. Resumiendo el sentido general de su obra en una compilación de artículos aparecida en 1986 con el título de *Historia social de Chile y América*, Mellafe reflexionaba:

> Se comienza por lo más básico, la agricultura: el espacio, la tierra y la producción agrícola. Con ella y sobre ella la población, que la cambia, la domina o la sufre cuando sus desbordes y excesos perturban a quienes ocupan el territorio. Finalmente, aquella población que vive de los trabajos agrícolas, se organiza y se define, tratando de ser efectiva respecto a sí misma, a su magnitud y caracteres.

> y también en relación a su fuente básica de subsistencia. Todo ello constituye la base del quehacer cotidiano, dentro de tramos de vida más largos o más cortos, que en conjunto crean y recrean la cultura material, basamento primordial desde donde trasciende el ser individual y también el grupo.[42]

Entre los cultores de la historiografía "estructuralista" chilena también habría que destacar a Armando de Ramón, cuya obra, desarrollada en su parte más influyente después del golpe militar de 1973, atacó el ámbito de la economía colonial antes de encaminarse hacia el terreno, prácticamente desconocido en Chile, de la historia urbana, de la que se convirtió en pionero y más distinguido cultor.[43] Mención aparte merece Marcello Carmagnani, quien inició su carrera en Chile como discípulo de Mario Góngora, otro integrante de este grupo sobre el que se volverá en seguida, publicando en 1963 un estudio sobre el inicio de las relaciones salariales en Chile en el contexto de la minería tardocolonial.[44] Trasladado posteriormente a Francia para realizar estudios doctorales, también bajo la dirección de Braudel, Meuvret y del italiano Ruggiero Romano, Carmagnani publicó allá una obra que ha sido vista como parangón de la historiografía económica estructuralista basada en fuentes "seriales": *Les mécanismes de la vie économique dans une société coloniale. Le Chili (1680-1830)*,

42. Mellafe, Rolando, *Historia social de Chile y América*, Santiago, Universitaria, 1986. Sobre su aporte historiográfico ver Veneros, Diana, "Rolando Mellafe Rojas", en *Dimensión Histórica de Chile* Nº 4/5, *Op. Cit.*

43. Sobre su primera etapa ver De Ramón, Armando, y Larraín, José Manuel, *Orígenes de la vida económica chilena, 1659-1808*, Santiago, Centro de Estudios Públicos, 1982; su trabajo en historia urbana encuentra su máxima expresión en la obra *Santiago de Chile*, Madrid, Mapfre, 1992.

44. Carmagnani, Marcello, *El salariado minero en Chile colonial. Su desarrollo en una sociedad provincial: el Norte Chico, 1690-1800*, Santiago, Universitaria, 1963.

publicado en castellano recién el año 2000. Otro estudio aparecido por esa época (comienzos de los años setenta), se introducía en la por entonces muy discutida temática de los obstáculos que enfrentaron en las economías latinoamericanas los procesos de industrialización, insinuándose allí claves explicativas cercanas a la teoría de la dependencia, a la sazón muy en boga.[45] Como se sabe, Carmagnani desarrollaría posteriormente una distinguidísima carrera profesional tanto en Europa como en América, abandonando los temas específicamente chilenos para dar a su investigación un alcance más continental. En ese proceso, y como es natural, fue paulatinamente distanciándose de los orígenes "estructuralistas" que han justificado su inclusión en este apartado.

Pero quien aparece hasta cierto punto como la figura más característica, aunque a la vez una de las más complejas, de esta corriente historiográfica es el ya aludido Mario Góngora, a quien el historiador británico Simon Collier calificó alguna vez como "el historiador más sobresaliente de su generación, y uno de los historiadores latinoamericanos más destacados de las últimas décadas".[46] Nacido en 1915, Góngora comenzó su formación profesional en el ámbito de los estudios jurídicos, y formó parte durante los años treinta del núcleo conservador juvenil del que eventualmente surgiría la Democracia Cristiana chilena. De esa época se proyecta hacia el resto de su vida un profundo sentimiento religioso y un apego a la tradición y al nacionalismo que en buena medida lo alejan de los otros autores considerados en este apartado, y que algunos de quienes han analizado su obra asimilan al perfil del ya comentado

45. Carmagnani, Marcello, *Sviluppo industriale e sottosviluppo economico. Il caso cileno (1860-1920)*, Turín, Fondazione Luigi Einaudi, 1971; publicado en castellano por la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1998.

46. Collier, Simon, "An Interview with Mario Góngora", *Hispanic American Historical Review*, Nº 63, 1983.

Jaime Eyzaguirre. Esta faceta de su quehacer, que cobró especial visibilidad tras el gobierno de la Unidad Popular y el golpe de Estado de 1973, lo ha situado con frecuencia en el campo de la historiografía que aquí se ha denominado nacionalista-conservadora.

Sin embargo, un temprano desencanto con la política contingente lo llevó a enclaustrarse en el estudio de la historia, para lo cual realizó los estudios del caso a comienzos de la década de 1940. En rigor, sus intereses primitivos nunca lo abandonaron, como lo revela el hecho de que su primera obra, publicada en 1951, versase sobre *El Estado en el derecho indiano*, y que a lo largo de su carrera haya dedicado una parte importante de sus energías a la historia eclesiástica y al pensamiento escatológico y utópico de raíz católica. Con todo, su vuelco hacia la investigación histórica lo condujo desde los años cincuenta a explorar temáticas y opciones metodológicas más cercanas a la escuela de los *Annales*. De esta época emanan algunas de sus monografías más merecidamente célebres, como *La evolución de la propiedad rural en el Valle del Puangue*, escrita con el geógrafo francés Jean Borde (1955); *Origen de los inquilinos en el Valle Central* (1960); "Vagabundaje y sociedad fronteriza en Chile (siglos XVII a XIX)", (1966); y *Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la constitución social aristocrática de Chile después de la Conquista, 1580-1660*, (1970). Comparecen aquí procesos e instituciones de muy larga duración, como el latifundio y esa particular forma de trabajo campesino que prevaleció en Chile desde el siglo XVII hasta la reforma agraria de la década de 1960, el "inquilinaje", a la vez que se transparenta la misma preferencia por la esfera económica y social que ya se ha visto en otros autores de esta generación. Decía Góngora justificando el sentido de este tipo de estudios, en referencia específica a su famosa monografía sobre el inquilinaje:

> Su interés principal, desde el punto de vista del autor, consiste en haber mostrado una transición de formas de

> tenencia de la tierra, desde el siglo xvii hasta fines del xviii, formas que están en conexión con diversas vinculaciones sociales. Estas estructuras o instituciones adquieren importancia para la historia no tanto porque existan, sino sobre todo porque reflejan, en su esquema institucional y en su transición a otras formas, movimientos y tendencias mayores. Son condensaciones pasajeras de un curso histórico chileno y americano que nos gustaría percibir mejor.

Por otra parte, su precursor estudio sobre el vagabundaje y la marginalidad rural abrió el camino hacia el tipo de historia social que se comenzaría a cultivar en Chile después de 1980, y al cual se destinarán bastantes páginas en el próximo apartado. De este modo, antes de que las convulsiones que estremecieron a la sociedad chilena a fines de los sesenta y comienzos de los setenta lo reinstalaran traumáticamente en la contingencia y reactivaran su primigenia sensibilidad conservadora, Mario Góngora alcanzó a dejar una huella más que profunda en el cultivo de la historia estructural.[47]

A decir verdad, ninguno de los contemporáneos de Góngora, ni de la escuela "estructuralista" ni de la "marxista clásica", pudo o siquiera quiso sustraerse a una contingencia que formó parte de la dinámica social chilena y latinoamericana de la época, y que en buena medida explicaba ese tan generalizado interés por los procesos

47. La trayectoria historiográfica de Góngora fue resumida en varios escritos aparecidos con motivo de su fallecimiento en 1985, y editados como anexos a su *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago, Universitaria, 1986, sobre el cual se hablará más en el próximo apartado. Ver también de Góngora, Álvaro, "Mario Góngora del Campo", en *Dimensión Histórica de Chile* Nº 4/5, *Op. Cit.*; y para la raíz conservadora de su pensamiento, Cristi, Renato, "Estado nacional y pensamiento conservador en la obra madura de Mario Góngora", en Cristi, Renato y Ruiz, Carlos, *El pensamiento conservador en Chile*, *Op. Cit.*

económicos y sociales, por la larga duración, y por los grandes actores colectivos. Esta complicidad entre historiografía e historia alcanzó su paroxismo durante los días de la Unidad Popular, cuyo doloroso desenlace también marcaría un momento de ruptura profesional y existencial para casi todos los involucrados, según se verá con mayor detención en el próximo apartado. Antes de analizar esa ruptura, sin embargo, vale la pena recordar que estas mismas convulsiones, así como la particularidad de la propuesta chilena de construir una "vía pacífica" hacia el socialismo, atrajeron a nuestro país, por primera vez en cantidades significativas, a un nutrido contingente de investigadores extranjeros que dejarían una huella también profunda en nuestro quehacer historiográfico. Figuraban entre ellos historiadores y cientistas sociales británicos (Harold Blakemore, Simon Collier, John Mayo[48]), franceses (Jean-Pierre Blancpain, Pierre Vayssière), y estadounidenses (Arnold Bauer, Peter Winn, Brian Loveman, Paul Drake, Thomas Wright, Thomas O'Brien, Peter De Shazo), todos portadores del mismo tipo de inquietudes y sensibilidades que caracterizaban por aquel entonces el quehacer historiográfico local, pero al que añadían una formación y un rigor metodológicos cuyo efecto sobre la academia chilena no iba a ser menor. Muchas de sus investigaciones también sirvieron para dar algún sustento más empírico al paradigma dependentista que por entonces cobraba fuerza en la academia latinoamericana, y cuyas formulaciones más teóricas habían tenido en Chile uno de sus escenarios más fructíferos (a través de la obra de Cardoso y Faletto, de Osvaldo Sunkel, y de André Gunder Frank).

48. En rigor, la presencia en Chile tanto de Blakemore como de Collier antecedió en varios años al período de eclosión política y social que culminó con la elección de Salvador Allende, de modo que su inclusión en el grupo que aquí se analiza refleja más bien la masificación de un fenómeno en el que ellos habían actuado como precursores.

Sólo a modo de ejemplo de esta explosión de estudios extranjeros referidos a la historia de Chile, pueden mencionarse el macizo estudio económico y social del agro decimonónico realizado por Arnold Bauer, cuya influencia se ha mantenido hasta el día de hoy;[49] la sugerente re-lectura de la penetración económica inglesa y del gobierno de José Manuel Balmaceda de Harold Blakemore, origen de una apasionante polémica con Hernán Ramírez Necochea;[50] la fructífera combinación de enfoques politológicos e historiográficos con que Brian Loveman o Paul Drake intentaron dilucidar la lógica de fenómenos políticos y sociales de muy reciente data (la politización de la sociedad agraria, las particularidades del socialismo chileno), un salto hacia la historia inmediata que la mayoría de sus colegas chilenos todavía no se atrevían a emprender;[51] o la primera aplicación a Chile de un estudio a nivel micro (una empresa textil de carácter emblemático) para historizar el protagonismo obrero que por entonces definía la escena nacional, valiéndose para ello sustantivamente de fuentes orales, proyecto acometido por Peter Winn.[52] El impacto inmediato de éstas y otras investigaciones, sin embargo, se vio disminuido por el golpe militar de septiembre de 1973, que dificultó la permanencia en el país de varios de sus autores y postergó, en algunos casos por mucho tiempo, la traducción y circulación de sus resultados. En ese sentido, su apropiación historiográfica efectiva sólo

49. Bauer, Arnold J., *Chilean Rural Society from the Spanish Conquest to 1930*, Cambridge University Press, 1975.

50. Blakemore, Harold, *British Nitrates and Chilean Politics 1886-1896, Balmaceda and North*, Londres, Athlone Press, 1974.

51. Loveman, Brian, *Struggle in the Countryside. Politics and Rural Labor in Chile, 1919-1973*, Indiana University Press, 1976; Drake, Paul W., *Socialism and Populism in Chile, 1932-1952*, Urbana, University of Illinois Press, 1978.

52. Winn, Peter, *Weavers of Revolution. The Yarur Workers and Chile's Road to Socialism*, Oxford University Press, 1986.

comenzó a verificarse hacia los años finales del período dictatorial, fundiéndose así con las corrientes que se analizarán a continuación.

III. HISTORIAR EN DICTADURA

1973 - 1990

El golpe de Estado de 1973 quebró el curso de la historia chilena, y también el de su historiografía. Muchos cultores de esta última sufrieron personalmente los rigores represivos, experimentando la cárcel, la tortura y el exilio. Al menos uno, el discípulo de Ramírez Necochea Fernando Ortiz Letelier, pasó a engrosar la triste nómina de los detenidos desaparecidos.[53] Y el acto mismo de historiar, precisamente por su inmediatez respecto del acontecer histórico en sí, se vio sometido a las demandas, restricciones y recelos propios de todo régimen dictatorial. Para los conductores y partidarios de este último, tanto uniformados como civiles, la historia debía ponerse irrestrictamente al servicio de la causa de la que se sentían portadores, de restablecimiento del orden y combate al marxismo, primero, y de refundación económica y social, a partir de 1975.

Como suele ocurrir en el mundo militar, los nuevos gobernantes tenían una sensibilidad muy fina ante su propio papel histórico, y ante la importancia de esta disciplina en el contexto de cualquier pretensión legitimadora o de cohesión nacional. Así, junto con proscribir y perseguir

53. Desaparecido en 1976, cuando formaba parte del Comité Central del Partido Comunista, los restos de Ortiz Letelier recién fueron descubiertos e identificados el año 2001. Su obra *El movimiento obrero en Chile, 1891-1919*, con la cual obtuvo el título de profesor de historia en 1956, fue publicada a modo de homenaje póstumo en Madrid, en 1985. Tanto por sus características como por su fecha real de elaboración, corresponde a lo que aquí se ha denominado la Escuela Marxista "Clásica".

todas aquellas versiones que a su juicio habían contribuido a ahondar las divisiones políticas y sociales y a promover el "cáncer marxista", pugnaron por imponer su propia visión y valoración del pasado. En la simbología del régimen, el año 1973 tomó un sitio análogo al de 1810, como segundo gran hito demarcatorio de la fundación nacional, a la vez que la figura restauradora y organizadora de Diego Portales se convertía en un referente obligado y ubicuo de la acción gubernativa que se aspiraba a realizar, al extremo que el edificio que se ocupó para reemplazar al bombardeado palacio de la Moneda como sede del nuevo poder político fue precisamente rebautizado con el nombre del añorado ministro. Como es evidente, en todos estos gestos estaba muy presente la interpretación histórica que en las primeras décadas del siglo había consagrado la escuela nacionalista-conservadora, y que bajo las nuevas circunstancias volvía a instalarse en carácter hegemónico y oficial.

En semejante contexto, no llama la atención que hayan sido los herederos de dicha escuela quienes se hicieran cargo de la lectura histórica tanto del quiebre de 1973 como del sentido y valor que debía atribuirse al gobierno militar. Así sucedió con varios discípulos de Jaime Eyzaguirre que, ya sea bajo el alero de la Universidad Católica de Santiago o desde las filas del movimiento "gremialista" encabezado por el abogado Jaime Guzmán, se convirtieron en pilares ideológicos del nuevo régimen. Así sucedió también con el ya nombrado Mario Góngora, quien depuso durante los primeros tiempos dictatoriales su enclaustramiento académico para adherir frontalmente al gobierno militar, y muy especialmente a los postulados de la "Declaración de Principios del Gobierno de Chile" que promulgó a comienzos de 1974 la entonces flamante Junta Militar, documento en el que el analista Renato Cristi ha detectado influencias del pensamiento de Eyzaguirre.[54] Más adelante, sin embargo,

54. Ver Cristi, Renato y Ruiz, Carlos, *El pensamiento conservador en Chile*, *Op. Cit.*, pp. 136-139.

el giro de Pinochet y sus seguidores más inmediatos hacia el neoliberalismo provocó un efecto impensado en este historiador, quien comenzó a tomar distancia del proyecto en que había depositado su confianza inicial. Se abría así un espacio de ambivalencia tal vez inevitable entre la historiografía conservadora más prestigiada y un régimen que se visualizaba cada vez más en clave refundacional.

Desencantado por el anti-estatismo intransigente que se apoderó progresivamente del régimen dictatorial, Góngora incursionó en un género que, como se ha visto, había sido muy favorecido por sus precursores nacionalista-conservadores, pero que él durante su etapa "estructuralista" no se había sentido inclinado a cultivar. Así, en 1981 publicaba su *Ensayo sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, escrito de carácter polémico destinado a reivindicar el papel a su juicio cardinal desempeñado a lo largo de la historia republicana de Chile por el Estado, entendido no como un mero "aparato mecánicamente establecido con una finalidad utilitaria", sino, siguiendo explícitamente a Burke y a Spengler, como "una sociedad sobre toda ciencia; una sociedad sobre todo arte; una sociedad sobre toda virtud y toda perfección", y como "la fisonomía de una unidad de existencia histórica". En esa lectura, el Estado que ahora se quería minimizar era para Góngora nada menos que "el que ha ido configurando y afirmando la nacionalidad chilena a lo largo de los siglos XIX y XX", además del único garante legítimo de un "bien común" definido no en términos mezquinamente contractuales, sino como la máxima expresión de un patrimonio social cuya mayor fuente de legitimidad era precisamente su lenta cristalización histórica. Así, la gran crisis a la que se había visto sometido Chile a partir de la década de 1960, a su juicio "la más crítica y grave de nuestra historia", y que había generado en él los "sentimientos de angustia y preocupación" que precisamente motivaban la escritura del *Ensayo*, no era sino el síntoma del abandono del necesario

respeto por la tradición en aras de utópicas "planificaciones globales" sin más base que la soberbia modernizante:

> Se quiere partir de cero, sin hacerse cargo ni de la idiosincracia de los pueblos ni de sus tradiciones nacionales o universales; la noción misma de tradición parece abolida por la utopía. En Chile la empresa parece tanto más fácil cuanto más frágil es la tradición. Se va produciendo una planetarización o mundialización, cuyo resorte último es técnico-económico-masivo, no un alma. Suceden en Chile, durante este período "acontecimientos" que el sentimiento histórico vivió como decisivos: así lo fue el 11 de septiembre de 1973, en que el país salió libre de la órbita de dominación soviética. Pero la civilización mundial de masas marcó muy pronto su sello. La política gira entre opciones marxistas a opciones neoliberales, entre las cuales existe en el fondo "la coincidencia de los opuestos", ya que ambas proceden de una misma raíz, el pensamiento revolucionario del siglo XVIII y de los comienzos del XIX. Otras vías aparecen cerradas, como la que señala Solzhenitsyn, la mayor autoridad moral del mundo de hoy.

El tránsito de Mario Góngora desde el entusiasmo inicial, o a lo menos desde el alivio experimentado frente a la acción "salvadora" de las fuerzas armadas, hacia una ambivalencia cada vez más evidente frente al curso asumido por el gobierno de Pinochet, puede ser fácilmente homologado a la trayectoria de la otra gran figura que la historiografía conservadora levantó durante estos años, y cuya influencia tanto académica como pública se mantiene vigente hasta el momento en que se escriben estas líneas: Gonzalo Vial Correa. Exponente en su juventud de un nacionalismo más duro y doctrinario que el de Góngora (aunque igualmente inspirado en la tradición católica), Vial tuvo una participación mucho más activa en la instalación del régimen dictatorial, participando en la redacción de un "Libro Blanco" con el cual se justificó inicialmente el derrocamiento de Salvador Allende, y ocupando posteriormente por un breve lapso el cargo de Ministro de

Educación. Desde ese privilegiado punto de observación, se propuso indagar historiográficamente en los orígenes de la crisis de 1973, a cuyo efecto inició en 1981 la edición de una *Historia de Chile* que cubriese todo el período 1891-1973, y que hasta la fecha ha dado lugar a la aparición de seis volúmenes. Durante esas ocho décadas, en opinión de Vial, se habría desarrollado la tragedia histórica que privó a Chile de su necesaria unidad interna como nación, y de la cual el golpe de Estado de 1973 sólo habría constituido una especie de "muerte anunciada". Sin dicha fuente de unidad, alguna vez proporcionada por "el catolicismo de raíz hispánica", un país simplemente no puede vivir, y si no la reconstituye, "entrará en decadencia; y si la falta de unidad nacional, y la consiguiente decadencia, se prolongan demasiado" —que es lo que habría ocurrido durante el transcurso del siglo XX—, "vendrá el colapso postrero del régimen que no supo operar esa reconstitución".

Abundando en el carácter específico de los consensos que harían posible dicha unidad nacional, Vial distingue básicamente tres: el doctrinario, el político, y el social. El primero, que a la postre resulta el más importante, es definido por él mismo en los siguientes términos:

> Un conjunto de ideas sobre temas básicos, de fondo, que son compartidas por la inmensa mayoría de los chilenos, y que ésta considera *intocables*... inmodificables aun por ella misma. Son ideas de patria, de nacionalidad, de tradición histórica y cultural, de familia, de educación, de propiedad, de juridicidad, de inalienables derechos de la persona humana y de las minorías, etc. Ideas que el tiempo, las razas progenitoras, la cultura, la Historia, han entretejido con el ser de Chile y con la idiosincracia de los chilenos, de tal modo que no puede desarraigarlas ninguna ley, ninguna ideología, ninguna revolución... son ya nuestra *naturaleza*.[55]

55. Estas ideas están diseminadas a lo largo de su *Historia de Chile, 1891-1973*, pero han sido también condensadas en el artículo titulado "Decadencia, consensos y unidad

A ese consenso de fondo, casi "natural", debe agregarse un segundo referido a la aceptación común de un régimen político, y un tercero definido como "la aceptación de una conducción social compatible con el régimen político y con la realidad del país". Todo aquello habría existido durante el siglo XIX ("el gran siglo de Chile", al decir de Mario Góngora y de casi todos los exponentes de esta sensibilidad historiográfica), pero su quiebre hacia comienzos del XX, analizado en detalle por los tres primeros volúmenes de la *Historia de Chile*, había generado un abismo que las generaciones posteriores habían sido incapaces de zanjar. Y como se le hacía más y más evidente a medida que el gobierno de Augusto Pinochet se prolongaba en el tiempo sin poner término a un estado definido por él mismo como de "guerra interna", tampoco los militares, encarnación presuntamente máxima de la unidad nacional, estaban siendo muy exitosos en la tarea. Tan desencantado como Góngora por la imposibilidad de restablecer a Chile en el sitial que su nacionalismo y su añoranza por un pasado mejor le parecían justificar, Vial vio deslizarse la etapa final de la dictadura en un alejamiento que culminaría, una vez reinstalada la democracia, en su incorporación a la Comisión de Verdad y Reconciliación, pero sólo para re-encontrarse con sus antiguas lealtades cuando la justicia inglesa retuvo en Londres por más de un año al general en quien alguna vez había creído encontrar la esperanza.

En una vereda historiográfica diferente, que sin estar abiertamente proscrita tuvo igualmente que lidiar con las desconfianzas y recelos dictatoriales frente a todo lo que pudiese remitir a temas económicos o sociales, los iniciadores y continuadores de la escuela "estructuralista" se esmeraron en estos difíciles años por mantener sus niveles

nacional en 1973", en *Dimensión Histórica de Chile* Nº 1, Santiago, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, 1984. Las cursivas, mayúsculas y puntos suspensivos son todos del original.

anteriores de actividad. La tarea resultó significativamente más ardua para quienes se mantuvieron bajo el alero de la Universidad de Chile, blanco predilecto de medidas restrictivas y persecutorias inspiradas por el protagonismo ejercido por esa casa de estudios en el período anterior al golpe de Estado. En ese contexto, resulta meritorio que un Álvaro Jara o un Rolando Mellafe no hayan desmayado en su producción, logro en todo caso afianzado por el apoyo que ambos encontraron en numerosas universidades extranjeras. Siguiendo sus pasos, durante estos años también se dio a conocer una generación más joven de historiadores influidos por sus intereses temáticos y su forma de practicar el oficio, y que en algunos casos tuvieron la posibilidad de completar estudios doctorales en el extranjero. Puede mencionarse dentro de esta "continuidad" estructuralista a René Salinas, quien acompañó a Mellafe en sus estudios de demografía histórica, primero, y de historia de la familia y de las mentalidades, después;[56] a Eduardo Cavieres, historiador de Valparaíso que habría de convertirse en uno de los principales cultores chilenos de la historia económica;[57] y a Jorge Pinto Rodríguez, cuyas primeras investigaciones se situaron en la encrucijada entre la demografía histórica y la historia económica, antes de convertirse en uno de

56. Para el primer rubro, ver Mellafe, Rolando y Salinas, René, *Sociedad y población rural en la formación de Chile actual: La Ligua, 1700-1850*, Santiago, Universitaria, 1988; en historia familiar y de las mentalidades, aunque algo más tardía en su aparición, puede verse la obra conjunta de Salinas, René y Cavieres, Eduardo, *Amor, sexo y matrimonio en Chile tradicional*, Ediciones Universidad Católica de Valparaíso, 1991.

57. En estos años apareció en formato de libro su tesis doctoral realizada en Inglaterra, la que habría de marcar un hito en la historiografía económica chilena: Cavieres F., Eduardo, *Comercio chileno y comerciantes ingleses 1820-1880. Un ciclo de historia económica*, Ediciones Universidad Católica de Valparaíso, 1988.

nuestros principales etnohistoriadores.[58] También habría que incluir dentro de este grupo a Luz María Méndez, con sus estudios sobre la institucionalidad y la economía minera; a Sergio Vergara, que por esta época comenzó a incursionar en la historia social y de las mentalidades; y a Juan Guillermo Muñoz, especialista en la sociedad y la economía colonial.[59]

A diferencia de los autores recordados, que encarrilaron sus estudios en un cauce más estrictamente académico, en el Instituto de Historia de la Universidad Católica de Santiago comenzó a actuar por estos mismos años un grupo de historiadores que, evidenciando igualmente influencias de corte "estructuralista", dieron a sus trabajos un sesgo más visiblemente disidente en materia política. Encabezó esta tendencia el ya nombrado Sergio Villalobos, quien amparado en una postura que había sido radicalmente contraria al gobierno de la Unidad Popular, pudo contar durante el régimen militar con cierto espacio de expresión que le estuvo vedado a colegas de pasado más izquierdista. Como les sucedió en general a los sectores proclives al pensamiento demócrata cristiano, la perpetuación del gobierno pinochetista y de su visión dicotómica

58. Pinto Rodríguez, Jorge, *La población del Norte Chico en el siglo XVIII. Crecimiento y distribución en una región minero-agrícola de Chile*, Coquimbo, 1980; del mismo autor, *Las minas de azogue de Punitaqui. Estudio de una faena minera a fines del siglo XVIII*, Coquimbo, 1981.

59. Méndez, Luz María, *Instituciones y problemas de la minería en Chile, 1787-1826*, Santiago, Universitaria, 1979; Vergara Quiroz, Sergio, "Edad y vida en el grupo conquistador", *Cuadernos de Historia* N° 1, Universidad de Chile, 1981, y "El tiempo, la vida y la muerte en Chile colonial", en *Historia de las mentalidades*, Universidad de Valparaíso, 1986; Muñoz, Juan Guillermo, "San Antonio de Petrel: tenencia, producción y trabajo en una hacienda costera de Chile central, siglos XVII y XVIII", *Historia* N° 18, Santiago, Universidad Católica, 1983.

de la sociedad chilena, así como el rumbo neoliberal que se imprimía cada vez más nítidamente a su proyecto de país, llevaron a este historiador a asumir un discurso de denuncia que también impregnó su quehacer disciplinario. Prueba de ello fue el inicio de su ya comentada *Historia del pueblo chileno*, cuyo párrafo introductorio dejaba traslucir con claridad la inquietud que lo movía:

> Una y otra vez el hombre incursiona en el pasado buscando respuesta a los problemas que le inquietan. Cada época es ruptura de horizontes y conquista de cumbres ignoradas, desde cuyas alturas se contempla la historia con perspectiva diferente. Nuevas alturas significan mayor visión y nuevas interrogantes, que enfrentan al hombre consigo mismo y le llevan, en desesperante esfuerzo, a indagar en los viejos tiempos el sentido de su trayectoria, porque ésa es su única experiencia. El presente es siempre inabarcable e incierto y el futuro no es más que una esperanza surgida entre temores.

En los años que siguieron, Villalobos consolidó esta imagen de historiador serio e innovador, pero a la vez crítico del régimen, a través de obras como *Portales, una falsificación histórica* (1989), en que descalificaba a uno de los íconos reinantes, y *El proteccionismo económico en Chile, siglo XIX* (1987), escrita conjuntamente con su discípulo Rafael Sagredo, que podía ser leída no muy oblícuamente como un desafío a la ortodoxia neoliberal que por entonces hegemonizaba el quehacer económico. Legitimado y fortalecido por esta conducta, a nadie extrañó que el primer gobierno post-dictatorial otorgara a Villalobos el cargo de Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos del país.

En un registro similar al instalado por Villalobos, un grupo de historiadores jóvenes también de la Universidad Católica (Mariana Aylwin, Carlos Bascuñán, Sofía Correa, Cristián Gazmuri, Sol Serrano y Matías Tagle), varios de ellos sus discípulos, publicaba en 1985 una obra titulada *Chile en el siglo XX*, aparecida inicialmente como fascículos

en el semanario *Hoy*, de orientación política disidente a la dictadura.[60] Situándose en una perspectiva abiertamente crítica a la historiografía conservadora entonces predominante, justificaban su opción de historiar un período tan reciente (por lo demás bastante poco cubierto a nivel monográfico, como ellos mismos reconocían) en función de recuperar lo que allí había de positivo, y sobre todo "porque es precisamente durante las crisis cuando las sociedades miran hacia la historia en busca de respuestas para su presente. La visión de nuestra historia contemporánea que encontrará el lector en este trabajo constituye un intento de responder a esta inquietud y aportar una idea equilibrada de nuestro pasado reciente". Contrariando así la lectura "decadentista" del siglo xx de cuño conservador (y a la que uno de los integrantes del grupo, Cristián Gazmuri, había dedicado ya en 1980 un estudio introductorio titulado *Testimonios de una crisis, Chile: 1900-1925*), los autores destacaban como meritorio de este siglo la elevación de las clases medias y el "despertar proletario", la democratización política, un desarrollo económico que calificaban como "considerable", la consolidación de una cultura propia, la estabilidad institucional y la paz interna y externa (estas últimas obviamente sólo hasta 1970). En contraste con todo esto, los quince años transcurridos desde esta última fecha se caracterizaban a su juicio por una "pérdida del rumbo equilibrado y estable" que sólo cabía lamentar:

> Primero entrando en un proceso político que, en el afán de buscar soluciones rápidas para los problemas socioeconómicos fundamentales, fue generando utopías excluyentes, hizo imposible el diálogo y el acuerdo político y en definitiva la democracia. Después, en la materialización de un sistema autoritario que —con amplio respaldo

60. Es interesante consignar que dos integrantes de este grupo, Sol Serrano y Sofía Correa, habían sido desde mucho antes columnistas de este mismo medio, lo que refrenda la proyección política que estos jóvenes historiadores imprimían a su quehacer profesional.

de los sectores sociales dirigentes– nos ha hecho vivir realidades por completo diferentes de lo que han sido los valores tradicionales chilenos, fundados en una cultura católica, progresivamente democrática y humanista.

La tarea de las generaciones presentes, por tanto, a las que ellos mismos pertenecían, era evidentemente la superación de este quiebre histórico, que desde su oficio les correspondía explicar y denunciar.

Este mismo grupo de jóvenes historiadores, al que se deben agregar nombres como los de Alfredo Riquelme, Virginia Krzeminski o Nicolás Cruz, había publicado anteriormente otros estudios colectivos en que se plasmaba esa sensibilidad historiográfica, como *Siete ensayos sobre Arturo Alessandri Palma*, dirigido por el intelectual demócrata cristiano Claudio Orrego Vicuña (1979); o *Catolicismo y laicismo* (1981), dirigido por el historiador Ricardo Krebs, quien pese a su inclinación más bien conservadora fue el prologuista de *Chile en el siglo XX*. Concordaba allí con los autores, que eran también sus discípulos, señalando que "todos sabemos que la historia de Chile en el siglo XX ha sido difícil y que, conjuntamente con auténticos logros, se han producido profundas crisis, radicales antagonismos y dolorosos fracasos. Tenemos que conocer nuestra realidad para explorar nuestras posibilidades y para construir nuestro porvenir". Observando la composición de este grupo, es interesante constatar otro rasgo generacional que también marcaba una pauta premonitoria: la creciente presencia de mujeres historiadoras. Aunque las preferencias temáticas de esta autoras, a las que habría que añadir a la antes mencionada Luz María Méndez, a Sonia Pinto, a Ximena Cruzat o a María Angélica Illanes (sobre quien se volverá reiteradamente en las páginas que siguen), aún no se encaminaban hacia los estudios de género, su sola proliferación constituye un innegable punto de inflexión en lo que hasta ese momento había sido un gremio aplastantemente masculino.

En suma, este núcleo historiográfico constituido al interior del Instituto de Historia de la Universidad Católica de Santiago terminó dando forma a uno de los fenómenos disciplinarios más fructíferos de la década de 1980. Influidos por la formación de Villalobos, pero también de otros maestros como Mario Góngora, Ricardo Krebs y Armando de Ramón, su ejercicio de la profesión supo combinar el rigor metodológico y la amplitud temática de la escuela "estructuralista" con la inquietud política que siempre había caracterizado en Chile al quehacer de los (y ahora también las) estudiosos de la historia. De ese modo, al mismo tiempo que, una vez recuperada la democracia, varias y varios de ellos pasaron a ocupar cargos de responsabilidad pública (Mariana Aylwin como diputada y posteriormente Ministra de Educación; Sofía Correa como Directora del Museo Histórico Nacional; Sol Serrano como integrante de la Dirección Nacional de Cultura; Carlos Bascuñán como jefe de gabinete del primer Presidente concertacionista, que era además el padre de Mariana Aylwin), su labor dentro de la institución que los formó se tradujo a partir de los noventa en una nutrida cosecha de estudiantes, y en la introducción de aires renovados en un centro que había estado largamente identificado con posturas historiográficas más bien conservadoras. Las inquietudes expresadas a través de *Chile en el siglo XX* rendían así sus frutos.

Igualmente fructífera resultó, pese a las dramáticas circunstancias de su origen, la renovación historiográfica experimentada en las filas de la izquierda. Duramente golpeados o restringidos por la represión, los historiadores e historiadoras de esta persuasión que lograron permanecer en el país debieron hacer del cultivo de su profesión una verdadera operación clandestina, a menudo cobijada bajo el alero de organismos eclesiásticos o de las primeras organizaciones no gubernamentales de signo opositor. De esta época data la formación del taller "Nueva Historia", por intermedio del cual Mario Garcés, Pedro Milos y sus colaboradores, casi todos estudiantes de la Universidad

Católica, orientaron su quehacer historiográfico hacia los sindicatos, los grupos juveniles o las entidades poblacionales que intentaban reagruparse luego de la embestida dictatorial, empleando la historia de las luchas populares como fuente de inspiración.[61] De esta época datan también las investigaciones de Eduardo Devés y Ximena Cruzat en torno a los orígenes del movimiento obrero y del pensamiento socialista chilenos, y especialmente del más grande pensador popular engendrado por dicha experiencia, Luis Emilio Recabarren.[62] Un fruto especialmente destacado de esta línea investigativa fue la obra de Eduardo Devés, publicada en 1988, *Los que van a morir te saludan*, cuyo riguroso, metodológicamente innovador y a la vez apasionado tratamiento de la masacre obrera de la Escuela Santa María de Iquique, ocurrida en 1907, la convertiría en un verdadero hito de lo que posteriormente se daría en llamar la "nueva historia social". El legado histórico del norte salitrero también fue recuperado *in situ* durante aquellos difíciles años por el Taller de Estudios Regionales de Iquique, encabezado por el sociológo devenido historiador

61. La labor del taller "Nueva Historia", prolongada posteriormente a través de la organización no gubernamental ECO, Educación y Comunicaciones, se situó preferencialmente en el ámbito de la difusión historiográfica y la auto-educación popular, a cuyo efecto se elaboraron numerosos y novedosos materiales como cartillas y cursos populares, diaporamas, videos y otros de carácter afín. Como se verá más adelante, esta experiencia sirvió de base para un interesante desarrollo de historias locales e investigaciones participativas que tendrían un impacto metodológico relevante durante la década de 1990.

62. Devés Eduardo, y Cruzat, Ximena, *El movimiento mancomunal en el norte salitrero: 1901-1907*, Documento CLACSO, tres volúmenes, Santiago, 1981; Cruzat, Ximena y Devés, Eduardo (comps.), *Recabarren. Escritos de prensa*, 4 volúmenes, Santiago, Nuestra América, 1985-1987; Devés, Eduardo y Díaz, Carlos (comps.), *El pensamiento socialista en Chile. Antología 1893-1933*, Santiago, Documentas, 1987.

regionalista Sergio González Miranda.[63] Fue en esta misma época, por último, cuando María Angélica Illanes dio a luz, bajo la dirección de Álvaro Jara, a sus estudios de historia económica y social del ciclo minero decimonónico centrado en la minería de la plata, mera antesala de una labor historiográfica que, como se verá, llenaría páginas brillantes en las décadas por venir.[64]

Al mismo tiempo que los autores nombrados demostraban que, pese a todas las adversidades, todavía era posible cultivar una historiografía de izquierda en el Chile dictatorial, un grupo mucho más numeroso dispersado en el exilio iniciaba una labor análoga de perfeccionamiento y renovación disciplinaria. Haciendo de la necesidad una virtud, casi todos aprovecharon sus años de alejamiento forzoso para seguir estudios doctorales en universidades europeas o norteamericanas, familiarizándose así con las últimas innovaciones metodológicas y temáticas, y sometiendo la historia de su país a un análisis menos marcado

63. El Taller de Estudios Regionales de Iquique publicó durante los años ochenta la revista *Camanchaca*, importante tribuna para la difusión de estudios históricos, sociológicos y antropológicos relativos al extremo norte chileno. De esos años data también la obra de Sergio González *Hombres y mujeres de la pampa*, editada en Iquique por el mismo Taller en 1991, y que ejercería una merecida influencia en los estudios posteriores sobre la historia salitrera.

64. Las publicaciones más importantes en esta etapa inicial de la carrera de María Angélica Illanes fueron su artículo "Disciplinamiento de la mano de obra en una formación social en transición, 1840-1850", *Nueva Historia* Nº 12, Londres, 1984; re-editado en una versión ampliada y mucho más leída con el nombre de "Azote, salario y ley. Disciplinamiento de la mano de obra en la minería de Atacama (1817-1850)", *Proposiciones* Nº 19, Santiago, SUR, 1990; y los libros *La revolución solidaria*, Santiago, 1990; y *La dominación silenciosa. Productores y prestamistas en la minería de Atacama. Chile 1830-1860*, Santiago, Universidad Blas Cañas, 1992.

por la localidad y la coyuntura. Como es obvio, y como también había ocurrido con quienes permanecieron dentro de Chile, la derrota de la Unidad Popular, que en su propio caso había tenido un altísimo costo personal, fue un poderoso estímulo para la autocrítica y la reflexión. Ésta no sólo apuntó a su acción política, que en casi todos había sido particularmente intensa, sino también a sus formas de visualizar y comprender la historia de su continente y su país. De allí nació un impulso creativo que, al interactuar con el que simultáneamente estaban protagonizando sus compañeros del interior, engendraría una de las corrientes historiográficas más potentes de nuestro fin de siglo.

Un referente que hasta cierto punto simboliza lo que fue esta historiografía del exilio fue el configurado por la Asociación de Historiadores Chilenos en el Reino Unido, cuya revista *Nueva Historia*, publicada entre 1981 y 1989, se convirtió en un verdadero espacio de encuentro entre "los de afuera" y "los de adentro". Bajo la conducción general de Leonardo León Solís, participaron en esa iniciativa historiadores de tanto impacto futuro como Gabriel Salazar, Luis Ortega, Jorge Hidalgo, Cristóbal Kay, Manuel Fernández y Enrique Reyes, mientras que en sus páginas aparecían trabajos de historiadores entonces residentes en Chile como Armando de Ramón, María Angélica Illanes, Micaela Navarrete o Julio Pinto. Se preparaba así el camino para el re-encuentro físico, que comenzó a verificarse cuando las protestas sociales masivas de comienzos de los ochenta forzaron al régimen de Pinochet a iniciar una leve apertura política que, entre otras cosas, levantó algunas trabas para el regreso de los exiliados. Y aunque no todos optaron por volver, sería imposible minimizar el efecto que tuvo en el campo de la etnohistoria la reinserción de un Jorge Hidalgo,[65] o el que ejerció análogamente en la

65. Jorge Hidalgo fue el único historiador chileno incluido en la *Historia de América Latina* editada por Cambridge University Press (participaron también en esa obra

historiografía económica un Luis Ortega.[66] Uno y otro revelan el paradójico beneficio que produjo en el cultivo de nuestra disciplina una experiencia inicialmente tan adversa como el golpe militar de 1973.

Pero la prueba tal vez más visible de este fenómeno fue el surgimiento de lo que se dio posteriormente en llamar la "nueva historia social", en el que se percibe con particular nitidez el estímulo intelectual derivado de la autocrítica, el exilio y la derrota. Ante el fracaso evidente de un proyecto

economistas chilenos como Ricardo Ffrench-Davis, Gabriel Palma y Oscar Muñoz, y el politólogo de origen chileno Arturo Valenzuela), encargándosele el capítulo del primer volumen correspondiente a los indígenas de la América del Sur meridional. Aparte de numerosos artículos aparecidos en la revista *Chungará*, de la Universidad de Tarapacá en Arica, y *Estudios Atacameños*, publicación del Museo Antropológico de San Pedro de Atacama, habría que nombrar su libro *Culturas protohistóricas del norte de Chile*, Santiago, Universidad de Chile, 1972, y su tesis doctoral "Indian Society in Arica, Tarapacá and Atacama, 1750-1793, and its Response to the Rebellion of Túpac Amaru", Universidad de Londres, 1986.

66. Especialmente influyentes en esa época fueron sus artículos "Acerca de los orígenes de la industrialización chilena, 1860-1879", *Nueva Historia* Nº 2, Londres, 1981; "Economic Policy and Growth in Chile from Independence to the War of the Pacific", en Abel, Christopher y Lewis, Colin (eds.), *Latin America: Economic Imperialism and the State*, Londres, Athlone Press, 1985; "Los empresarios, la política y los orígenes de la Guerra del Pacífico", *Contribuciones* FLACSO Nº 24, Santiago, 1984; y "La industria del carbón de Chile entre 1840.1880", *Cuadernos de Humanidades* Nº 1, Universidad de Santiago de Chile, 1988; todos extraídos de su tesis doctoral realizada en la Universidad de Londres, y los dos últimos publicados originalmente en inglés en el *Journal of Latin American Studies*. También fue muy influyente el libro de autoría colectiva dirigido por él *Corporación de Fomento de la Producción. 50 años de realizaciones, 1939-1989*, Santiago, Corfo, 1989.

y una visión de la historia que en el plano disciplinario se habían encarnado en los historiadores marxistas "clásicos" (varios de los cuales fallecieron en el olvido o el exilio),[67] sus sucesores de la nueva generación se abocaron a una redefinición de la historiografía social destinada a dejar una huella profunda en el ejercicio de la profesión.[68] De todos los que protagonizaron este proceso, y que por cierto incluyen tanto a los exiliados como a "los de adentro", quien mejor simboliza (y según muchos encabeza) el nacimiento de la nueva escuela es Gabriel Salazar Vergara, cuya obra *Labradores, peones y proletarios*, publicada en 1985 luego de su regreso a Chile, emerge como una suerte de paradigma de la nueva propuesta. Reconocía Salazar en la Introducción a ese libro la deuda que lo ligaba con sus predecesores de la escuela marxista "clásica", iniciadores de lo que para él constituía la tarea impostergable de elaboración de una "teoría de las clases populares". La "ruptura histórica de 1973", sin embargo, obligaba en su opinión a una "apertura de los esquemas de análisis que, un tanto rígidamente, habían prevalecido durante esa primera fase" de labor historiográfica. Y explicaba:

> Desarrollar la ciencia "del pueblo" puede ser un objetivo más complejo y mutante de lo que parece a primera vista.

67. El exilio fue testigo (y tal vez motivo) del fallecimiento de dos de los miembros más destacados de la primera corriente historiográfica de orientación marxista, Julio César Jobet y Hernán Ramírez Necochea. Por los mismos años fallecía en Chile, en una situación de triste aislamiento, su compañero de ruta Jorge Barría Serón. Sólo permaneció en actividad durante ese tiempo el más joven de su generación, Luis Vitale, quien siguió publicando volúmenes de su *Interpretación marxista de la historia de Chile*, a la vez que incursionaba en temáticas nuevas como la historia de América Latina o la historia de género.

68. La aparición, características y efectos de la "nueva historia social" han sido analizadas por Jorge Rojas en su artículo ya citado "Los trabajadores en la historiografía chilena: balance y proyecciones".

> Así, por ejemplo, si se adopta mecánicamente el materialismo histórico, puede ocurrir –como ha ocurrido– que, por dar curso forzoso a determinados procedimientos metodológicos, se conduzca la investigación por un camino lateral al planeado originalmente. Tal ocurre cuando, pongamos por caso, al intentar reducir la multiplicidad real-concreta a un número manejable de categorías simples y abstractas, se desechan conceptos concretos o inclusivos (como "clases populares" o "pueblo") para trabajar sólo los que son esenciales o unívocos (como "proletariado industrial" o "clase para sí"). O cuando, por dar plena vigencia al imperativo gemelo de totalización analítica, se diluye la historia existencial de las masas populares en la historia esencial del capitalismo nacional o internacional.

De esa forma, continuaba Salazar, los precursores marxistas habían terminado otorgando más énfasis a la historia de los "enemigos estructurales" del pueblo que a su propia experiencia social; retratando más "el nudo gordiano de los monopolios nacionales e internacionales" que las relaciones económicas, sociales, culturales y políticas internas del pueblo, que eran los "ingredientes primordiales de su ensimismidad de clase"; describiendo "el paisaje amurallado de la clase dominante" más que "el tejido solidario por el cual circula el poder histórico" del pueblo. Se contribuyó así, inadvertidamente por cierto, a alimentar la alienación en que se encontraba dicho pueblo en relación al Capital y al Estado (mayúsculas en el original), y por tanto a hacer inevitable la derrota de 1973. Lo que correspondía a la nueva historia social, concluía consiguientemente Salazar, era retrotraer la tarea historiográfica y política a su punto de partida: establecer y potenciar la fuerza social intrínseca del pueblo, basada fundamentalmente en su "historicidad".

Para tal efecto, lo primero que debía hacerse era desenmascarar la falacia unitaria que colapsaba el concepto de pueblo con el de nación, la cual de algún modo toda la historiografía precedente había contribuido a legitimar. El segundo de estos términos, argumentaba Salazar, creaba una ilusión de unidad histórica y proyectual allí

donde la realidad sólo hablaba de una profunda ruptura, de un "drama interior" que, a lo largo de los siglos, había sometido al pueblo "verdadero" (que no era por cierto el "pueblo-nación") a una mecánica de alienación que había derivado una y otra vez en "la encarnación viva de anti-valores humanos", como los que prevalecían con particular intensidad en el Chile dictatorial. En consecuencia, el "verdadero" pueblo sólo podía definirse como aquella porción oprimida y alienada de la nación, es decir, aquella a la que los opresores habían privado secularmente de su derecho a la humanidad. Pero paradójicamente, de esa misma opresión emanaba su profunda fuerza social e historicidad, pues "si el proceso histórico es –conforme indica el sentido común– no otra cosa que la energía social aplicada al desenvolvimiento pleno de la naturaleza humana, es decir, un proceso de humanización permanente, entonces la 'historicidad significativa' radica principalmente en aquellos hombres que buscan con mayor intensidad e inmediatez su propia humanización, y/o la de otros". "Es por esto", concluía, "que la historicidad se concentra progresivamente en las masas alienadas", o más específicamente: "si el pueblo no es sino la parte alienada de la nación, el pueblo es la parte de la nación que detenta el poder histórico", es "la sustancia viva y cambiante en la cual radica su historicidad".

Lo que de dicho análisis se desprendía no era sólo la identidad indisoluble entre pueblo e historia, puesto que los sectores ajenos al pueblo, en tanto alienadores y opresores, no eran más que "negadores" de la historia, sino también una definición muy particular de lo que era ese pueblo, que no se centraba, como lo habían hecho los marxistas "clásicos", en "el proceso de explotación del trabajo, ni en la opresión institucional de los desposeídos, ni en la lucha revolucionaria del proletariado". Era para Salazar incorrecto "desgarrar al pueblo definiéndolo por facetas, dividiéndolo entre un hombre doméstico y otro político, entre uno consciente y otro inconsciente, entre un pueblo organizado y otro desorganizado, entre un proletariado industrial y una

masa marginal, o entre la vanguardia y la clase". Lo que correspondía era sumar y potenciar la historicidad popular, "porque cuando el pueblo actúa históricamente, es decir, en línea directa hacia su humanización solidaria, no moviliza una sino todas las facetas de su ser social. La potenciación del sujeto histórico popular tiene lugar en el ámbito de su propia cotidianeidad, ya que la humanización de la sociedad está regida por la validación permanente de sus formas convivenciales de paz, aun dentro del campo marginal de las negaciones". Eso era lo que, dentro del marco histórico de la "formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX" (como lo anunciaba su subtítulo), se propuso hacer en *Labradores, peones y proletarios*.

Así redefinido su sujeto, la nueva historia social procuraba rescatar al conjunto de los sectores populares más que otorgar un privilegio epistemológico al segmento más organizado, politizado o "consciente" que tradicionalmente se identificaba con el proletariado. Esto implicó el reconocimiento de una serie de actores antes soslayados, como las mujeres, los campesinos, los indígenas, los artesanos o los bandoleros. Implicó también un énfasis en las luchas y vivencias cotidianas más que la pura epopeya popular, así como un desplazamiento cronológico de los estudios a etapas anteriores al siglo XX, que por ser el momento de la aparición del proletariado había sido el privilegiado por las primeras historias obreras. Se trató igualmente de hacer una historiografía "desde abajo", donde comparecieran no sólo los líderes o los ideológos sino el conjunto del espectro popular. Y se reemplazó, finalmente, el interés por las grandes estructuras a favor de una mayor atención hacia la historicidad de los sujetos, o como lo diría María Angélica Illanes en un balance retrospectivo de este nuevo enfoque disciplinario, se antepuso el estudio de las personas al estudio de las cosas.[69]

69. Illanes, María Angélica, "La historiografía popular: una epistemología de mujer. Chile, década de 1980", *Solar*. Santiago, 1994.

Las orientaciones así resumidas, y de las cuales *Labradores, peones y proletarios* constituyó un hito fundacional, caracterizan con bastante fidelidad el tipo de estudios que dieron forma a la "nueva historia social". Aparte del propio Salazar, los cultores de este género incluyen a otros historiadores retornados por aquellos años del exilio, como Sergio Grez y el ya mencionado Leonardo León.[70] Incluyen también a aquellos que habían permanecido dentro de Chile, o que habían vuelto tempranamente tras realizar estudios en el extranjero, y cuya sensibilidad política y disciplinaria coincidía en líneas gruesas con esa historiografía del exilio. Habría que nombrar dentro de este segundo grupo a María Angélica Illanes, Maximiliano Salinas, Eduardo Devés, Sergio González, Mario Garcés, Pedro Milos, Jorge Pinto y Julio Pinto.[71] Una mención especial merece en este contexto el aporte realizado por el destacado historiador argentino Luis Alberto Romero,

70. La primera obra de Sergio Grez, una versión compendiada de la tesis doctoral que realizó en Francia, es un monumental estudio del movimiento popular urbano surgido en Chile durante el siglo XIX: *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, Santiago, DIBAM, 1997. Por su parte, Leonardo León canalizó su trabajo hacia el ámbito de la etnohistoria, por lo que será tratado con mayor detención en el próximo apartado.

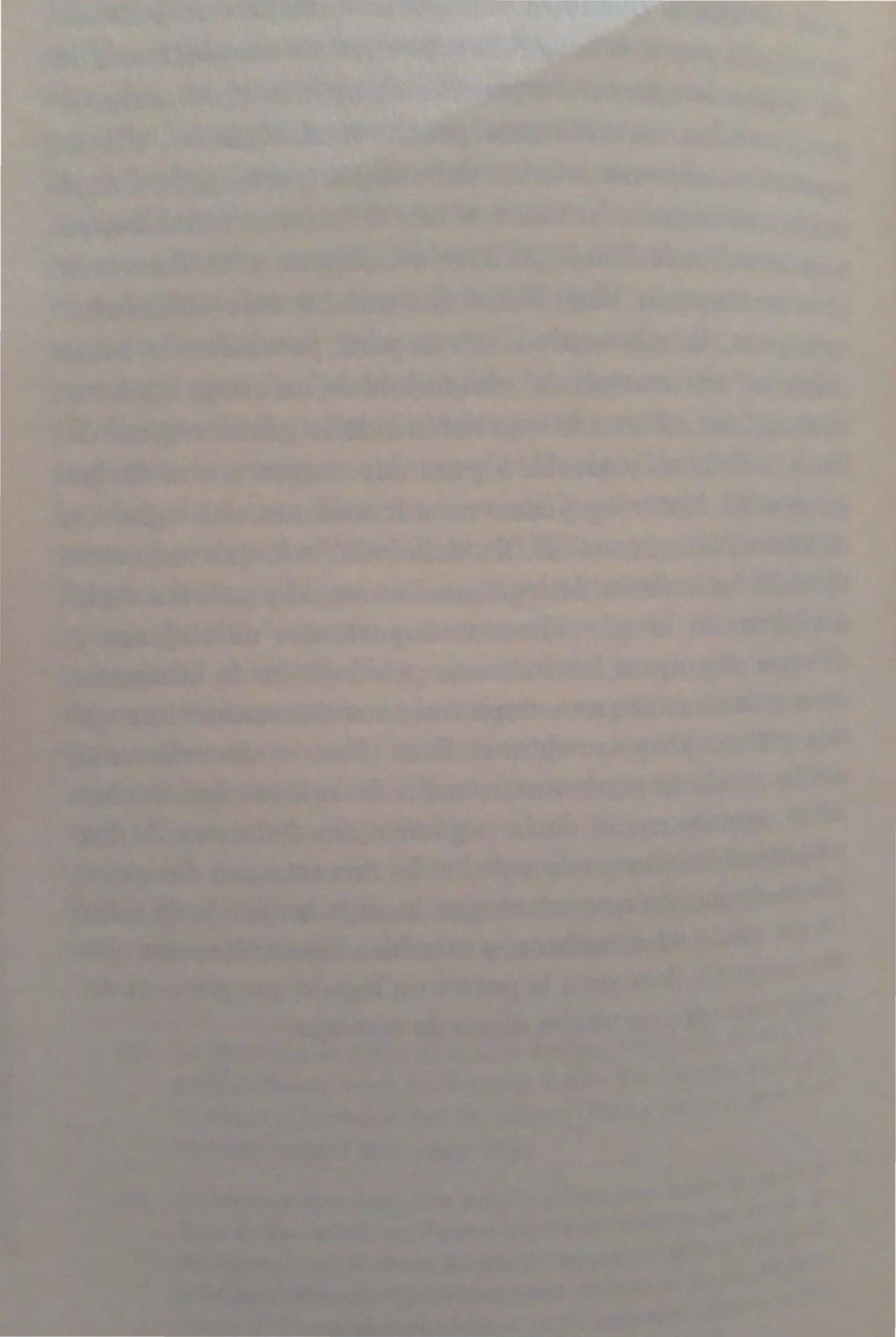
71. Aparte de las obras ya mencionadas de María Angélica Illanes, Eduardo Devés y Sergio González, habría que incluir en esta referencia, sólo a modo de ejemplo, a Salinas, Maximiliano, *Historia del pueblo de Dios en Chile*, Santiago, 1987; Garcés, Mario, *Crisis social y motines populares en el 1900*, Santiago, Documentas, 1991; Pinto, Jorge y otros, *Misioneros en la Araucanía, 1600-1900*, Temuco, Ediciones Universidad de la Frontera, 1988; Pinto, Julio, *Expansión minera y desarrollo industrial: un caso de crecimiento asociado, Chile, 1850-1914*, (en co-autoría con Ortega, Luis), Santiago, USACH, 1990; Pinto, Julio, *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera*, Santiago, USACH, 1998.

quien a lo largo de los años ochenta publicó una serie de artículos referidos al peonaje y artesanado santiaguino del XIX que también sirvieron de modelo y referente para el desarrollo de esta corriente.[72] Por último, no puede obviarse la participación de cientistas sociales que no pertenecían estrictamente al campo historiográfico, pero cuyo trabajo reforzó la renovación disciplinaria materializada en la nueva historia social. De especial relieve fueron en este sentido el sociólogo Vicente Espinoza y el filósofo y antropólogo José Bengoa, compañeros de trabajo de Gabriel Salazar en la organización no gubernamental que lo había acogido al regreso de su exilio (El Centro de Estudios Sociales y Educación SUR), y cuya imprenta sirvió de vehículo de divulgación inicial para la obra de todos ellos, incluyendo por cierto *Labradores, peones y proletarios.*[73] De hecho, el número 19 de su revista *Proposiciones*, publicado en 1990 con el título de "Historia y bajo pueblo", sirvió para reunir y hasta cierto punto consolidar el sentido de comunidad del grupo que a partir de entonces comenzó a identificarse explícitamente como "nueva historia social". La lectura de esa publicación, que simbólicamente apareció junto con el inicio de la transición a la democracia, constituye una buena síntesis de lo que hasta ese momento era la propuesta fundamental de dicho grupo, destinada a convertirse en una de las más influyentes durante la década que comenzaba.

72. La mayoría de estos artículos fueron reunidos en un libro publicado en 1997 en Buenos Aires (Sudamericana) con el título *¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895.*

73. Ediciones SUR también publicó *Para una historia de los pobres de la ciudad, de Vicente Espinoza, 1988;* y las obras de Bengoa, José, *Historia del pueblo mapuche* (1985), y *El poder y la subordinación* (1988), primer volumen de su *Historia social de la agricultura chilena*, cuyo segundo volumen apareció en los años noventa

En suma, el período dictatorial terminó siendo para la historiografía chilena una experiencia de signo ambivalente. Si bien el quehacer disciplinario se vio fuertemente impactado por la arremetida represiva y refundacional, de allí mismo surgieron respuestas complejas y dinamizadoras. Entre los sectores más proclives al régimen, ello se expresó en una reactivación del antiguo paradigma conservador, cristalizada en escritos tan señeros como el *Ensayo sobre la noción de Estado* de Mario Góngora y la *Historia de Chile* de Gonzalo Vial. Entre sus mucho más numerosos opositores, la adversidad sirvió para potenciar la historiografía "estructuralista", dotándola de un cierto carácter "misional" no ajeno a lo que había sido la gesta original de Bloch y Febvre, y también para dar origen a una de las propuestas historiográficas más fructíferas del siglo XX, la "nueva historia social". Es fácil deducir lo que todo esto significó en materia de legitimación social y política de la disciplina, en la que números importantes de chilenas y chilenos vieron un instrumento privilegiado de búsqueda de sentido durante una etapa tan convulsionada e interpelada por sus propias rupturas. Este efecto se vio reforzado por la creciente profesionalización de la investigación histórica, consecuencia de la organización definitiva de los programas de postgrado y de los fondos estatales de apoyo a la investigación que tuvo lugar durante la década de 1980. De ese modo, la dictadura, o más bien las resistencias que ella despertó, dejaron a la postre un legado que por más de algún concepto resultaba digno de rescatar.



IV. LA BATALLA DE LA MEMORIA

1990 - 2002*

La recuperación de la democracia pareció abrir para Chile perspectivas historiográficas auspiciosas. Removidas las restricciones de la censura y la represión, recuperados plenamente los espacios para la investigación, la reflexión y la difusión (entre ellos los universitarios, de indisimulable importancia), retornados los últimos exiliados y restablecidos los contactos académicos con el resto del mundo, el quehacer de los historiadores podía finalmente dar libre curso a las inquietudes y potencialidades incubadas durante los diecisiete años anteriores. Esto significaba no sólo consolidar y profundizar lo que ya se venía haciendo, sino también iniciar abiertamente el necesario balance histórico de lo que había significado la experiencia de la dictadura, y de los procesos previos que habían desembocado en su instalación. Como lo decía María Angélica Illanes en un libro publicado algunos años después, cuyo título inspira este apartado:

> Desde una perspectiva historiográfica, podríamos decir que desde hace algún tiempo se ha desencadenado en Chile lo que podríamos llamar la *batalla de la memoria. Batalla cultural* que sigue a la omnipotencia de la represión; una batalla necesaria, cuya dialéctica confrontacional tiene el poder de romper la parálisis traumática provocada por la acción de las armas, posibilitando la restitución del habla

* Se ha empleado para este último apartado el mismo título que dio María Angélica Illanes a una obra publicada el año 2002, y que, según se verá en su transcurso, ha sido tomada como un símbolo del carácter que ha tenido este período de producción historiográfica.

> de los ciudadanos, re-escribiendo su texto oprimido, especialmente cuando estas armas han violado brutalmente su cuerpo. Vivimos este interesante momento histórico cuando las distintas lenguas buscan ser restituidas a las corrientes del texto cultural histórico de la sociedad, condición y medición de la libertad recobrada.[74]

A decir verdad, las "distintas lenguas" sí fueron restituidas al "texto cultural histórico de la sociedad". Así lo demuestra, primeramente, la acrecentada y madurada producción de las corrientes que ya traían cierto impulso de la década anterior, como los "neo-estructuralistas" y la "nueva historia social". Dentro de los primeros, cabe recordar que durante los noventa aparecieron numerosas e influyentes publicaciones de autores como Cristián Gazmuri (*El "48" chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos*, 1992), Sol Serrano (*Universidad y nación*, 1993), Álvaro Góngora (*La prostitución en Santiago 1813-1930. Visión de las elites*, 1994), Rafael Sagredo (*Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX*, 2001), y Nicolás Cruz (*El surgimiento de la educación secundaria pública en Chile. 1843-1876*, 2002). Cabe recordar también en relación a este grupo, que durante la década en cuestión sus miembros consolidaron su presencia institucional en el Instituto de Historia de la Universidad Católica de Santiago, recuperando de ese modo un espacio de producción historiográfica en el cual la mayoría de ellos se había formado, pero que les había estado bastante más restringido en términos de inserción laboral durante la etapa anterior.

Por otra parte, y reforzando este proceso de recuperación de espacios y maduración historiográfica, los años noventa también fueron testigos del florecimiento y proyección de la nueva historia social. Los autores ya consagrados siguieron publicando, al tiempo que comenzaban

74. Illanes, María Angélica, *La batalla de la memoria*, Santiago, Planeta/Ariel, 2002, p. 12. Las cursivas son del original.

a adherir a sus propuestas investigadores más jóvenes que en algunos casos desarrollaron extrapolaciones novedosas a partir del tronco original. Como ejemplos del primer grupo pueden enumerarse nuevos trabajos de Salazar como *Violencia política popular en las "grandes alamedas". Santiago de Chile. 1947-1987* (1990); estudios de María Angélica Illanes sobre los sistemas de educación y salud públicas durante el siglo XX (*Ausente, señorita. El niño chileno, la escuela para pobres y el auxilio. 1890-1990*, publicado en 1992, y *En el nombre del pueblo, del estado y de la ciencia. Historia social de la salud pública, Chile, 1880-1973*, publicado en 1993); y los libros ya mencionados de Julio Pinto (Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera), y Sergio Grez *(De la regeneración del pueblo a la huelga general)*, ambos de 1998. Por su parte, el equipo conformado en la organización ECO por Mario Garcés capitalizó su trabajo de años en el ámbito de la educación popular para incursionar por caminos hasta entonces poco transitados en Chile, como la investigación participativa, las historias de vida y las historias locales construidas a partir de la memoria colectiva, todo ello con una fuerte base en la emergente "historia oral". Surgieron de allí publicaciones de sello testimonial (*Historias para un fin de siglo*, de 1994, compendio de investigaciones de historia local hechas por sus propios protagonistas; *Historia de la Comuna de Huechuraba. Memoria y oralidad popular urbana*, Ediciones ECO, 1997), así como un texto muy reciente (2002) en que el propio Garcés reconstituye y analiza el movimiento de pobladores urbanos que tomó cuerpo a partir de los años cincuenta, desembocando en la experiencia de la Unidad Popular *(Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970)*. Entre el relevo generacional puede nombrarse a Jaime Valenzuela, con su *Bandidaje rural en Chile central. Curicó, 1850-1900* (1991), Jorge Rojas Flores, con *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (1993) y *Los niños cristaleros: trabajo infantil en la industria. Chile, 1880-1950* (1996), e Igor Goicovic, con *Sujetos, mentalidades y movimientos sociales en*

Chile (1998). Gran parte de esta producción se cobijó bajo el marco institucional de universidades tradicionales como las de Chile y Santiago, testimoniando la recuperación de instancias universitarias muy golpeadas por la dictadura, pero sin que ello significase el abandono de espacios alternativos como las organizaciones no gubernamentales (SUR, ECO, el Programa de Economía del Trabajo-PET), o incluso la ocupación de algunas de las recién surgidas universidades privadas, como ARCIS o la Academia de Humanismo Cristiano. Fruto de una polémica política de privatización de la enseñanza superior emprendida por las autoridades militares a partir de 1981, hasta en esos ámbitos, paradójicamente, comenzaban a escucharse y cultivarse las "nuevas lenguas" historiográficas.

Por último, y siempre como prueba de la proliferación del quehacer historiográfico, debe consignarse que durante la misma década de recuperación democrática aparecieron nuevas vertientes de análisis que complejizaron y enriquecieron el panorama existente. Algunas se derivaban de una u otra forma de las ya mencionadas, como puede ser el caso de los estudios de marginalidad social que se entroncaban con la "nueva historia social" (y que encontraban un precedente mucho más antiguo en el artículo de Mario Góngora sobre "Vagabundaje y sociedad fronteriza"), o los estudios sobre espacios de sociabilidad que comenzaron a cultivarse bajo el alero de los continuadores de la escuela estructuralista.[75] Otras constituían renovaciones

75. Entre los estudios sobre marginalidad habría que consignar, aparte del libro ya nombrado de Jaime Valenzuela, los de Contador, Ana María, *Bandidaje y guerrilla. Los Pincheira: Un caso de bandidaje social. Chile, 1817-1832*, Santiago, Bravo y Allende, 1998; y Araya, Alejandra, *Ociosos, vagabundos y malentretenidos en Chile colonial*, Santiago, DIBAM, 1999; ver también sobre este tema el estudio de Cavieres, Eduardo, "Sociedad rural y marginalidad social en el Chile tradicional, 1750-1860", en *Serie Nuevo Mundo: Cinco Siglos*, Nº 3, Santiago, Universitaria, 1989. El tema

de líneas temáticas más antiguas, impactadas por las nuevas metodologías y perspectivas de análisis desarrolladas a nivel mundial durante las décadas finales del siglo, y que sólo ingresaron masivamente a Chile con el término de la dictadura. En este grupo se inscribe la "nueva historia política", identificada con autores como Alfredo Jocelyn-Holt, Joaquín Fermandois, Verónica Valdivia, Sofía Correa, Ana María Stuven y Luis Corvalán Marquéz, a quienes habría que agregar el aporte de extranjeros como el brasileño Alberto Aggio y los estadounidenses Brian Loveman y Paul Drake, los dos últimos ya nombrados en el contexto de la primera generación de "chilenistas" extranjeros.[76] Una derivación interesante de este tipo de

---

de los espacios de sociabilidad inspiró una obra colectiva editada por la Fundación Mario Góngora, titulada *Formas de sociabilidad en Chile, 1840-1940*, Santiago, Vivaria, 1992.

76. Las principales obras de Alfredo Jocelyn-Holt serán comentadas más abajo. De los otros autores nombrados, ver Fermandois, Joaquín, *Chile y el mundo, 1970-1973. El gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional*, Santiago, Universidad Católica, 1985, y *Abismo y cimiento. Gustavo Ross y las relaciones entre Chile y Estados Unidos 1932-1938*, Santiago, Universidad Católica, 1997; Valdivia, Verónica, *Las milicias republicanas. Los civiles en armas, 1932-1936*, Santiago, DIBAM, 1992, y el libro en co-autoría con Pinto, Julio *¿Revolución proletaria o "querida chusma?" Socialismo y alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)*, Santiago, LOM, 2001, en el que se cruza la "nueva historia política" con la "nueva historia social"; Stuven, Ana María, *La seducción de un orden: las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*, Santiago, Universidad Católica, 2000; Corvalán Marquéz, Luis, *Los partidos políticos y el golpe del 11 de Septiembre*, Santiago, CESOC, 2000, y *Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile. Izquierda, centro y derecha en la lucha entre los proyectos globales, 1950-2000*, Santiago, Sudamericana 2001; Aggio, Alberto, *Democracia e socialismo. A experiencia chilena*, Sao Paulo, UNESP, 1993, y *Frente Popular, radicalismo e revoluçao passiva no Chile*,

emprendimientos fue la reactivación, ya tocando el fin de siglo, del antiguo género biográfico, la que ha dado lugar a interesantes estudios sobre Andrés Bello, Eduardo Frei Montalva y Augusto Pinochet.[77]

Como reconfiguración de antiguas líneas temáticas también habría que considerar a la "nueva historia cultural", representada por el ya nombrado Alfredo Jocelyn-Holt, así como por Maximiliano Salinas, Isabel Cruz, Bernardo Subercaseaux y Carlos Ossandón, pudiendo agregarse cultores más jóvenes como Fernando Purcell, Marco Antonio León, Manuel Vicuña y la producción más reciente de Jaime Valenzuela.[78] Por su parte, René Salinas ha venido

Sao Paulo, Annablume, 1999; Loveman, Brian, *For la Patria. Politics and the Armed Forces in Latin America*, Wilmington, Scholarly Resources, 1999, y sus numerosas obras con la psicóloga Elizabeth Lira: *Las suaves cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política, 1814-1932*, Santiago, LOM, 1999, *Las ardientes cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política, 1932-1994*, Santiago, LOM, 2000, *El espejismo de la reconciliación política. Chile, 1990-2002*, Santiago, LOM, 2002, y *Las acusaciones constitucionales en Chile. Una perspectiva histórica*, Santiago, LOM, 2000. Finalmente, Paul Drake, cuyo libro ya comentado *Socialism and Populism in Chile* puede considerarse un precursor de esta "nueva historia política", co-editó, junto con Iván Jaksic, dos antologías sobre el antes y el después de la transición a la democracia: *El difícil camino hacia la democracia en Chile, 1982-1990*, Santiago, FLACSO, 1991; y *El modelo chileno. Democracia y desarrollo en los noventa*, Santiago, LOM, 1999.

77. Jaksic, Iván, *Andrés Bello: la pasión por el orden*, Santiago, Universitaria, 2001; Gazmuri, Cristián, *Eduardo Frei Montalva y su época*, 2 volúmenes, Santiago, Aguilar, 2000; Vial, Gonzalo, *Pinochet. La biografía*, 2 volúmenes, Santiago, El Mercurio/Aguilar, 2002. Ver también Moulián, Luis y Guerra, Gloria, *Eduardo Frei M. (1911-1982). Biografía de un estadista utópico*, Santiago, Sudamericana, 2000.

78. Bernardo Subercaseaux, uno de los más prolíficos de estos autores, viene desarrollando un programa de largo

encabezando un trabajo de equipo en una perspectiva afín, visiblemente inspirado en sus estudios anteriores sobre historia de la familia e historia de las mentalidades, cuyos resultados han ido apareciendo desde 1997 en una publicación que él edita en la Universidad de Santiago bajo el nombre de *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*. Tanto en la "nueva historia política" como en esta "nueva historia cultural", los antiguos enfoques positivistas o estrictamente "intelectualistas" cedieron lugar a nuevas miradas sobre los procesos estudiados, con un grueso aporte de otras ciencias sociales como la ciencia política, la antropología o la semiótica. Esto hace ocasionalmente difícil clasificar algunas de estas obras como estrictamente historiográficas, pues suelen situarse en la encrucijada entre disciplinas diversas. Así tenemos el caso de Maximiliano Salinas, quien transita simultáneamente por la historia, la antropología, el folklore y la teología; o el de Carlos Ossandón, tensionado entre la

aliento destinado a escribir una historia de la cultura chilena, entendida sí en un registro de "producción cultural" más que en el de "mentalidades"; hasta la fecha ha publicado tres volúmenes, reunidos bajo el título general *Historia de las ideas y de la cultura en Chile* (Santiago, Universitaria, 1997). En un terreno más cercano a la cotidianidad, a las representaciones colectivas, a la cultura como modos de vida, o a las formas de sociabilidad está el trabajo de historiadores más jóvenes como Purcell, Fernando, *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social. Colchagua, 1850-1880*, Santiago, DIBAM, 2000; León, Marco Antonio, *Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932*, Santiago, DIBAM, 1997; Vicuña Urrutia, Manuel, *La imagen del desierto de Atacama*, Santiago, Universidad de Santiago, 1995; *El París americano. La oligarquía chilena como actor urbano en el siglo XIX*, Santiago, Universidad Finis Térrea, 1996; y *La belle époque chilena*, Santiago, Sudamericana, 2001; Valenzuela, Jaime, *Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)*, Santiago, DIBAM, 2001. Las obras de los otros autores mencionados en esta frase son especificadas en la nota siguiente.

historia, la filosofía, la semiótica y la teoría comunicacional; o finalmente de Isabel Cruz, quien se nutre de la historia, la historia del arte y la estética.[79]

Un historiador que hasta cierto punto resume en su obra algunos de los aspectos más visibles de la renovación experimentada por la historia política y la historia cultural, y que además se convirtió en uno de los exponentes más reconocidos de la disciplina durante la primera década de transición democrática, fue Alfredo Jocelyn-Holt. Su primer libro, *La independencia de Chile*, publicado en 1992, rescataba algunas preocupaciones y énfasis que habían constituido la columna vertebral de la historiografía decimonónica, pero que la crítica conservadora, "estructuralista" o marxista habían hecho mucho por desacreditar. Tales eran la importancia de la ideología liberal y de los afanes modernizadores en la constitución de la sociedad nacional chilena, o la centralidad de las elites para la comprensión de cualquier proceso histórico. Haciendo explícita su discrepancia con un amplio arco de miradas que él mismo definía como "neoconservadoras", "integristas neo-católicas" y "populistas neo-románticas" (caracterización esta última que endilgaba a Gabriel Salazar), Jocelyn-Holt se proponía recuperar

79. De Salinas, Maximiliano, ver por ejemplo *La reivindicación de Jesús. Clotario Blest y su tiempo*, Santiago, 1994; *En el cielo están trillando*, Santiago, Universidad de Santiago, 2000; y *El que ríe último... Caricaturas y poesías en la prensa humorística chilena del siglo XIX*, en co-autoría con Palma, Daniel, Báez, Christian, y Donoso, Marina, Santiago, Universitaria/DIBAM, 2001. De Ossandón, Carlos, *El crepúsculo de los sabios y la irrupción de los publicistas*, Santiago, ARCIS/LOM, 1998; *Entre las alas y el plomo. La gestación de la prensa moderna en Chile*, en co-autoría con Santa Cruz, Eduardo, Santiago, ARCIS/LOM/DIBAM, 2001. De Cruz, Isabel, especialmente su trilogía sobre arte y sociedad en Chile colonial: *La fiesta: metamorfosis de lo cotidiano* (1995), *El traje: transformaciones de una segunda piel* (1996), y *La muerte: transfiguración de la vida* (1997), todas publicadas por la editorial de la Universidad Católica de Chile.

el legado de tolerancia y pluralismo que según él había engrandecido a la primera generación de historiadores chilenos (los Barros Arana, Amunátegui, Vicuña Mackenna), pero situándolo en la perspectiva de los avances más recientes en materia de historia política e intelectual. Lo hacía también, y marcando con ello una cierta ruptura con el tipo de historiografía que se venía imponiendo durante las últimas décadas, privilegiando la interpretación amplia y la aplicación retórica del conocimiento histórico por sobre el documentalismo minucioso y la obsesión por el establecimiento estricto de los hechos. Haciendo una apología de esa misma subjetividad que las corrientes imperantes habían procurado arrinconar, su estudio sobre la independencia concluía afirmando que la verdadera trascendencia de ése o de cualquier otro hito histórico radicaba más en la valoración que de él pudieran hacer diversos actores, como "recurso mítico para fines de validación de sus supuestos interpretativos", que en alguna eventual realidad fáctica u objetiva que por lo demás le parecía imposible recuperar. Parafraseando a Benedict Anderson, terminaba afirmando que la dimensión "imaginada" de los fenómenos históricos era la única verdaderamente real, y remachaba, citando a Nietzsche, que "no existen los hechos, sólo existen las interpretaciones".

Estos planteamientos se hacen aun más enfáticos en su segunda obra, aparecida en 1997 con el título de *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*. Siempre conservando su interés por lo que él denomina la "elite dirigente tradicional", su mirada se enfocaba ahora en la concepción que este grupo habría desarrollado históricamente sobre elementos tan recurrentes en el debate nacional como el orden y el poder. Complementando esta vez su análisis político con referencias mucho más frecuentes a la creación intelectual, artística y cultural, Jocelyn-Holt escarbó en las facetas míticas y retóricas de la imagen de Chile como un país secularmente ordenado y estable, denunciando las falacias y los silencios que han permitido mantener esta

ilusión. Tal como lo había hecho en el libro anterior con respecto a la independencia, su análisis del mito portaliano le sirve para demostrar una vez más que siempre es posible arrojar nuevas luces y relecturas sobre procesos reiteradamente visitados por la historiografía, insistiendo así en que esta disciplina tiene un carácter más polémico que de investigación "positiva". En ese contexto, reivindicaba apasionadamente el género ensayístico, a su juicio injustamente desacreditado por las últimas modas historiográficas:

> Plantearnos de esta manera supone también que el género historiográfico ante todo piensa y reflexiona, críticamente por cierto, aunque de un tiempo a esta parte en nuestro medio, salvo escasísimas excepciones, no se quiera hacerlo por afanes positivistas o estructuralistas estrechos que han acabado en el descrédito. La mejor historiografía en este país –la liberal del siglo XIX (Amunátegui, Vicuña Mackenna y muchos otros) y la conservadora en el XX (Edwards y Góngora)– produjo ensayos históricos y de esta forma influyó ampliamente en la sociedad. Lo mío, a lo más, pretende devolver a la historia el género que le ha sido siempre propio, para que vuelva a provocar y hacer pensar.

En términos estrictamente disciplinarios, el estreno durante los noventa de nuevos derroteros como la etnohistoria y la historia del género podría interpretarse como una respuesta positiva a esta invitación a vincular el quehacer historiográfico con las preocupaciones y discusiones del momento. En el primer caso, no parece casual que el despegue en Chile de un área de estudios que antes había sido cultivada preferencialmente por arqueólogos y antropólogos se haya producido simultáneamente con la activación de los movimientos reivindicativos de base indígena, uno de los pocos sectores sociales que aumentó su nivel de actividad y conflictividad tras el término de la dictadura. Así, a la labor que ya venían desarrollando en este campo algunos pioneros como Osvaldo Silva, Sergio Villalobos, Jorge Hidalgo y Leonardo León, se unieron desde fines

de los ochenta Jorge Pinto Rodríguez, Holdenis Casanova, Luis Carlos Parentini, y una cantidad siempre creciente de jóvenes historiadoras e historiadores, para quienes esta línea disciplinaria se ha convertido en una especie de relevo de lo que en su momento fue la nueva historia social. Como es natural, y a semejanza de las otras renovaciones metodológicas que se vienen comentando, este tipo de estudios se ha prestado mucho para el trabajo interdisciplinario, especialmente con la antropología. Destacados exponentes de esta interacción han sido el ya nombrado José Bengoa, Rolf Foerster, Sonia Montecino, Lautaro Núñez y José Luis Martínez, varios de los cuales han tenido una formación propiamente bi-disciplinaria. La vitalidad adquirida por la etnohistoria se ha constituido incluso en un factor de atracción para destacados latinoamericanistas extranjeros, como Guillaume Boccara y Florencia Mallon.[80]

80. Algunas publicaciones importantes en el ámbito de la etnohistoria durante los últimos años son, en relación a la etnia mapuche (la más numerosa y la mejor estudiada): Pinto, Jorge y Foerster, Rolf, *Misticismo y violencia en la temprana evangelización de Chile*, Temuco, Universidad de la Frontera, 1991; Pinto, Jorge (ed.), *Del discurso colonial al proindigenismo*, Temuco, Universidad de la Frontera, 1996; Pinto, Jorge, *De la inclusión a la exclusión. La formación del estado, la nación y el pueblo mapuche*, Santiago, Universidad de Santiago, 2000; León, Leonardo, *Maloqueros y conchavadores en la Araucanía y las pampas, 1700-1800*, Temuco, Universidad de la Frontera, 1991; León, Leonardo, *Apogeo y ocaso del toqui Francisco Ayllapangui de Malleco, Chile. 1769-1776*, Santiago, DIBAM, 1999; Casanova, Holdenis, *Las rebeliones araucanas del siglo XVIII*, Temuco, Universidad de la Frontera, 1987; Villalobos, Sergio, *Los pehuenches en la vida fronteriza*, Santiago, Universidad Católica, 1989; Bengoa, José, *Historia de un conflicto. El Estado y los mapuches en el siglo XX*, Santiago, Planeta, 1999; Parentini, Luis Carlos, *Introducción a la etnohistoria mapuche*, Santiago, DIBAM, 1996; Boccara, Guillaume, *Guerre et ethnogenèse mapuche dans le Chili colonial*, París, L'Harmattan, 1998; Cerda, Patricia, *Fronteras del sur. La región del Bio Bio y la*

En cuanto a la incorporación a los estudios históricos de la categoría género, tras un evidente rezago respecto de otras disciplinas como la sociología o la antropología, ésta comienza a tomar impulso a partir de fines de los ochenta. El trabajo pionero de autoras como Cecilia Salinas (*La mujer proletaria: una historia para contar*, 1987), o del grupo conformado por Edda Gaviola, Ximena Jiles, Lorella Lopresti y Claudia Rojas (*Queremos votar en las próximas elecciones: historia del movimiento femenino en Chile*, 1986) se potenció con la llegada de una nueva generación de "chilenistas", estadounidenses en su mayoría, que aprovecharon la apertura política para realizar tesis doctorales que incorporaban los últimos avances en los estudios de género al instrumental más establecido de la historiografía social y política. Antes de retornar a su país, donde poco después publicarían obras que resultarían emblemáticas de la consolidación de esta línea disciplinaria, estos jóvenes investigadores colaboraron con sus colegas chilenos para difundir estos enfoques dentro de nuestro territorio.[81]

Araucanía chilena, 1604-1883, Temuco, Universidad de la Frontera, 1996. Los grupos étnicos de la zona norte del país han sido estudiados, entre otros, por Núñez, Lautaro, *Cultura y conflicto en los oasis de San Pedro de Atacama*, Santiago, Universitaria, 1992; y Martínez, José Luis, *Pueblos del chañar y el algarrobo. Los atacamas en el siglo XVII*, Santiago, DIBAM, 1998.

81. Los escritos más importantes de este grupo son: Hutchison, Elizabeth, *Labors Appropriate to their Sex: Gender, Labor and Politics in Urban Chile, 1900-1930*, Durham, Duke University Press, 2001; Rosemblatt, Karin, *Gendered Compromises. Political Cultures and the State in Chile, 1920-1950*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2000; Tinsman, Heidi, *Partners in Conflict. The Politics of Gender, Sexuality and Labor in the Chilean Agrarian Reform, 1950-1973*, Durham, Duke University Press, 2002; y Klubock, Thomas, *Contested Communities: Class, Gender and Politics in Chile's El Teniente Copper Mine, 1904-1948*, Durham, Duke University Press, 1998.

Hitos demarcatorios de esta colaboración, y que hasta hoy permanecen como puntos de referencia dentro del género, fueron el número 21 de la revista *Proposiciones*, editada en 1992 por el Centro de Estudios SUR con el título "Género, mujer y sociedad" (en el que incluso apareció un artículo de Gabriel Salazar sobre "La mujer de bajo pueblo en Chile"); y el libro colectivo *Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX* (1995), también publicado por SUR, cuya edición corrió a cargo de dos integrantes del grupo de tesistas antes nombrado (Elizabeth Hutchison y Karin Rosemblatt), y dos jóvenes historiadoras chilenas que posteriormente se consagrarían como especialistas locales en la historia de género (Lorena Godoy y Soledad Zárate). Una iniciativa similar, coordinada por la historiadora Diana Veneros, se tradujo en la publicación por la Editorial de la Universidad de Santiago (1997) de la antología *Perfiles revelados. Historias de mujeres en Chile. Siglos XVIII-XIX*, donde aparecieron trabajos de nueve autoras, la mayoría jóvenes recién egresadas de pregrado. Como lo demuestran éstas y otras publicaciones que sería largo detallar, durante el transcurso de una década la historiografía de género pasó de ser un emprendimiento excepcional a convertirse en una línea establecida y crecientemente popular dentro de la disciplina.[82]

Esta somera revisión de lo que podría denominarse la "explosión historiográfica de los noventa" –en la cual ciertamente, y por evidentes razones de espacio, no se ha podido nombrar a todos y todas las participantes[83]–,

82. La trayectoria de la historiografía de género en Chile ha sido minuciosamente reconstituida por Thomas Klubock en su artículo "Writing the History of Women and Gender in Twentieth-Century Chile", incluido en la edición especial del *Hispanic American Historical Review* dedicada a temas de género y sexualidad, vol. 81, NOS. 3-4, 2001.

83. Un análisis muy interesante de esta historiografía chilena de fin de siglo es el que hace Sofía Correa en un artículo titulado precisamente "Historiografía chilena de fin de

podría llevar a concluir que la transición chilena sí se prestó para que eclosionaran los gérmenes incubados en la etapa anterior, y para que tuvieran acogida llamados como los de Jocelyn-Holt a restaurar la centralidad de la disciplina en el debate público. En un primer momento, sin embargo, las cosas no se dieron precisamente así. Más allá de las fronteras estrictamente profesionales, en cuyo interior se estaba produciendo esta proliferación (pero también, en una derivación francamente "postmoderna", esta fragmentación y dispersión) de estudios, la sociedad chilena no se mostró muy receptiva a los discursos, y mucho menos a los combates, por la recuperación de la memoria. Golpeada por décadas de conmoción interna y por diecisiete años de represión, temerosa aún de perder la frágil democracia recién recuperada, una porción importante de ésta se resistía a remover conflictos que, por no estar verdaderamente resueltos, amenazaban con reanimar fantasmas sólo precariamente conjurados. Otro grupo, íntimamente comprometido con el régimen militar, prefería no tener que responder por los aspectos más oscuros de una obra cuyo legado esencial pugnaba por preservar. Unos y otros, por último, concordaban en la conveniencia de dejar atrás un pasado plagado de divisiones para concentrarse en las tareas pendientes de la reconciliación y la modernización, estigmatizando a quienes sí insistían en la necesidad de confrontar las secuelas de la historia como émulos de la mujer de Lot. De este modo, la atmósfera de triunfalismo y complacencia que atravesó a Chile durante gran parte de los noventa, alimentada por la normalización institucional y por cifras inusitadas de crecimiento económico, relegaron el debate

siglo", publicado recientemente en la *Revista Chilena de Humanidades* Nº 21, Santiago, Universidad de Chile, 2001. Se otorga allí un rol predominante a las líneas analíticas que la autora considera más influyentes dentro del período, personificadas en la obra de Alfredo Jocelyn-Holt, Gabriel Salazar y Gonzalo Vial.

y la investigación histórica a una preocupación exclusiva de nostálgicos incurables, o de quienes debían consagrarse a ella por imperativo profesional. Una de las tantas paradojas de la transición chilena fue que la recuperada libertad para los estudios históricos no recibió el reconocimiento social esperado, sino una actitud que más bien oscilaba entre la indiferencia, el temor y la descalificación.

Pero todo comenzó a cambiar a partir del bienio 1997-1998. En el primero de esos años, y como un relámpago anunciador de la tempestad por venir, el sociólogo Tomás Moulián (quien suele proclamar, y con razón, una profunda afinidad con el oficio historiográfico[84]) publicó su obra *Chile actual. Anatomía de un mito*, destinada a convertirse no sólo en un fenómeno editorial en un país poco dado a la adquisición masiva de literatura de análisis, sino en un verdadero hito demarcatorio entre un "tiempo de olvidar" y un "tiempo de recordar". Con el desencadenamiento de la "crisis asiática" y la interrupción del boom económico actuando como caja de resonancia, el severo diagnóstico de Moulián sobre el carácter básicamente continuista de los gobiernos de recuperación democrática indujo a decenas de miles de chilenas y chilenos a repensar las tres últimas décadas, y tomar conciencia de lo mucho que aún quedaba por resolver. El llamado a recordar fue prontamente respondido por otras voces públicamente muy influyentes, como la del afamado dramaturgo y psiquiatra Marco Antonio de la Parra, quien sistematizó poco tiempo después su propia vivencia de ese atribulado período en un ensayo autobiográfico titulado *Mala memoria*. Otro tanto hizo, esta

84. Este es un buen lugar para recordar el efecto estimulante sobre los estudios históricos que han ejercido una y otra vez los cultores de la sociología. Entre los más influyentes puede nombrarse precisamente a Tomás Moulián, a Manuel Antonio Garretón, a Vicente Espinoza, y desde su atalaya mexicana, a Francisco Zapata, quien ha sabido darle al análisis de la sociedad chilena un enfoque más latinoamericanista.

vez desde el campo historiográfico, Alfredo Jocelyn-Holt, cuyo tercer libro (*El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar*, Planeta/Ariel, 1998) tocaba esa misma nota autobiográfica para levantar un balance crítico de las cuatro últimas décadas de nuestra historia, dignas, a su entender, de la consideración de un sismólogo:

> Pienso que ante nuestra seguidilla de remezones en estos últimos cuarenta años, lo que corresponde primero que todo es constatar los cambios a menudo imperceptibles producidos a nivel de ejes sensibles. La historia de este país implica sacudones emotivos, pasiones que algunas veces se sintieron y luego desaparecieron, se olvidaron, contuvieron, o bien, simplemente se eliminaron o silenciaron. Si estos siniestros son elocuentes es porque han dejado fisuras aún dolorosas; se han ido acumulando trastornos que han azotado nuestras emociones y afectos más íntimos. Cabe, por tanto, rastrearlos, captarlos en el espejo, detectarlos en nuestro propio rostro y en las fachadas que improvisamos después que se ha caído todo. En fin, no queda más alternativa que volver a sufrirlos, claro que esta vez como historia, como recuento.

Movidos también por el propósito de combatir lo que denominaban el "ansia de olvido" que parecía aquejar a la sociedad chilena, un grupo de historiadores coordinados por Mario Garcés, Myriam Olguín, Pedro Milos y Julio Pinto convocó por esos mismos meses a un amplio abanico de historiadores, cientistas sociales, dirigentes de organizaciones sociales y creadores culturales (músicos, artistas, cineastas, actores, etc.), a reunirse en un seminario denominado "Memoria para un nuevo siglo", realizado durante los primeros días de noviembre de 1998. Decía la convocatoria a este ejercicio de reflexión colectiva:

> No son pocos los sectores de la sociedad chilena que se acercan al fin de siglo atravesados por una especie de ansia de olvido. Alimenta ese impulso, por una parte, la cercanía de tiempos traumáticos, y la permanencia de heridas sin cicatrizar. Para algunos, los golpeados y los

> derrotados, el olvido conjura el temor de que los traumas vuelvan a repetirse. Para otros, los causantes o cómplices de dichos traumas, el olvido permite seguir dilatando la negativa a reconocer errores y asumir responsabilidades. Para todos, en fin, el olvido –aunque sólo sea simulado– permite soportar las angustias de un equilibrio evidentemente inestable, en la esperanza de que el tiempo se encargará por sí solo de ir enterrando los dolores y diluyendo los rencores.

El evento, que finalmente contó con la participación de casi sesenta expositores y un público que abarrotó permanentemente las dependencias que para el efecto dispuso la Universidad de Santiago, se convirtió en un verdadero rito de combate a dicha amnesia, revelando, como lo hicieron también las diversas actividades preparatorias que involucraron a numerosos estudiantes de los principales centros universitarios de Santiago, que no eran pocos los chilenos y chilenas deseosos de ajustar cuentas con su historia reciente. Decía al efecto Mario Garcés en la presentación del libro que finalmente recogió las ponencias del seminario: "Este libro tiene que ver con la 'memoria de la vida' de los chilenos del último cuarto del siglo XX, memoria de proyectos y sueños de cambio social que dieron lugar a inéditos procesos de democratización de la sociedad chilena, así como a graves confrontaciones sociales y a la más extendida violación de los Derechos Humanos de toda nuestra historia republicana. Dura y conflictiva memoria la de nosotros, los chilenos".[85]

En los mismos momentos en que Jocelyn-Holt escribía las últimas líneas de su *Chile perplejo*, y que los organizadores del seminario "Memoria para un nuevo siglo" hacían los últimos aprestos para su reunión final, la detención de Augusto Pinochet en Londres terminó de abrir todas las compuertas para que fluyera la demorada batalla por

85. Garcés, Mario y otros, *Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*, Santiago, LOM, 2000.

la memoria. Despertadas las pasiones apenas reprimidas, vulnerado el mayor baluarte de la impunidad dictatorial, la sociedad chilena se desbordó sobre las calles y los foros para dar expresión a todo lo que había venido conteniendo, y para iniciar el ajuste de sus propias e históricas cuentas. El propio ex dictador se vio impulsado a redactar desde Londres una "Carta a los chilenos" en la que procuraba consagrar, o más bien reinstalar, aquella versión oficial que durante veinte años le había servido de eje legitimatorio: el golpe de estado de 1973 había sido una "gesta de liberación nacional" encabezada por las fuerzas armadas, "última reserva moral de la nación", para el beneficio de todos los chilenos, amenazados por el efecto disolvente de la "siniestra ideología del socialismo marxista" y su secuela de odios, venganzas y divisiones. Por su parte, el historiador Gonzalo Vial, últimamente bastante distanciado del gobierno al que alguna vez había servido, recuperó con la prisión de Pinochet todas sus antiguas lealtades y procedió a publicar en un vespertino de Santiago una serie de fascículos históricos en los que procuraba dar cuenta del convulsionado período 1964-1973. Recogiendo el concepto de "planificaciones globales" acuñado por Mario Góngora para referirse a los afanes totalizantes de los gobiernos que se sucedieron en Chile durante los años sesenta y setenta, Vial desplegaba en sus fascículos una hipótesis en que, sin entrar a considerar los años de la dictadura, el origen de la violencia política y social que había desencadenado el golpe de estado de 1973 se adjudicaba íntegramente a los efectos del "guevarismo" sobre la política nacional. Así desquiciada una convivencia que hasta ese momento había sabido evitar los excesos de cualquier signo, a las fuerzas armadas no les había quedado más remedio que romper su tradicional prescindencia para evitar el entronizamiento de la legalidad y el estallido de una guerra civil.[86]

86. Los fascículos aparecieron en el vespertino *La Segunda*, de Santiago, a fines de 1998 y comienzos de 1999.

Esta verdadera andanada de apología dictatorial, destinada a imponer una suerte de verdad histórica oficial, desató a su vez una respuesta equivalente desde un segmento opuesto del gremio historiográfico. Un grupo inicial de once historiadores e historiadoras encabezado por Gabriel Salazar y el Premio Nacional de Historia Armando de Ramón, la mayoría pertenecientes a la corriente de la "nueva historia social", se reunió a fines de enero de 1999 para redactar un "Manifiesto de Historiadores" que posteriormente se divulgó profusamente a través de la prensa y concitó el apoyo explícito y entusiasta de numerosos colegas y estudiantes, en Chile y el extranjero. Iniciaba así el Manifiesto su intento de salir al paso de la ofensiva pinochetista:

> De un tiempo a esta parte hemos percibido un recrudecimiento notorio de la tendencia de algunos sectores de la sociedad nacional a manipular y acomodar la verdad pública sobre el último medio siglo de la historia de Chile, a objeto de justificar determinados hechos, magnificar ciertos resultados y acallar otros; casi siempre, con el afán de legitimar algo que difícilmente es legitimable y tornar verdadero u objetivo lo que no lo es, o es sólo la autoimagen de algunos grupos. Esta tendencia se ve facilitada por el acceso que estos sectores y grupos tienen, de modo casi monopólico, a los medios masivos de comunicación, lo que les permite, por la vía de una extensa e impositiva difusión, dar una apariencia de verdad pública a lo que es, en el fondo, sólo expresión históricamente distorsionada de un interés privado.
>
> La profusa difusión de verdades históricas manipuladas respecto a temas que inciden estratégicamente en la articulación de la memoria histórica de la nación y por ende en el desarrollo de la soberanía civil, nos mueve, a los historiadores que abajo firman, a hacer valer el peso de nuestro parecer profesional y la soberanía de nuestra opinión ciudadana sobre el abuso que la difusión de esas supuestas verdades implica.

La aparición en la prensa del "Manifiesto de Historiadores" dio lugar a un verdadero vendaval de reacciones

y adhesiones que animó el debate público durante gran parte del año 1999, restableciendo de manera definitiva tanto el lugar de la disciplina como foro social, por lo que venían clamando desde antes historiadores como Alfredo Jocelyn-Holt y Gabriel Salazar, como el interés general por la lectura de textos y ensayos históricos. No llama por tanto la atención que a partir de ese momento se desencadenara una seguidilla de publicaciones de esa naturaleza, con énfasis en las historias de síntesis general o de intención interpretativa. Pueden mencionarse entre ellas una *Historia general de Chile* (Planeta, 2000) iniciada por Alfredo Jocelyn-Holt, con el énfasis ensayístico y estético característico de él; una muy vendida *Historia del siglo XX chileno* (Sudamericana, 2001), de Sofía Correa, Jocelyn-Holt y otros tres colaboradores; un texto de Luis Vitale, Luis Moulián y otros titulado *Para recuperar la memoria histórica* (CESOC, 1999), en que se abordan las presidencias de Frei Montalva, Allende y Pinochet; el ya nombrado *Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile* (Sudamericana, 2002), de Luis Corvalán Marquéz; la igualmente nombrada *La batalla de la memoria* (Planeta/Ariel, 2002), de María Angélica Illanes; y la obra en cinco volúmenes de Gabriel Salazar y Julio Pinto *Historia contemporánea de Chile* (LOM, 1999-2002).[87]

87. Habría que agregar a esta nómina una obra de síntesis histórica de autoría extranjera, pero que en su edición chilena ha tenido mucha circulación y en general buena crítica. Se trata de la *Historia de Chile, 1808-1994* publicada por la Cambridge University Press en su original inglés en 1996, y en su traducción al castellano en 1998 –justo a tiempo para incorporarse al fenómeno de proliferación de historias generales que aquí se viene comentando. Sus autores son un británico, Simon Collier, y un estadounidense, William Sater. Existe también una síntesis histórica que ha tenido gran influencia en el medio estadounidense, la realizada por Brian Loveman bajo el título *Chile. The Legacy of Hispanic Capitalism*, Oxford University Press, 1979, y que ha merecido dos re-ediciones, ambas ampliadas y actualizadas (la última del 2001, lleva el relato hasta in-

A modo de ejemplo de las aspiraciones que hasta cierto punto unifican a todas estas iniciativas, puede citarse un párrafo de la introducción general de esta última colección:

> Esta Historia Contemporánea de Chile quiere ser una recepción de, y una primera reflexión sobre los problemas históricos que nuestra sociedad *no* nos ha entregado resueltos, y que, por ello, permanecen en torno nuestro no sólo como legados del pasado, sino, sobre todo, como retos, desafíos y tareas para las nuevas generaciones. Como material básico para la historia que, responsablemente, debemos construir. Problemas que persisten a través de muchos hechos y situaciones. Problemas de arrastre que ni la dirigencia representativa ni la ciudadanía soberana han podido (o no hemos podido) resolver. Problemas que, a la larga, terminan siendo una carga histórica creciente que rodea, aplasta y frustra la vida, sobre todo, del ciudadano corriente. Porque —¿alguien piensa lo contrario?— la carga histórica más pesada del país la sostiene y absorbe la "mayoría inferior" de la sociedad civil. La que, por ello, está permanentemente forzada a repasar y repensar la historia, bajo todo su espesor objetivo y sobre toda su profundidad subjetiva, para *seguir* produciendo no sólo su vida y su futuro, sino también el futuro de la sociedad. Los héroes son estrellas fugaces que brillan más o brillan menos, la efigie de los estadistas puede recortar apenas el plano de una plaza, o todo el horizonte del pasado, pero es el ciudadano corriente el que, en la alta densidad de su anonimato, "vive" y "conoce" la historia según todas las urgencias de la humanidad.

Como en toda batalla, por cierto, esta profusión de historiografía crítica ha provocado una reacción equivalente desde el campo contrario, entre cuyos frutos podría enumerarse a la ya mencionada biografía de Pinochet de Gonzalo Vial, y una obra furibundamente apologética de

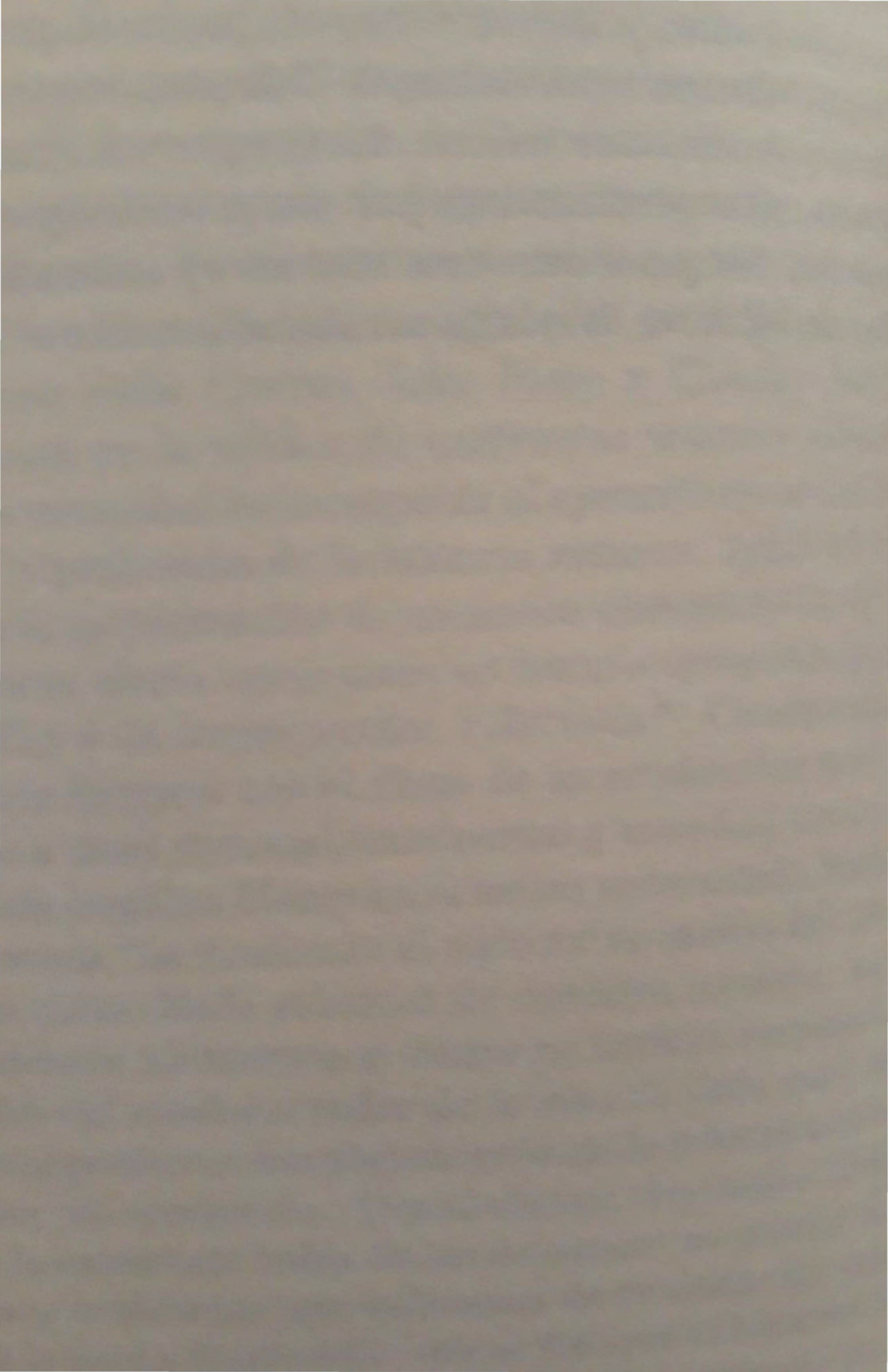
cluir los primeros gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia). Al no haber sido traducida, sin embargo, su impacto en el medio chileno ha sido menor, salvo entre especialistas y estudiantes de postgrado.

la dictadura del historiador Gonzalo Rojas, vinculado a un centro de estudios fundado por el partido Unión Demócrata Independiente, principal depositario político del legado pinochetista.[88] Por otra parte, la discusión ha adquirido un impulso adicional a raíz de la puesta en marcha de una reforma educativa de alcance nacional, cuyo componente curricular histórico (en cuya confección participaron los historiadores Sofía Correa, Julio Pinto y Claudio Rolle) hace hincapié en la validez de confrontar visiones diferentes, y en la necesidad de incorporar al aprendizaje social los procesos y problemas de la historia reciente. Igual efecto ha tenido la aproximación de un nuevo centenario de la independencia, ahora como antes un tiempo apropiado para la reflexión y la introspección colectivas.[89] Combinando todos estos factores con el clima de incertidumbre que se instalado a nivel nacional, continental y mundial, como lo dice María Angélica Illanes en su tantas veces citada *Batalla de la memoria*, "ha finalizado el siglo XX en medio del vértigo de la caída. Nada sabemos de nosotros mismos, nada nos pertenece. La historia se diluye en nuestra respiración, en medio del cotidiano rodar de la vida de cada cual. Los proyectos perdieron sus páginas en la caída y los conceptos vaciaron su contenido. Deambulamos buscando inútilmente la extraviada 'tabla de los derechos': no somos sino 'peones y proletarios' que habremos de re-andar los caminos de la patria. Hagámoslo –como siempre lo hicieron los peones– en forma altiva, con la batalla de la historia en la memoria". Palabras de entonación finisecular, que evocan

88. Rojas Sánchez, Gonzalo, *Chile escoge su libertad*, dos volúmenes, Santiago, Instituto Libertad y Desarrollo, 1999-2000.

89. De hecho, la propia Presidencia de la República ha promovido un debate entre especialistas titulado "Identidad e historia: reflexión bicentenario", coordinado por la antropóloga Sonia Montecino. Allí han convergido voces diversas y a menudo encontradas sobre el sentido de levantar un balance histórico ahora que se aproxima el segundo centenario.

muy de cerca las pronunciadas por don Enrique Mac Iver hace cien años, y que sirvieran de punto de partida para el recorrido que aquí concluye: "Me parece que no somos felices". Ambas nos hablan de tiempos inciertos para la historia, pero precisamente por eso propicios para la historiografía. Porque ahora como entonces y como siempre, "el búho de Minerva despliega sus alas al anochecer".



Capítulo 1

- Álamos, María Ignacia y otros, *Perspectiva de Alberto Edwards V.*, Santiago, Editorial Aconcagua, 1976.
- Cristi, Renato y Ruiz, Carlos, *El pensamiento conservador en Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1992.
- Donoso, Ricardo, *Francisco A. Encina, simulador*, dos tomos, Santiago, 1969.
- Edwards, Alberto, *La fronda aristocrática*, octava edición, Santiago, Editorial del Pacífico, 1976.
- Encina, Francisco Antonio, *Portales. Introducción a la historia de la época de Diego Portales (1830-1891)*, dos volúmenes, Santiago, Nacimiento, 1934
- Feliú Cruz, Guillermo, *Francisco Antonio Encina, historiador*, Santiago, Nascimiento, 1967.
- Gazmuri, Cristián, *El Chile del Centenario, los ensayistas de la crisis*, Santiago, Universidad Católica de Chile, 2001.

- Gazmuri, Cristián, Aylwin, Mariana y González, Juan Carlos, *Perspectiva de Jaime Eyzaguirre*, Santiago, 1977.

- Grez, Sergio (ed.), *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1995.

- Jocelyn-Holt, Alfredo, *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*, Buenos Aires, Ariel, 1997.

- Villalobos, Sergio, *Historia del pueblo chileno*, tomo I, primera edición, Santiago, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 1980.

Capítulo 2

- Amunátegui Solar, Domingo, *Historia social de Chile*, Santiago, Nascimento, 1932

- Barría, Jorge, *Trayectoria y estructura del movimiento sindical chileno 1946-1962*, Santiago, INSORA, 1963.

- Barría, Jorge, *Breve historia del sindicalismo chileno*, Santiago, INSORA, 1967.

- Barría, Jorge, *El movimiento obrero en Chile. Síntesis histórico-social*, Santiago, Colección Trígono, 1971.

- Barría, Jorge, *Historia de la CUT*, Santiago, Ediciones Prensa Latinoamericana, 1971.

- Bauer, Arnold J., *Chilean Rural Society from the Spanish Conquest to 1930*, Cambridge University Press, 1975.

- Blakemore, Harold, "The Chilean Revolution of 1891 and its Historiography", *Hispanic American Historical Review*, vol. 14, 1965.
- Blakemore, Harold, *British Nitrates and Chilean Politics 1886-1896*, Balmaceda and North, Londres, Athlone Press, 1974.
- Carmagnani, Marcello, *El salariado minero en Chile colonial. Su desarrollo en una sociedad provincial: el Norte Chico, 1690-1800*, Santiago, Universitaria, 1963.
- Carmagnani, Marcello, *Sviluppo industriale e sottosviluppo economico. Il caso cileno (1860-1920)*, Turín, Fondazione Luigi Einaudi, 1971.
- Collier, Simon, "An Interview with Mario Góngora", *Hispanic American Historical Review*, Nº 63, 1983.
- De Ramón, Armando y Larraín, José Manuel, *Orígenes de la vida económica chilena, 1659-1808*, Santiago, Centro de Estudios Públicos, 1982.
- De Ramón, Armando, *Santiago de Chile*, Madrid, Mapfre, 1992.
- Drake, Paul W., *Socialism and Populism in Chile, 1932-1952*, Urbana, University of Illinois Press, 1978.
- Encina, Francisco Antonio, *Nuestra inferioridad económica*, Editorial Universitaria, Santiago, 1912.
- García de la Huerta, Marcos, *Chile 1891: La gran crisis y su historiografía*, Santiago, Edeh, 1981.

- Garretón, Manuel Antonio, *El proceso político chileno*, Santiago, FLACSO, 1983.

- Góngora, Mario, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago, Universitaria, 1986.

- Góngora, Álvaro, "Mario Góngora del Campo", *Dimensión Histórica de Chile* Nº 4/5, Santiago, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, 1987-88.

- Jara, Álvaro, *Guerra y sociedad en Chile*, Santiago, Universitaria, 1987.

- Jobet, Julio César, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, segunda edición, Santiago, Universitaria, 1955.

- Jobet, Julio César, *Los precursores del pensamiento social en Chile*, 2 vols., Santiago, Universitaria, 1955.

- Jobet, Julio César, *Historia del imperialismo en Chile*, Editora Austral, Santiago, 1960.

- Jobet, Julio César, *Doctrina y praxis de los educadores representativos chilenos*, Santiago, Andrés Bello, 1970.

- Jobet, Julio César, *Temas históricos chilenos*, Santiago, Quimantú, 1973.

- Lechner, Norbert, *La democracia en Chile*, Santiago, 1970.

- Loveman, Brian, *Struggle in the Countryside. Politics and Rural Labor in Chile, 1919-1973*, Indiana University Press, 1976.

- Mellafe, Rolando, *Historia social de Chile y América*, Santiago, Universitaria, 1986.

- Moulian, Tomás, *La forja de ilusiones: El sistema de partidos 1932-1973*, Santiago, ARCIS-FLACSO, 1993.

- Norambuena, Carmen, "Álvaro Jara: presencia y aportes metodológicos en la historiografía americana", en *Dimensión Histórica de Chile* Nº 4/5, Santiago, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, 1987-88.

- Ortega, Luis (ed.), *La Guerra Civil de 1891. Cien años hoy*, Santiago, Universidad de Santiago, 1991.

- Ortiz Letelier, Fernando, *El movimiento obrero en Chile (1891-1919). Antecedentes*, Ediciones Michay, Madrid, 1985.

- Pinto, Aníbal, *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, primera edición, Santiago, Universitaria, 1959.

- Ramírez Necochea, Hernán, *Balmaceda y la Contrarrevolución de 1891*, Santiago, Universitaria, 1972.

- Ramírez Necochea, Hernán, *Origen y formación del Partido Comunista de Chile*, segunda edición, Moscú, Editorial Progreso, 1984.

- Ramírez Necochea, Hernán, *Antecedentes económicos de la Independencia de Chile*, Santiago,

Universitaria, 1959; *Historia del imperialismo en Chile*, Santiago, Austral, 1960.

- Rojas, Jorge, "Los trabajadores en la historiografía chilena: balance y proyecciones", en *Revista de Economía y Trabajo*, Nº 10, Santiago, PET, 2000.

- Segall, Marcelo, *Desarrollo del capitalismo en Chile. Cinco ensayos dialécticos.* Santiago de Chile, 1953

- Veneros, Diana, "Rolando Mellafe Rojas", en *Dimensión Histórica de Chile* Nº 4/5, Santiago, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, 1987-88.

- Villalobos, Sergio, *El comercio y la crisis colonial*, Santiago, Universitaria, 1968.

- Villalobos, Sergio, *La economía de un desierto*, Santiago, Universidad Católica, 1979.

- Yocelevzky R., Ricardo, *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura 1970-1990*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2002.

Capítulo 3

- Bengoa, José, *Historia del pueblo mapuche*, Santiago, SUR, 1985.

- Bengoa, José, *El poder y la subordinación*, Santiago, SUR, 1988.

- Cavieres, Eduardo, *Comercio chileno y comerciantes ingleses 1820-1880. Un ciclo de historia económica,*

Ediciones Universidad Católica de Valparaíso, 1988.

- Cruzat, Ximena y Devés, Eduardo (comps.), *Recabarren. Escritos de prensa*, 4 volúmenes, Santiago, Nuestra América, 1985-1987.

- Devés, Eduardo y Cruzat, Ximena, *El movimiento mancomunal en el norte salitrero: 1901-1907*, Documento CLACSO, tres volúmenes, Santiago, 1981.

- Devés, Eduardo y Díaz, Carlos (comps.), *El pensamiento socialista en Chile. Antología 1893-1933*, Santiago, Documentas, 1987.

- Espinoza, Vicente, *Para una historia de los pobres de la ciudad*, Santiago, SUR, 1988; y

- Hidalgo, Jorge, *Culturas protohistóricas del norte de Chile*, Santiago, Universidad de Chile, 1972.

- Garcés, Mario, *Crisis social y motines populares en el 1900*, Santiago, Documentas, 1991.

- Grez, Sergio, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, Santiago, DIBAM, 1997.

- Hidalgo, Jorge, "Indian Society in Arica, Tarapacá and Atacama, 1750-1793, and its Response to the Rebellion of Túpac Amaru", Universidad de Londres, 1986.

- Illanes, María Angélica, "Disciplinamiento de la mano de obra en una formación social en tran-

sición, 1840-1850", *Nueva Historia* Nº 12, Londres, 1984.

- Illanes, María Angélica, "Azote, salario y ley. Disciplinamiento de la mano de obra en la minería de Atacama (1817-1850)", *Proposiciones* Nº 19, Santiago, SUR, 1990.

- Illanes, María Angélica, *La revolución solidaria*, Santiago, 1990.

- Illanes, María Angélica, *La dominación silenciosa. Productores y prestamistas en la minería de Atacama. Chile 1830-1860*, Santiago, Universidad Blas Cañas, 1992.

- Illanes, María Angélica, "La historiografía popular: una epistemología de mujer. Chile, década de 1980", *Solar*, Santiago, 1994.

- Mellafe, Rolando y Salinas, René, *Sociedad y población rural en la formación de Chile actual: La Ligua, 1700-1850*, Santiago, Universitaria, 1988.

- Méndez, Luz María, *Instituciones y problemas de la minería en Chile, 1787-1826*, Santiago, Universitaria, 1979.

- Muñoz, Juan Guillermo, "San Antonio de Petrel: tenencia, producción y trabajo en una hacienda costera de Chile central, siglos XVII y XVIII", *Historia* Nº 18, Santiago, Universidad Católica, 1983.

- Ortega Martínez, Luis, "Acerca de los orígenes de la industrialización chilena, 1860-1879", *Nueva Historia* Nº 2, Londres, 1981.

- Ortega Martínez, Luis, "Economic Policy and Growth in Chile from Independence to the War of the Pacific", en Christopher Abel y Colin Lewis (eds.), *Latin America: Economic Imperialism and the State*, Londres, Athlone Press, 1985.

- Ortega Martínez, Luis, "Los empresarios, la política y los orígenes de la Guerra del Pacífico", *Contribuciones* FLACSO Nº 24, Santiago, 1984.

- Ortega Martínez, Luis, "La industria del carbón de Chile entre 1840-1880", *Cuadernos de Humanidades* Nº 1, Universidad de Santiago de Chile, 1988.

- Ortega Martínez, Luis (ed.), *Corporación de Fomento de la Producción. 50 años de realizaciones, 1939-1989*, Santiago, Corfo, 1989.

- Pinto Rodríguez, Jorge, *La población del Norte Chico en el siglo XVIII. Crecimiento y distribución en una región minero-agrícola de Chile*, Coquimbo, 1980.

- Pinto Rodríguez, Jorge, *Las minas de azogue de Punitaqui. Estudio de una faena minera a fines del siglo XVIII*, Coquimbo, 1981.

- Pinto Rodríguez, Jorge y otros, *Misioneros en la Araucanía, 1600-1900*, Temuco, Ediciones Universidad de la Frontera, 1988.

- Pinto, Julio y Luis Ortega, *Expansión minera y desarrollo industrial: un caso de crecimiento asociado, Chile, 1850-1914*, Santiago, USACH, 1990.

- Pinto, Julio *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera*, Santiago, USACH, 1998.

- Romero, Luis Alberto, *¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997.

- Salinas, Maximiliano, *Historia del pueblo de Dios en Chile*, Santiago, 1987.

- Salinas, René y Cavieres, Eduardo, *Amor, sexo y matrimonio en Chile tradicional*, Ediciones Universidad Católica de Valparaíso, 1991.

- Vergara Quiroz, Sergio, "Edad y vida en el grupo conquistador", *Cuadernos de Historia* N° 1, Universidad de Chile, 1981.

- Vergara Quiroz, Sergio, "El tiempo, la vida y la muerte en Chile colonial", en *Historia de las mentalidades*, Universidad de Valparaíso, 1986.

- Vial, Gonzalo, "Decadencia, consensos y unidad nacional en 1973", en *Dimensión Histórica de Chile* Nº 1, Santiago, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, 1984.

- Winn, Peter, *Weavers of Revolution. The Yarur Workers and Chile's Road to Socialism*, Oxford University Press, 1986.

Capítulo 4

- Aggio, Alberto, *Democracia e socialismo. A experiencia chilena*, Sao Paulo, UNESP, 1993.

- Aggio, Alberto, *Frente Popular, radicalismo e revoluçao passiva no Chile*, Sao Paulo, Annablume, 1999.

- Araya, Alejandra, *Ociosos, vagabundos y malentretenidos en Chile colonial*, Santiago, DIBAM, 1999

- Bengoa, José, *Historia de un conflicto. El Estado y los mapuches en el siglo XX*, Santiago, Planeta, 1999.

- Boccara, Guillaume, *Guerre et éthnogenèse mapuche dans le Chili colonial*, París, L'Harmattan, 1998.

- Casanova, Holdenis, *Las rebeliones araucanas del siglo XVIII*, Temuco, Universidad de la Frontera, 1987.

- Cerda, Patricia, *Fronteras del sur. La región del Bio Bio y la Araucanía chilena, 1604-1883*, Temuco, Universidad de la Frontera, 1996.

- Collier, Simon y Sater, William, *Historia de Chile, 1808-1994*, Londres, Cambridge University Press, 1998.

- Contador, Ana María, *Bandidaje y guerrilla. Los Pincheira: Un caso de bandidaje social. Chile, 1817-1832*, Santiago, Bravo y Allende, 1998.

- Correa, Sofía, "Historiografía chilena de fin de siglo", en *Revista Chilena de Humanidades* Nº 21, Santiago, Universidad de Chile, 2001.

- Cruz, Isabel, *La fiesta: metamorfosis de lo cotidiano*, Santiago, Universidad Católica de Chile, 1995.

- Cruz, Isabel, *El traje: transformaciones de una segunda piel*, Santiago, Universidad Católica de Chile, 1996.

- Cruz, Isabel, *La muerte: transfiguración de la vida*, Santiago, Universidad Católica de Chile, 1997.

- Cruz, Nicolás, *El surgimiento de la educación secundaria pública en Chile. 1843-1876*, 2002.

- Cavieres, Eduardo, "Sociedad rural y marginalidad social en el Chile tradicional, 1750-1860", en *Serie Nuevo Mundo: Cinco Siglos*, Nº 3, Santiago, Universitaria, 1989.

- Corvalán Marquéz, Luis, *Los partidos políticos y el golpe del 11 de Septiembre*, Santiago, CESOC, 2000.

- Corvalán Marquéz, Luis, *Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile. Izquierda, centro y derecha en la lucha entre los proyectos globales, 1950-2000*, Santiago, Sudamericana 2001.

- Drake, Paul y Jaksic, Iván, *El difícil camino hacia la democracia en Chile, 1982-1990*, Santiago, FLACSO, 1991.

- Drake, Paul y Jaksic, Iván, *El modelo chileno. Democracia y desarrollo en los noventa*, Santiago, LOM, 1999.

- Fermandois, Joaquín, *Chile y el mundo, 1970-1973. El gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional*, Santiago, Universidad Católica, 1985.

- Fermandois, Joaquín, *Abismo y cimiento. Gustavo Ross y las relaciones entre Chile y Estados Unidos 1932-1938*, Santiago, Universidad Católica, 1997.

- Garcés, Mario y otros, *Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*, Santiago, LOM, 2000.
- Garcés, Mario, *Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970*. LOM, 2002
- Gazmuri, Cristián, *El "48" chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos*. 1992
- Gazmuri, Cristián, *Eduardo Frei Montalva y su época*, 2 volúmenes, Santiago, Aguilar, 2000.
- Goicovic, Igor, *Sujetos, mentalidades y movimientos sociales en Chile*. CIDPA, 1998.
- Góngora, Álvaro, *La prostitución en Santiago 1813-1930. Visión de las elites*, 1994
- Hutchison, Elizabeth, *Labors Appropriate to their Sex: Gender, Labor and Politics in Urban Chile, 1900-1930*, Durham, Duke University Press, 2001.
- Illanes, María Angélica, *Ausente, señorita. El niño chileno, la escuela para pobres y el auxilio. 1890-1990*. 1992.
- Illanes, María Angélica, *En el nombre del pueblo, del estado y de la ciencia. Historia social dela salud pública, Chile, 1880-1897*. 1993
- Illanes, María Angélica, *La batalla de la memoria*, Santiago, Planeta/Ariel, 2002.

- Loveman, Brian, *For la Patria. Politics and the Armed Forces in Latin America*, Wilmington, Scholarly Resources, 1999

- Jaksic, Iván, *Andrés Bello: la pasión por el orden*, Santiago, Universitaria, 2001.

- Klubock, Thomas, *Contested Communities: Class, Gender and Politics in Chile's El Teniente Copper Mine, 1904-1948*, Durham, Duke University Press, 1998.

- --------------------, "Writing the History of Women and Gender in Twentieth-Century Chile", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 81, NOS. 3-4, 2001.

- León, Leonardo, *Maloqueros y conchavadores en la Araucanía y las pampas, 1700-1800*, Temuco, Universidad de la Frontera, 1991.

- León, Leonardo, *Apogeo y ocaso del toqui Francisco Ayllapangui de Malleco, Chile, 1769-1776*, Santiago, DIBAM, 1999.

- León, Marco Antonio, *Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932*, Santiago, DIBAM, 1997.

- Loveman, Brian, *Chile, The Legacy of Hispanic Capitalism*, Oxford University Press, 1979.

- Loveman, Brian y Lira, Elizabeth, *Las suaves cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política, 1814-1932*, Santiago, LOM, 1999.

- Loveman, Brian y Lira, Elizabeth, *Las ardientes cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política, 1932-1994*, Santiago, LOM, 2000.

- Loveman, Brian y Lira, Elizabeth, *El espejismo de la reconciliación política. Chile, 1990-2002*, Santiago, LOM, 2002

- Loveman, Brian y Lira, Elizabeth, *Las acusaciones constitucionales en Chile. Una perspectiva histórica*, Santiago, LOM, 2000.

- Martínez, José Luis, *Pueblos del chañar y el algarrobo. Los atacamas en el siglo XVII*, Santiago, DIBAM, 1998.

- Moulián, Luis y Guerra, Gloria, *Eduardo Frei M. (1911-1982). Biografía de un estadista utópico*, Santiago, Sudamericana, 2000.

- Núñez, Lautaro, *Cultura y conflicto en los oasis de San Pedro de Atacama*, Santiago, Universitaria, 1992.

- Ossandón, Carlos, *El crepúsculo de los sabios y la irrupción de los publicistas*, Santiago, ARCIS/LOM, 1998.

- Ossandón, Carlos y Santa Cruz, Eduardo, *Entre las alas y el plomo. La gestación de la prensa moderna en Chile*, Santiago, ARCIS/LOM/DIBAM, 2001.

- Parentini, Luis Carlos, *Introducción a la etnohistoria mapuche*, Santiago, DIBAM, 1996.

- Pinto, Jorge y Foerster, Rolf, *Misticismo y violencia en la temprana evangelización de Chile*, Temuco, Universidad de la Frontera, 1991.

- Pinto, Jorge (ed.), *Del discurso colonial al proindigenismo*, Temuco, Universidad de la Frontera, 1996.

- Pinto, Jorge, *De la inclusión a la exclusión. La formación del estado, la nación y el pueblo mapuche*, Santiago, Universidad de Santiago, 2000.

- Purcell, Fernando, *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social. Colchagua, 1850-1880*, Santiago, DIBAM, 2000.

- Rojas Sánchez, Gonzalo, *Chile escoge su libertad*, dos volúmenes, Santiago, Instituto Libertad y Desarrollo, 1999-2000.

- Rosemblatt, Karin, *Gendered Compromises. Political Cultures and the State in Chile, 1920-1950*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2000.

- Sagredo, Rafael, *Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo* XIX, 2001.

- Salazar, Gabriel, *Violencia política popular en las "grandes alamedas". Santiago de Chile. 1947-1987*. 1990.

- Salinas, Maximiliano, *La reivindicación de Jesús. Clotario Blest y su tiempo*, Santiago, 1994.

- Salinas, Maximiliano, *En el cielo están trillando*, Santiago, Universidad de Santiago, 2000.

- Salinas, Maximiliano; Palma, Daniel; Báez, Christian; Donoso, Marina, *El que ríe último... Caricaturas y poesías en la prensa humorística chilena del siglo XIX*, Santiago, Universitaria/DIBAM, 2001.

- Serrano, Sol, *Universidad y nación*, 1993

- Stuven, Ana María, *La seducción de un orden: las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*, Santiago, Universidad Católica, 2000.

- Subercaseaux, Bernardo, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, Santiago, Universitaria, 1997.

- Tinsman, Heidi, *Partners in Conflict. The Politics of Gender, Sexuality and Labor in the Chilean Agrarian Reform, 1950-1973*, Durham, Duke University Press, 2002.

- Valdivia, Verónica, *Las milicias republicanas. Los civiles en armas, 1932-1936*, Santiago, DIBAM, 1992.

- Valdivia, Verónica y Pinto, Julio, *¿Revolución proletaria o "querida chusma?" Socialismo y alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)*, Santiago, LOM.

- Valenzuela, Jaime, *Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)*, Santiago, DIBAM, 2001.

- Vial, Gonzalo, *Pinochet. La biografía*, 2 volúmenes, Santiago, El Mercurio/Aguilar, 2002.

- Vicuña Urrutia, Manuel, *La imagen del desierto de Atacama*, Santiago, Universidad de Santiago, 1995.

- Vicuña Urrutia, Manuel, *El París americano. La oligarquía chilena como actor urbano en el siglo XIX*, Santiago, Universidad Finis Térrea, 1996.

- Vicuña Urrutia, Manuel, *La belle époque chilena*, Santiago, Sudamericana, 2001.

- Villalobos, Sergio, *Los pehuenches en la vida fronteriza*, Santiago, Universidad Católica, 1989.

- VV.AA., *Manifiesto de Historiadores*, Santiago, LOM, 2002.

Con el objetivo de poner en evidencia la disputa de la "historia" como disciplina y como memoria colectiva, se enmarcó el libro *La Historiografía chilena durante el Siglo xx. Cien años de propuestas y combates.* Publicado originalmente en México hace ya una década, en el marco de un seminario realizado en la Universidad Autónoma Metropolitana, el texto inicia con esta renombrada premisa: "la historiografía de Chile, como la de cualquier país, es hija directa de su historia". Por ello, como prosigue el autor: "un siglo xx caracterizado a escala nacional por las grandes convulsiones, las audaces proyecciones y las dolorosas rupturas, se refleja en una producción historiográfica igualmente tensionada, introspectiva y desafiante, inclinada a las constantes relecturas del pasado y a la exigente crítica del presente". Esta apuesta no menor y que muy pocos historiadores hasta ese momento —e incluso hasta la actualidad— habían realizado, es lo que buscaba el seminario y luego el presente libro. Tener en nuestro país este intento por sistematizar y situar en sus respectivos contextos algunas —no todas, por cierto— de las principales perspectivas históricas de nuestro país en el siglo recién pasado, se vuelve fundamental.




ISBN: 978-956-9645-06-8
9 789569 645068

